

UNA NOVELA DE

CHRIS COLFER

FULMINADO POR UN RAYO



EL DIARIO DE CARSON PHILLIPS Lectulandia

La vida pasa muy rápido. Te golpea y se te escapa y tienes que poder expresarla de alguna manera. De alguna forma, se parece mucho a... un rayo.

Carson Phillips está en lo más bajo de la escala de popularidad en un instituto que está lleno de gente que odia (y le odia) y vive con su madre, una mujer deprimida desde que el cretino de su marido (el padre de Carson) la abandonó. Instituto y casa están en un pueblucho al que se llega si tiras a la derecha en la esquina de la calle Nada con Ningunsitio. Así las cosas, Carson se marca un objetivo: acabar el infierno instituto y huir a la Universidad Northwestern para convertirse en un periodista prestigioso.

Entonces, sucede el desastre: llega cuando su consejera en el instituto le advierte que o bien hace algo que pueda sorprender de verdad a los de admisiones de la universidad o nunca va a poder acceder, porque no destaca entre los otros muchos estudiantes que quieren entrar en la institución.

Su solución es hacer una revista literaria, tarea nada fácil en un colegio donde lo que más se lee es la caja de cereales por las mañanas. Su segunda solución: hacerles chantaje a los estudiantes para que participen con sus textos. Porque si de algo está seguro Carson es de que todo el mundo tiene secretos que no quieren que salgan a la luz.

Lectulandia

Chris Colfer

Fulminado por un rayo

ePUB r1.0

javinintendero 9.12.13

Título original: *Fulminado por un rayo*

Chris Colfer, 2013

Traducción: Mónica Faerna

Editor digital: javinintendero

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Melissa Schwolow, Mikendra McCoy, Jenny Herrick y Maureen Bagdasarian, sin las cuales no habría logrado sobrevivir a mi etapa en el instituto.

Y a todos los presidentes y capitanes de cualquier club de escritura, de teatro, de debate, grupos de Destination ImagiNation, a todos los directores de periódicos o revistas literarias de instituto y a cualquiera que destaque por sus méritos y se sienta subestimado por ello... ¡Este libro es para vosotros!

30 de septiembre

Querido diario:

Un curso más con esta panda de cretinos y seré libre. Me ha llevado casi dos décadas de meticulosa planificación, pero me enorgullece poder decir que mi largamente esperada marcha de la ciudad de Clover es cuestión de días. Trescientos cuarenta y cinco días, para ser exactos. Pero que no se note que estoy llevando la cuenta...

Dentro de un año estaré en mi habitación del campus de la Universidad Northwestern tomando apuntes de algún carísimo libro de texto sobre «la historia de...», no sé, algo relacionado con la historia. Me alimentaré a base de fideos instantáneos y litros y litros de Red Bull. Dormiré apenas cinco horas, y eso la noche que no tenga que gritarle a mi compañero de habitación que baje el volumen del vídeo porno.

Sé que no parece el mejor plan del mundo, pero para este futuro universitario es el mismísimo paraíso. Todos mis sacrificios, presentes y futuros, forman parte de un plan más ambicioso.

No es que sea exactamente un secreto, porque se lo he contado a todo el mundo (más que nada para que no me cuenten a mí su vida), pero algún día espero llegar a ser el periodista más joven en publicar un artículo en *The New York Times*, *Los Angeles Times*, *el Chicago Tribune* y *el Boston Globe*, para luego continuar el ascenso hasta convertirme en el director de la revista *New Yorker*.

Sí, ya sé que es mucha información, así que tómate unos instantes para asimilarla si es necesario. Si te parece todo demasiado abrumador, imagínate cómo me siento yo teniendo que vivir cada día a la altura de mis expectativas. ¡Es agotador!

Dentro de diez años, si todo sale según el plan, las cosas me irán mucho mejor. Ya lo estoy viendo: estaré en mi apartamento de Nueva York, puliendo mi última columna semanal para el *New York Times*. Me alimentaré a base de comida tailandesa y vino tinto de la mejor calidad. Dormiré diez horas, incluso las noches que tenga que gritarle a mi vecino que baje el volumen del porno.

Pero de momento todavía me queda un año de instituto, el último. Y soy consciente de que aún no me han «admitido» en la Northwestern, pero eso no es más que un tecnicismo sin importancia. Y ya que hablamos de esto, debería decir que también soy consciente

de que la Northwestern no empiece a enviar cartas de admisión hasta el 15 de diciembre, pero estoy seguro de que ante el temor de que solicite plaza en otra universidad, harán una excepción conmigo. No me cabe la menor duda de que el departamento de admisiones habrá enviado ya mi carta y de que no tardará en llegar a mis impacientes manos... ¿no?

No me sorprendería descubrir que fui el primero en solicitar plaza. Me quedé despierto hasta las seis de la mañana, hora de Chicago, para presentar mi solicitud en cuanto se abrió el plazo. Ahora solo es cuestión de esperar... y ese nunca ha sido mi fuerte.

No veo por qué no habrían de admitirme. En cuanto vean mi expediente académico se darán cuenta de que soy un joven de mente abierta perdido en un mundo cerril que suplica ser rescatado por medio de la educación: un diamante en medio de una boñiga de vaca, por así decirlo.

Eso, sumado al hecho de que una dieciseisava parte de la sangre que corre por mis venas es de indio americano y un treinta y dos por ciento de afroamericano (aunque esto último no lo puedo demostrar) debería convertirme en el candidato perfecto.

Y aun en el caso de que eso no funcionara, mi expediente académico habla por sí mismo. He mantenido una nada desdeñable nota media de 4,2 desde que empecé el instituto. Yo solito he dirigido el *Clover High Chronicle* desde segundo curso, y he logrado mantener vivo el Club de Escritura después de las clases pese a su aparente deseo de extinguirse.

No está mal para un chico que vive en una ciudad cuyo debate intelectual más habitual es: «¿De verdad se va a comer los huevos verdes con jamón?», que es la cuestión principal de un libro infantil de Dr. Seuss escrito en un lenguaje para lectores muy, muy principiantes.

Vale, es broma (más o menos). A ver, tampoco quiero ponerme plasta con esto de mi ciudad natal. Supongo que Clover también tiene sus cosas buenas... pero ahora mismo no se me ocurre ninguna.

Clover es un lugar de bolsillos limitados y mentes aún más limitadas. Es una ciudad minúscula y conservadora, y la mayor parte de sus habitantes están destinados a vivir y morir aquí. Personalmente no soy de los que siguen al rebaño, cosa que me han afeado públicamente más de una vez. El hecho de aspirar a marcharme de aquí me ha convertido en la oveja negra de esta comunidad.

Lo siento, pero no puedo sentirme orgulloso de vivir en una ciudad cuya zona más cosmopolita es el aparcamiento del Taco Bell

un sábado por la noche. Y aunque nunca he vivido en otra parte, estoy seguro de que no todos los adolescentes se pasan la vida jugando a derribar vacas.

Cuando se construyó el primer cine en Clover, los de aquí se volvieron completamente locos. Yo no tenía más que tres años, pero todavía recuerdo a la gente gritando y dando volteretas laterales por la calle. La cola para ver *Tienes un e-mail* daba la vuelta a la ciudad.

Espero que nunca se les ocurra construir un aeropuerto, porque podrían acabar inmolándose en un suicidio colectivo.

Es verdad que estoy algo rayado porque soy de esa clase de chicos: último eslabón de la cadena trófica, sometido a burlas constantes, despreciado, un fastidio para todo el mundo, con todas las papeletas para encontrarse un mojón encima del coche (oh, sí, he pasado por eso). Pero lo que impide que mi vida sea triste y deprimente es que no me importa un carraajo. Por más veces que lo repita nunca será suficiente: en esta ciudad son todos unos cretinos.

Cuando la gente me pregunta en los chats y los foros de la Northwestern dónde está Clover, normalmente no me queda otra que responder: «Justo donde terminaba *Las uvas de la ira*». Y soy generoso.

A ver, en serio: ve hasta la esquina de Nada con Ninguna Parte, gira a la izquierda y llegarás a Clover. Es una de esas ciudades por las que pasas cuando vas en coche por la autovía, que apenas tienen diez mil habitantes y que hacen que te preguntes: «¿Quién coño vivirá ahí?». Pues, por si os lo habéis preguntado últimamente al pasar por delante con el coche, la respuesta es: este pringao. Hola, me llamo Carson Phillips, por si no me he presentado todavía.

Recuerdo haber leído que todos los grandes escritores tienen una relación complicada con su patria chica; supongo que yo no soy la excepción. Pero no puedes dejar que tus orígenes te lastren. Uno no puede elegir de dónde viene, lo único que realmente puede decidir es adónde va. (Buena cita. Tendré que acordarme para soltarla el día que reciba un doctorado honorífico.)

Pero todo esto no hace más que reafirmarme en mis propósitos. Con ocho años me preguntaron: «¿Qué quieres ser de mayor?», y respondí: «Director del *New Yorker*». La forma en que me han mirado desde entonces me ha empujado lenta e inexorablemente hacia el metafórico cartel de «salida».

Quizás esa fuera la razón de que la complicada relación que mantengo con mi ciudad natal se manifestara a una edad tan

temprana. He tenido que soportar los continuos embates de imbéciles que no veían más allá de sus narices; sobre todo en primaria, también conocido como «el lugar donde empiezan a lavarte el cerebro en una ciudad pequeña».

Recuerdo cuando mi profesor de primero nos explicó la resta.

—Si le quitamos una cantidad a otra, ¿qué nombre recibe la operación?

—¡Robo! —respondí en voz alta, con gran satisfacción.

Técnicamente mi respuesta no era incorrecta, pero la forma en que me miró durante los siguientes tres minutos me hizo sentir como si lo fuera.

Ese mismo año celebramos el Día de los Padres Fundadores, y lo recuerdo como si fuera ayer. Salí a la pizarra, con las notas que había tardado horas en recopilar, y les conté a mis compañeros todo lo que sabía.

—La mayoría de los Padres Fundadores fueron homosexuales reprimidos y esclavistas —dije. Como ya imaginaréis, no me permitieron terminar mi exposición.

Aquella fue la primera vez que llamaron a mis padres para una «reunión» al terminar las clases. Fue el comienzo de la complicada relación que he tenido siempre con el sistema de enseñanza pública.

—Es un poco excéntrico, ¿y qué? —le dijo mi madre al profesor.

—Señora Phillips, su hijo de seis años les dijo a sus compañeros de clase que los presidentes fundadores de nuestra nación eran homosexuales y esclavistas —replicó el profesor—. Yo diría que es algo más que un comportamiento excéntrico.

—Puede que haya sido culpa mía —terció mi padre—. Me preguntó si conocía alguna anécdota curiosa sobre los padres fundadores y yo le conté eso.

—¡Lo que te pedía el niño era una anécdota graciosa, pedazo de imbécil! —le abroncó mamá—. Le dije que te lo preguntara a ti. ¡Cómo no va a tener problemas en el colegio si su padre es un idiota!

—Lo cierto, señora Phillips —dijo el profesor—, es que el primer día, cuando se presentó a sus compañeros de clase, les dijo que usted le había contado que se llamaba Carson porque tenían puesto el programa de Johnny Carson mientras él fue... concebido.

Hasta la fecha, no he vuelto a ver a mi madre tragar saliva como aquel día.

Esa fue la última vez que mis padres se dejaron ver juntos en público. Como ya habréis adivinado, soy uno de esos niños cínicos fruto de un hogar roto.

Hasta que a los diez años vi cómo se comportaban los padres de un amigo, nunca imaginé que la gente se casara por voluntad propia, porque se querían. Siempre había pensado que era como cuando te notifican que debes formar parte de un jurado: te encuentras en el buzón un sobre con una carta en la que te dicen cuándo, dónde y con quién debes reproducirte.

Había tanto amor entre Neal y Sheryl Phillips como entre una ballena y un chipirón. Solo que estos al menos comparten el océano entero y no una casa en las afueras con tres dormitorios y dos cuartos de baño.

Estoy casi seguro de que sus votos matrimoniales fueron algo como:

—Neal y Sheryl, ¿os aceptáis como desventurados esposos, para discutir y andar a la greña de hoy en adelante, en las alegrías y sobre todo en las penas, en la terapia de pareja, en la rabia y en la frustración, para odiaros y aborreceros mutuamente, a partir de este momento y hasta que uno de vosotros mate al otro?

Puede que en algún momento se quisieran, o al menos creyeran que se querían. Pero en Clover, llegado a cierta edad, no hay otra cosa que hacer más que casarse y tener hijos. Seguramente no fue la mejor de las ideas, pero era lo que se esperaba de ellos y acabaron sucumbiendo a la presión.

Mi madre estaba decidida a mantener su compromiso toda la vida, e hizo todo lo posible para que su matrimonio funcionara. Su relación seguía un patrón constante: mi padre no estaba contento, mi madre trataba de arreglarlo, mi padre seguía sin estar

contento, mi madre intentaba arreglarlo de mala gana, luego tenían una bronca monumental y vuelta a empezar.

Por desgracia, mi padre no tenía mayor interés en que aquello funcionara: nada más casarse ya estaba loco por salir de ahí.

En un momento dado mi madre dejó su trabajo como recepcionista en la consulta de un médico porque mi padre estaba, y cito textualmente, «harto de tener que ir a recoger a Carson al puto colegio». Y no era que su trabajo como agente inmobiliario lo tuviera ocupado hasta muy tarde; simplemente intentaba eludir sus responsabilidades paternas, como un cura en un burdel (lo siento, pero estoy superorgulloso de esa metáfora).

A veces juraría que todavía oigo sus gritos en la cocina. Ya fuera por cinco pavos que faltaban en su cuenta corriente o por un plato en el fregadero, todas las noches de nueve a diez tenían bronca. Al menos hubo un elemento constante a lo largo de toda mi infancia.

Nuestros vecinos de al lado se asomaban por encima de la valla a cotillear todas las noches. Una vez intenté venderles palomitas, pero no les hizo gracia.

Nuestra familia Titanic se fue hundiendo cada vez más a medida que pasaban los años. Pero de un modo enfermizo, casi me alegro de que fuera así. Mi desesperación por evadirme de todo aquello desembocó en el mayor descubrimiento de toda mi vida: las palabras. Me quedé fascinado. ¡Había tantas! Podía contar historias, escribir cómo me había ido el día, escribir cómo me hubiera gustado que me fuera el día... ¡Era un poder omnímodo!

En cuanto oía que mis padres empezaban a discutir, sacaba el estuche y el cuaderno y me iba a la ciudad. De repente, sus voces no eran más que ruido blanco y ya nada me molestaba. Así fue como logré mantenerme cuerdo en aquella casa de locos.

Las cosas empeoraron entre mis padres tras la muerte del abuelo, el padre de mi madre. Mi abuela se vino a vivir con nosotros un año después, cuando le diagnosticaron alzhéimer.

Siempre había sido mi mayor defensora, y mi salvadora también. Cuando tenía algún problema en el colegio, me sentaba en su regazo y me decía: «No permitas que esa profesora te haga sentir como si no fueras el más brillante, Carson. Lo que le pasa es que está cabreada porque el gobernador le ha cambiado el plan de pensiones».

Fue duro ver cómo se iba apagando poco a poco. Aun siendo un niño era consciente de que algo no iba bien.

Cuando estaba en casa podía encontrármela en el armario de la ropa blanca, preguntándose por qué su habitación se había hecho tan pequeña de repente. Nuestros vecinos se topaban con ella deambulando sola por las calles, preguntándose dónde había dejado aparcado el coche que ya no tenía.

—Es la tercera vez que se la encuentran vagando por la ciudad —le dijo papá a mamá una noche a las nueve en punto.

—Está un poco confusa, y se olvida de cuál es nuestra casa —respondió mamá—. ¿Cuál es tu excusa?

—Hablo en serio, Sheryl —insistió papá—. ¡O se marcha ella o me marchó yo!

Fue la primera vez que vi a mi madre quedarse muda. Al día siguiente le ayudé a empacar las cosas de la abuela.

Aunque se volvía más senil por segundos, la abuela sabía perfectamente lo que pasaba cuando la ingresamos en el geriátrico de Clover. Fue callada todo el tiempo, sumida en sus pensamientos. Mamá también, y sospecho que se sentía muy culpable.

—¿Por qué te mudas? —le pregunté a la abuela.

—Porque esta gente me va a cuidar muy bien —me respondió.

—¿No puedo ser yo quien cuide bien de ti? —le pregunté.

—Ojalá, tesoro —dijo la abuela, acariciándome el pelo.

Me sentía completamente impotente, pero intenté animarla lo mejor que pude.

—Te he escrito un cuento, abuela —le dije, entregándole un folio.

—Oh, a ver: «Érase una vez un niño». —Y paró, pero no porque ella quisiera, sino porque yo no había escrito nada más—. Vaya, es un cuento precioso, pero no estaría mal que desarrollaras la historia un poquito. —Me sonrió.

—Mamá me ha dicho que puedo venir a verte todos los días después del cole. Dice que podría venir en bici. ¡Puedo traerte un cuento cada vez que venga!

—Me encantaría —dijo con los ojos llenos de lágrimas, y me abrazó. La abuela estaba triste, pero yo estaba contento de poder darle algo que esperar con ilusión. Y hasta la fecha, nunca he faltado a la cita.

Pese a los últimos esfuerzos que hizo mi madre por salvar su matrimonio, papá terminó marchándose cuando yo tenía diez años.

Todo el vecindario recuerda aún aquella noche. Fue el último capítulo del *Show de Neal y Sheryl*, comenzó a las nueve en punto y se extendió hasta altas horas de la madrugada.

—¡No puedes marcharte ahora! ¡Acabamos de retomar la terapia de pareja! —iba gritándole mamá mientras él se dirigía hacia el coche. Ni siquiera hizo las maletas; se limitó a coger lo que pudo de camino a la puerta, incluyendo unos adornos aztecas que había en la pared, aunque no sé muy bien qué pretendería hacer con ellos.

—¡No aguanto en esta casa ni un segundo más! —le espetó papá.

Salió zumbando, haciendo chirriar los neumáticos sobre el asfalto. Mamá corrió detrás del coche, gritando:

—¡Lárgate! ¡Y no se te ocurra volver! ¡Te odio! ¡Te odio!

Se desplomó en el jardín delantero y estuvo llorando como una histérica durante una hora. En ese momento me di cuenta de lo mucho que mi padre significaba para

ella. Dios bendiga los aspersores,

porque sin su intervención podría haberse pasado allí toda la noche.

Desde entonces mamá y yo hemos estado solos. Bueno, salvo aquella vez que la abuela se escapó de la residencia y se quedó dos o tres días con nosotros, pero por lo demás solemos estar solos mamá y yo.

La vida sin papá era muy diferente y, sobre todo, más silenciosa. Aunque los primeros dos años mamá intentó mantener su bronca de las nueve conmigo, la casa se convirtió en un remanso de paz.

Intentamos apañarnos sin un hombre adulto en la casa. Mamá era incapaz de poner el árbol de Navidad y colocar las luces, así que les dijo a los vecinos que nos habíamos convertido al judaísmo. No tenemos a nadie que arregle las cosas, así que a lo largo de los años se han ido estropeando algunas (y no seré yo quien coja el destornillador para arreglar nada).

Mamá no ha llegado a recuperarse de aquello. No volvió a trabajar, y decidió que podíamos vivir con el dinero que nos había dejado el abuelo. No volvió a salir con hombres ni a casarse, prefirió sustituir a mi padre por una botella de vino. (¡Y qué gran historia de amor!)

Ahora se pasa la mayor parte del tiempo en el sofá, viendo *La juez Judy y Ellen*. Se ducha una vez a la semana (si tengo suerte) y en la ciudad se la conoce como «esa señora que sale a la compra en bata y con gafas de sol». ¿No os la habéis encontrado nunca?

Desde que se marchó, solo he vuelto a ver a mi padre en dos ocasiones: una el día que cumplí doce años y otra en las Navidades de hace dos años. Sí, así es mi padre. En comparación con él, Batman es superfiable.

—¿Dónde coño has estado? —le pregunté la última vez que le vi, sin poder morderme la lengua.

—Me he mudado a la zona norte de la Bahía —dijo sin inmutarse, como si me estuviera contando lo que había comido ese día.

—¿Por qué?

—Para encontrarme a mí mismo.

Hice lo que pude para no soltar la carcajada, pero fui incapaz de reprimir una sonrisa.

—¿Y aún sigues buscando?

No respondió a mi pregunta.

A lo largo de los años he pasado mucho tiempo cabreado con mis padres. Nunca he entendido cómo alguien como yo puede proceder de alguien como ellos. Supongo que la ambición es un gen recesivo.

Pero imagino que no debería olvidar que, a pesar de todo, me ha ido mucho mejor que a otros... hasta el día en que la autobiografía de esos otros desbanque a la mía en

las listas de los más vendidos. Entonces volveré a autocompadecerme. (Opinión controvertida: tu historia solo es triste hasta que empieza a darte dinero. Entonces dejas de sentir pena por ti mismo.)

Dejadme que ahogue la melodía de violines que se oye al fondo y retome mi argumento original: la vida es una mierda, pero ya no tardaré mucho en largarme de aquí. Voy a seguir avanzando y a escalar posiciones y estoy loco de contento.

Bueno, creo que con la historia de mi vida basta por esta noche. No estaba muy convencido con la idea de escribir un diario, pero ahora veo lo terapéutico que puede ser. La verdad es que me siento mucho menos estresado que cuando empecé. Estoy tranquilo, y centrado, y... ¡mierda! ¡Ya es medianoche y todavía tengo que hacer los deberes de álgebra 2! ¡Me piro!

3 de octubre

Menudo DÍA, y aún no ha terminado. Comenzó esta mañana, cuando me levanté, como todos los días, cuando aún no estaban puestas ni las calles.

¿Podría dejar constancia aquí de que está científicamente demostrado que los adolescentes aprenden más y rinden mejor si entran en el colegio más tarde? Supongo que sería algo a tener en cuenta si el colegio no fuera simplemente un centro de día financiado con dinero público para mantener a los chavales ocupados. (No sé vosotros, pero yo me siento más inclinado a delinquir entre las seis de la mañana y las tres de la tarde. ¡Arriba esos pulgares!)

Finalmente conseguí resucitar después de pulsar tres o cuatro veces el botón «snooze» del despertador. Me arrastré hasta el baño y descubrí que hoy no iría al colegio solo; tenía una espinilla enorme en un lado de la cara. Acné: junto con el resto de tus imperfecciones, la manera que tiene Dios de recordarte que no eres perfecto. Gracias por el soplo, Señor; casi me olvido.

Me vestí, fui al salón y, como era de esperar, me encontré a mi madre inconsciente en el sofá. Solo ella consigue que parezca que ha pasado la noche de fiesta con los Guns N' Roses pese a que sé de sobra que se ha tirado toda la noche viendo las reposiciones de *Playas*.

Descorrí las cortinas para que entrara la luz. Hago lo mismo todas las mañanas con la esperanza de que eso le haga abandonar el sofá. Y todas las mañanas me asalta la misma preocupación de que la luz del sol pueda hacer que su cuerpo estalle en llamas.

—Mamá, ¡despierta! —le dije, golpeándola con una almohada—. Otra vez has perdido el conocimiento.

Mi madre se revolvió bajo la manta, como una foca atrapada en una red.

—¿Q-q-qué? —dijo, recuperando por fin la conciencia.

—Enhorabuena, has logrado sobrevivir a otra noche —le dije. Me gusta darle los buenos días con algún comentario positivo, para que vea que me preocupo.

—¡Si fueras bueno me dejarías dormir en paz! —masculló.

—Si fuera bueno te dormiría para siempre —repliqué.

—Oh, Dios, la cabeza...

—Pues se supone que las mañanas no duelen.

Le llevé un vaso de agua y el ibuprofeno. Lo necesitaba.

Eché un vistazo a la mesita de café; mejor dicho, al cementerio de botellas de vino y medicamentos en el que se había transformado.

—¿Estás segura de que el alcohol no interfiere con todas esas medicinas que te ha recetado el doctor Camello? —le pregunté.

—Es el doctor Wheeler, no Camello. ¿Tú por qué no dejas eso a los

profesionales? —respondió, cogiendo el ibuprofeno—. Esas advertencias son para los aficionados.

En los últimos años mi madre ha desarrollado una relación enfermiza con su médico. Enfermiza porque estoy convencido de que ella cree que tiene una relación personal con él. Literalmente, se inventa enfermedades para ir a su consulta, y está convencida de que si no le llama una vez por semana el hombre se preocupa.

Si yo tuviera una paciente que toma más pastillas que Judy Garland y Marilyn Monroe juntas, también me preocuparía. Pero creo que ella no usa el verbo «preocuparse» con el mismo sentido.

—Vete al instituto, lárgate de aquí —me dijo, enterrando la cara en la almohada—. Y si estoy dormida cuando vuelvas, ¡no se te ocurra meterme la mano en un cuenco lleno de agua otra vez!

Recogí mis cosas y me fui hacia la puerta.

—¡Hasta luego! —le dije—. ¡Yo también te quiero!

Cuando mi abuelo murió, me dejó su Corvair convertible del 73, que dicho así suena muy bien. Lo que me dejó en realidad fue una cafetera y, como ese coche es una fuente de estrés continuo y él murió de un ataque al corazón, creo que es lícito afirmar que me legó la causa de su muerte.

No arranca a menos que la llave esté en el contacto, la ventana del pasajero abierta y la radio sintonizada en una emisora de clásicos españoles. No me preguntéis cuánto tiempo tardé en descubrir esta combinación. Si aun así no arranca, basta con cerrar de golpe la guantera y darle una buena patada a la matrícula de atrás.

Tengo un vecino en la acera de enfrente que, estoy seguro, elige ese preciso momento para salir a recoger su periódico y poder contemplar el espectáculo. El muy capullo conduce un Mercedes.

Una de las cosas buenas que tiene Clover es que la gente rara vez llega tarde. No hay más de cinco minutos en coche entre un lugar y otro, y solo se tarda media hora en cruzar a pie la ciudad. Por desgracia, eso también significa que todo el mundo llega a la vez al aparcamiento de estudiantes.

Uau. El aparcamiento de estudiantes. Con todos mis respetos hacia los veteranos de guerra, todavía estoy esperando a escuchar alguna batallita tan escalofriante como algunos de los episodios que he vivido en ese aparcamiento. Es un lugar donde los adolescentes, la mayoría de los cuales aprendieron a limpiarse el culo solitos hace menos de diez años, conducen enormes coches que podrían desencadenar una masacre en cuestión de segundos.

No hay normas de tráfico que valgan en el aparcamiento de estudiantes. Es la ley del sálvese quien pueda.

¿El intermitente? No te preocupes, soy mentalista y sé hacia dónde vas a girar. ¿Límite de velocidad? Para qué, que se aparten los peatones. ¿Zonas rojas? No te

preocupes, jugadora del equipo de voleibol; ¡eso significa que está reservado especialmente para ti! ¿Plazas de aparcamiento? ¡Usa la tuya y la mía! ¡Usa varias! ¡Usa todas las que necesite tu Toyota Corolla!

Y por si fuera poco, después de esta guerra diaria, los supervivientes se dirigen hacia la puerta para adentrarse en un lugar aún más peligroso: el instituto, un brillante invento de la sociedad para tener agrupados a los ingenuos, pubescentes y agresivos jóvenes en un mismo entorno y que se despellejen mutuamente y se traumatizan para toda la vida. ¡Con un par! Una idea brillante.

Cuando me paro a pensarlo, no veo muchas diferencias entre un instituto público y una institución penitenciaria. Ambos se financian con los impuestos de los contribuyentes. Nadie quiere ir a ninguno de los dos sitios. Ambos están masificados. Las alianzas se forjan en el patio. Y en ninguno de los dos está bien vista la delación.

Por lo menos en la cárcel puedes salir antes por buen comportamiento. Quizá si pudiera graduarme antes filtraría un poco más lo que digo; estoy seguro de que a mis compañeros no les gusta que les llame «ganado» cuando paso por su lado en los pasillos. Pero quien se pica ajos come; «quitaos de en medio, sois más lentos que una tortuga con muletas».

Por suerte para mí, hoy he conseguido salir vivo de las trincheras (y utilizo deliberadamente esa palabra porque la peste que flota por los pasillos el día que hay burritos en el menú es como un ataque con gas nervioso) y he llegado a clase sano y salvo. Lo trágico es que esa clase es la de álgebra 2.

Mi profesor de álgebra, que tose sin necesidad cada veinte segundos y que, sospecho, juega con Barbies el fin de semana, escribió una ecuación en la pizarra:

$$x^2 = -19$$

$$x = \sqrt{-19}$$

$$\sqrt{19 \times -1} = \sqrt{19} \times i = i\sqrt{19}$$

—Eh, eh, eh —dije, sin poder contenerme—. ¿Qué es esa «i»?

—Es un número imaginario —respondió, y volvió a toser.

—¿Ahora resulta que hay números imaginarios? —pregunté en tono incrédulo—. ¿Y el siguiente tema de qué va, de unicornios?

No me malinterpretéis, soy un buen estudiante. Si veo que tengo problemas con alguna materia, me quedo al terminar las clases y busco a alguien que me eche una mano. Partiendo de esa base, creo que estoy en mi derecho de decir: «¿Qué coño es el álgebra 2?»

Entiendo que tenemos que competir con China y con Japón, pero también competimos con Irán, y en clase no nos enseñan a perforar pozos petrolíferos ni a construir armas nucleares. (Aunque, desde luego, yo me apuntaría a esa clase sin pensármelo un segundo.)

Lo que más me raya es que soltamos al mundo chavales que no saben actualizar

una libreta bancaria, ni solicitar un préstamo, ni siquiera cómo rellenar una solicitud de trabajo, pero como saben hacer raíces cuadradas; ¿ya están lo suficientemente preparados?

Dicho esto, tengo que admitir que saber que en la ecuación $x - 3 = 19$ la x es igual a 22 puede ser muy útil. Incluso podría decir que también es útil saber que en un problema como $9x - 6y = 15$, la x es igual a 7 y la y es igual a 8. Pero, seamos serios, ¿de verdad hace falta que sepamos simplificar $(x - 3)(x - 3i)$?

Y lo más gracioso es que no puedes cursar estudios superiores si no lo sabes. Un estudiante de California no puede acceder a la universidad sin haber aprobado álgebra 2 en el instituto. Un futuro psicólogo nunca llegará a ser psicólogo, un futuro abogado no podrá llegar a ser abogado, y yo no llegaré a ser periodista sin nociones básicas de ingeniería.

Lógicamente, los ingenieros y los científicos usan esas fórmulas continuamente, ¡y me quito el sombrero! Pero ellos no tienen que pasarse años estudiando teatro, porque un científico o un ingeniero no necesita saber que *El fantasma de la ópera* es el musical que más años ha permanecido en cartel. ¿Entendéis adónde quiero llegar?

Los del Ministerio de Educación deberían reunirse con los representantes universitarios y de enseñanzas medias para crear itinerarios adaptados a las necesidades de los estudiantes. Podrían ofrecernos un curso de economía y finanzas que tuviera los mismos créditos que el álgebra. Estoy seguro de que a muchos les sería infinitamente más útil pasarse un semestre aprendiendo cómo montar un pequeño negocio que aprender a resolver problemas como estos:

$$ax^2 + bx + c = 0$$

$$x^2 + \frac{bx}{a} + \frac{c}{a} = 0$$

$$x^2 + \frac{bx}{a} + \frac{b^2}{4a^2} - \frac{b^2}{4a^2} + \frac{c}{a} = 0$$

$$\left(x + \frac{b}{2a}\right)^2 - \frac{b^2}{4a^2} + \frac{c}{a} = 0$$

$$\left(x + \frac{b}{2a}\right)^2 = \frac{b^2 - 4ac}{4a^2}$$

Pero es posible que mi propuesta tenga demasiado sentido para el Ministerio de Educación. (Me consta que están al corriente; a alguna parte tienen que haber ido todas mis cartas.) El caso es que, si realmente tuvieran interés en que el sistema educativo funcionara, probablemente habrían cambiado los horarios de clase cuando se demostró científicamente que los alumnos rinden más y mejor a una hora más tardía. Lo siento, pero es que es superior a mis fuerzas.

No envidio a la promoción de 2020. Para entonces, los alumnos tendrán que aprobar cálculo diferencial para poder graduarse en el instituto. ¡Buena suerte,

chicos!

Mierda, Barbie-man me ha pillado. Creo que sabe que no estoy haciendo los deberes, ha tosido mirando hacia mí. Seguiré escribiendo luego. Mientras tanto, iré tomando nota mentalmente de las ideas que se me vayan ocurriendo para arreglar el mundo.

3 de octubre (continuación)

Ahí estaba yo, en las trincheras, absorto en mis pensamientos, saliendo de la clase de inglés para ir a la de química, cuando por el rabillo del ojo vi algo rosa saliendo del despacho de asesoramiento.

—¡Eh, oye! —me gritó una voz algo repipi—. ¡Tú, el listo!

Probablemente fue muy arrogante por mi parte volverme de inmediato, pero seamos sinceros: ¿a quién más podía estar dirigiéndose? Era mi consejera estudiantil, la señorita Sharpton.

—¡Ven a mi despacho, tengo que hablar contigo! —me dijo con una amplia y blanqueadísima sonrisa.

—Tengo inglés —le dije.

—No importa. Te haré un justificante.

Puse los ojos en blanco y suspiré; me sentía como un cachorro de tigre atrapado por un halcón.

¿Cómo describir a la señorita Sharpton? Imaginaos que Sarah Palin, Paris Hilton y la Princesa Peach hubieran tenido una hija natural o algo así. Ahora añadidle más rosa aún, y un fegonazo blanco. ¿Entendéis adónde quiero ir a parar? La antigua Miss Clover 1989 decidió hacerse consejera estudiantil cuando la catearon en la escuela de belleza. Hay rumores de que compró una propiedad en Nevada y quiso convertirse en una Auténtica Ama de Casa de Las Vegas, pero el espectáculo no encontró productor.

Por lo general intento evitar ir a su despacho siempre que puedo. Tanto rosa no puede ser bueno para la salud.

Me hizo sentar en un sofá situado en una diminuta zona cercana a su escritorio que a ella le gusta denominar su «sala de estar». Su rostro está presente en todas las fotos que hay en el despacho, sola o en compañía de un perrito del tamaño de una rata. Y puesto que algunas de esas fotos tienen treinta años, deduzco que o bien tiene un perro de treinta años, o bien lo cambia de tanto en tanto por otro exactamente igual.

—¡Bienvenido al día de la orientación universitaria en el departamento de asesoramiento escolar! —dijo la señorita Sharpton en tono jovial.

«Oh, ya la he cagado.» Hubiera preferido que me hicieran una colonoscopia, lo juro.

—Seguro que ya has visto la circular —continuó—. A lo largo del día vamos a iros llamando al despacho de uno en uno para charlar sobre las distintas opciones que tenéis a la hora de elegir carrera. Ya sabes, lo que queréis hacer...

—Sé exactamente qué carrera quiero estudiar —la interrumpí.

—¡Estupendo! —dijo, dando palmadas—. ¿Y qué carrera es, cielo? ¿Astronauta?

—Quiero ser director de la revista *New Yorker* y el periodista más joven en

publicar en el *New York Times*, en *Los Angeles Times*, en *Chicago Tribune* y en el *Boston Globe*.

—Vaya, llevas ya tiempo pensándolo, ¿eh? —dijo la señorita Sharpton. Creo que no conocía ninguna de esas publicaciones—. Muy bien, ¿y qué me dices de la universidad? ¿Puedo ayudarte a decidir cuál escoger?

Eché mano de unos folletos que tenía al lado.

—No, quiero ingresar en la Northwestern.

—Comprendo. ¿Y dónde está exactamente?

No estaba de broma.

—En Illinois —respondí.

—Nunca he oído hablar de ella —dijo—. Pero ¿por qué tienes tantas ganas de irte de aquí? Ya sabes que tienes un campus universitario en Clover, prácticamente a la puerta de casa...

—Mire —dije, sintiendo entre los ojos un principio de migraña (soy alérgico a la estupidez)—. Ya me he dejado diecisiete años en esta ciudad. Hay asesinos convictos que han cumplido menos años de condena...

—¿En serio? —preguntó la señorita Sharpton, pero yo continué sin hacerle caso.

—He dirigido el periódico escolar y he sido presidente del Club de Escritura desde mi segundo año en el instituto solo para aumentar mis posibilidades de entrar en esa universidad...

—Caramba, qué inteligente.

—Ya he presentado mi solicitud y reúno todas las condiciones necesarias. Lo que pasa es que todavía no me han contestado. Si pudiera averiguar por qué, se lo agradecería mucho —concluí, aunque no estaba muy seguro de que aquella mujer estuviera capacitada para aquella tarea.

—Vale, ¿y se supone que tengo que hacerlo yo? ¿Quieres que yo les llame? —preguntó la señorita Sharpton. Parecía nerviosa, como si temiera que el teléfono fuera a morderla.

—Sí. Haría lo que fuera por entrar en esa universidad. Lo que fuera.

—Muy bien, ¡cuenta con ello! —me dijo con el pulgar hacia arriba—. Pero ya que estás aquí, ¿te importaría rellenar una de estas solicitudes para la Universidad Pública de Clover? Por cada solicitud me dan un punto para una taza con el emblema de la universidad, y solo me faltan tres.

Entonces me levanté y me fui. Temía que la migraña pudiera convertirse en un derrame cerebral si no lo hacía.

Ojalá pudiera decir que el resto del día fue mejor —también me gustaría poder decir que tengo unos abdominales impresionantes—, pero en ambos casos mentiría.

Mi última clase del día era periodismo. Es la única clase que realmente siento que puede serme útil en la vida (en mi vida, al menos). Me encanta el periodismo. Lo que

odio es la gente que hay en esa clase.

La clase de periodismo es la que se ocupa de montar el periódico semanal de la escuela, el *Clover High Chronicle*.

Los demás alumnos venían a pedirnos que escribiéramos o que no escribiéramos sobre sus actividades en la escuela. Una vez, una animadora me dio un billete de cincuenta para que no publicara que había olvidado ponerse la ropa interior durante un partido de fútbol americano celebrado en el instituto.

Por desgracia, la graduación arrasó con toda la plantilla cual plaga medieval y al año siguiente me quedé yo solo. Incluso el profesor, que solía aprovechar la clase para echarse una siesta, un buen día dejó de aparecer por allí. El instituto no se podía permitir el lujo de contratar a un sustituto, así que no tuve más remedio que hacerme cargo yo solito. (Ahora que lo pienso, ni siquiera estoy seguro de que eso sea legal, pero qué más da.)

Intenté reclutar más gente pero no hubo manera. Incluso recurrí a la clase de educación especial, pero se limitaron a señalarme con el dedo y a reírse de mí. Hoy en día, los adolescentes no son capaces de escribir redacciones de más de 140 caracteres.

Al final decidieron meter en la clase de periodismo a los alumnos que no tenían créditos suficientes para graduarse (cosa por la que, en parte, les estoy agradecido, pues creo que lo hicieron por despecho). Y así fue como las lumbreras del instituto Clover acabaron siendo reemplazados por los personajes de la peli *Diarios de la calle*.

Actualmente, aparte de mí, la plantilla del *Clover High Chronicle* está compuesta por Malerie Baggs, subdirectora; Dwayne Michaels, crítico de cine; Vicki Jordan, que se encarga de cubrir el pronóstico meteorológico, y un estudiante de intercambio salvadoreño: Emilio López.

Hablaré de ellos enseguida.

—El último número del *Clover High Chronicle*.

Los miré a todos con suma desaprobación. Vicki bostezó.

—Este es el *Clover High Chronicle*, no el Carson Phillips Chronicle —les recordé—. Espero que esta semana no pase lo mismo.

Di una palmada para dirigir la atención de mis compañeros hacia Dwayne.

—Dwayne, ¿tienes ya la crítica de *Homicidio III*.

Dwayne debe de ser el ser humano más inútil que he conocido en mi vida. Suele llevar una gorra de lana, aunque no haga frío, y a estas alturas debe de mear marihuana líquida.

—¡Sí!

—¿Sí? —respondí, tratando de disimular mi sorpresa.

—Ah, espera... No.

—¿No?

—Fui a verla, pero perdí el conocimiento —respondió—. No me dijiste que era en 3D.

—Es que no era en 3D.

—Jooé —exclamó, en voz baja.

Aquello no había quien lo aguantara. Juro que un día me va a salir una úlcera como si fuera el bicho de Alien y la voy a llamar Incompetencia de mis Compañeros.

—Vicki, ¿tienes listo tu informe meteorológico? —pregunté.

Vicki me miró como si no supiera de qué le estaba hablando. Corrijo, se quitó uno de los auriculares del iPod y entonces me miró como si no supiera de qué le estaba hablando.

—¿Qué?

—La previsión del tiempo.

Miró un momento por la ventana con aire ausente.

—Nublado —dijo, y volvió a colocarse el auricular en la oreja.

—Genial. Gracias, Vicki. —Al menos íbamos progresando.

Vicki Jordan es una de esas alumnas «góticas». Cuando estaba en octavo decidí enterrar todo lo que le hacía parecer un ser viviente y se transformó en una no muerta viviente. Se tiñó el pelo, se pintó los labios de negro y descubrió el factor de protección solar 110.

Personalmente, no creo en las «fases rebeldes». Creo que no es más que una forma dramática de decir: «No tengo ningún problema de verdad, así que voy a empezar a vestirme de rarita y a autolesionarme para que la gente crea que soy más compleja de lo que en realidad soy». Lo siento, pero a mí tus «conflictos internos» me la sudan.

¿Quieres que «te dejen en paz»? ¿No quieres que te «comprendan»? Pues deja de vestirte todos los días como si fuera Halloween, zorra quejica. Supéralo, tómate un antidepresivo y deja de ser un engendro, que solo mirarte ya duele.

Parece que ese asunto me afecta bastante. Pero sigamos adelante...

—Emilio, ¿hay alguna sección por la que sientas un interés especial esta semana? —pregunté, pero fue como hablarle a la pared.

—Adoro los Estados Unidos —dijo con su fuerte acento salvadoreño. Creo que es la única frase que le enseñaron en nuestro idioma antes de venir aquí. Pero al menos Emilio tiene un buen motivo para pasar de mi cara.

Pero pese a sus dificultades con el idioma, el tío es un fenómeno con las chicas. Ya he perdido la cuenta de a cuántas chicas americanas he visto enrollándose con el salvadoreño. Ha cruzado muchas fronteras para meter las manos bajo otra clase de fronteras. Y voy a dejar ya las metáforas; seguro que lo habéis pillado.

—Genial, Emilio, crearemos una sección patriótica especial para ti —dije,

alzando la vista de mis notas—. ¿Y qué me decís de la escritura creativa? ¿Alguien tiene algún artículo, algún relato corto o...?

—Yo he escrito un relato para el *Chronicle*.

—Pues vamos a escucharlo —dije.

Malerie se puso en pie con aire nervioso y estableció contacto visual con todos antes de comenzar a leer.

—Esto ha sido escrito por Malerie —dejó claro, antes de comenzar—. «Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, era la edad de...»

—Malerie —le interrumpí.

—¿Sí?

—Eso no lo has escrito tú. Es el principio de *Historia de dos ciudades*, de Charles Dickens.

Me miró llena de confusión, como si le estuviera contando a un niño pequeño que en realidad no lo había traído la cigüeña.

—Pero es mi letra —dijo—. Claro que si no me crees...

Se sentó sin terminar la frase.

Si el muñequito de Pillsbury tuviera una hermana, imagino que Malerie se le parecería mucho. Es bajita, redondita y un poquito... diferente. Yo no diría que es lenta. Diría simplemente que hay barcos que consiguen llegar a la isla antes que el suyo. Tiene algunos problemillas con la concentración, el metabolismo y tiende al plagio... pero nadie es perfecto.

Además, Malerie siempre lleva encima una vieja videocámara. Lo graba todo. Cuando se unió a la clase de periodismo ese detalle me intrigaba mucho, y tuve la sensación de que tenía madera de reportera, pero ahora que sé que su verdadera pasión es la escritura creativa la cosa me preocupa. ¿Qué hace con todas esas imágenes que graba?

Por fin llegué a mi parte favorita de la clase: mi tarea.

—Como imaginaréis, yo volveré a ocuparme de las noticias locales —les informé—. Mi artículo de la semana pasada, «Escándalo sexual en una ciudad pequeña», ha tenido un éxito clamoroso en el Facebook del *Chronicle*.

Nada. Las estatuas del Louvre habrían mostrado más interés. Sonó el timbre y, como perros a la hora de comer, se abalanzaron todos hacia la puerta.

—No olvidéis que hay una reunión del Club de Escritura al terminar las clases, por si cambiáis de opinión y decidís apuntaros —les grité—. O por si cambiáis de personalidad...

Fui a la pizarra a borrar las palabras: «*Clover High Chronicle*, director: Carson Phillips». En su lugar, escribí: «Club de Escritura, presidente: Carson Phillips». Hay algo en este ritual que me produce una gran satisfacción. Pese a todo lo que tengo que tragar, me sigo sintiendo muy orgulloso de que estos clubes sigan en pie.

Normalmente me paso la hora del almuerzo cambiando los viejos pósteres de «Únete al Club de Escritura» por otros nuevos, pues suelen ser las víctimas favoritas de los vándalos. Me parece una dolorosa ironía que esos cabrones analfabetos escriban «Sois unis capuyos» en pósteres que intentan atraer a jóvenes escritores.

El sistema de clubes en el instituto de Clover es complejo. La verdad es que no hay nada que hacer en esta ciudad, así que los estudiantes no tienen más remedio que apuntarse a alguno de estos clubes por el bien de su cordura.

LOS CLUBES:

EL CLUB DE LAS ANIMADORAS: también conocido como el Club de las Futuras Mujeres Florero y Mamás de Futbolistas. Las animadoras tienden a pasearse por el campus en grupos francamente despiadados, creando traumas emocionales a todo aquel inocente que encuentran a su paso. Advertencia: lo hacen todo en grupo, incluso menstruar.

EL CLUB DE ATLETISMO: fábrica de cachas. No se limitan a practicar deporte y a comparar las medidas de sus miembros; también practican ejercicios para fortalecer el carácter, tales como el «Huele mi dedo».

EL CLUB DEL ANUARIO: alumnos de todos los cursos que se reúnen para seleccionar fotos y citas memorables y se dedican a reescribir la historia para dar verosimilitud a las mentiras que les contarán a sus nietos.

EL CLUB DE TEATRO: un lugar en el que los chicos tienen la excusa perfecta para disfrazarse y maquillarse y las chicas acaban preguntándose por qué aquellos chicos nunca se enamoraron de ellas.

LA UAN: la Unión de Alumnos Negros está integrada por nuestro único alumno negro. Puede que esté solo, pero el claustro le ha convencido de que es importante que su comunidad esté representada dentro del instituto.

LOS FLEA: ¿estás pensando en montar un negocio o ser un emprendedor? Pues entonces no te unas a los Futuros Líderes Empresariales de América; ¡no están para eso! Este es un club para competir a ver quién tiene el mejor móvil o qué padre gana más dinero.

EL CORO DEL INSTITUTO DE CLOVER: es donde van los cantantes con más talento del instituto para hacerle los coros a la hija del director del coro, que carece de oído musical.

EL EQUIPO DE DEBATE: si tienes la suerte de haber nacido sabiéndolo todo, únete al equipo de debate y discute con otros chavales tan listos como tú. No se puede corregir una opinión, pero a fe mía que estos chicos lo intentarán.

EL CLUB DE LOS CÉLIBES: un aquelarre de chicas nada atractivas a las que les resulta más fácil «mantenerse puras» y «salvar su alma» que admitir que nadie quiere acostarse con ellas.

LOS FGA: los Futuros Ganaderos de América. No se me ocurre ningún chiste,

¡la mera existencia de este club es un chiste!

LA ORQUESTA DEL INSTITUTO DE CLOVER: ¿tocas algún instrumento? Entonces únete a la orquesta para acompañar al desagradecido coro que acompaña a la hija del director del coro, que carece de oído musical.

CASTIGO: no estoy muy seguro de que pueda considerarse un club, pero sus miembros son, con mucho, los más entregados.

Y, naturalmente,

EL CLUB DE ESCRITORES: un lugar en el que los alumnos pueden expresar sus ideas y su creatividad a través de las palabras. Pero si preguntáis por ahí os dirán que es peor que el grupo de castigo y que, por lo visto, somos unos «capuyos».

Me senté en un pupitre en la clase de periodismo al acabar las clases y me quedé mirando la puerta cuarenta y cinco minutos. Sabía que hoy sería el día, el día en que alguien por fin vería alguno de mis pósteres y sentiría el impulso irrefrenable de apuntarse al Club de Escritura.

El pomo de la puerta se empezó a mover y me quedé pegado al asiento. Me sentía como si fuera un astronauta que acababa de encontrar vida en otro planeta. La puerta se abrió de par en par.

—Hola, Malerie —saludé, algo decepcionado. En los tres años que llevo al frente del club, solo Malerie se ha unido al club. Y fue su segunda opción, se apuntó cuando la expulsaron de la UAN.

—He escrito otro relato para el Chronicle

—Genial. A ver, léemelo —dije, armándome de valor para escuchar lo que fuera que estaba a punto de escuchar.

Malerie se aclaró la garganta y comenzó a leer lo que traía escrito en su cuaderno.

—Llamadme Ismael. Hace algunos años, no importa exactamente cuántos...

—Malerie —le interrumpí—. ¿De verdad has escrito eso tú?

—No —contestó, y se encogió (quiero decir que se encogió más de lo habitual) —. Soy un auténtico fracaso.

—No seas tan dura contigo misma —le dije—. Escribir lleva su tiempo. También ayudaría que te decidieras a usar tus propias palabras.

—Pero es que no se me ocurre ninguna idea. No tengo imaginación. Dios únicamente me bendijo con esta piel impecable y un verdadero talento para el ping-pong. —Bajó la cabeza y me miró con impotencia—. Carson, ¿cómo lo haces?

Abrí la boca para contestar, pero no me salieron las palabras. La pregunta me había pillado desprevenido; nadie me lo había planteado nunca. ¿Cuál era exactamente el proceso que seguía? ¿De dónde salía todo?

—No busques ideas, las ideas vendrán a ti —le dije, sin saber muy bien si aquello tenía algún sentido—. Es una de las sensaciones más alucinantes que se pueden experimentar, encontrar algo sobre lo que escribir, o reparar en algo por primera vez.

Es algo que simplemente aparece y te salta a la cara. Entonces ya no puedes pensar en otra cosa y empieza a invadir todo tu cuerpo buscando un sitio por donde escapar y ser expresado de todas las maneras posibles... Es algo muy similar a... a...

—¿A un rayo? —me preguntó Malerie.

—Sí —respondí—. Eso es, como un rayo.

Nos quedamos reflexionando unos segundos. Incluso a mí me había sorprendido mi respuesta. Puede que fuera la primera vez que hablaba de escritura en el Club de Escritores. Normalmente nos pasamos toda la reunión hablando de cómo atraer a nuevos miembros o clasificando los insectos que Malerie encuentra en el autobús del colegio. Me he esforzado tanto en buscar la manera de inspirar a otros para escribir que había olvidado lo que me inspira a mí.

—No te preocupes. Algún día encontrarás algo sobre lo que quieras escribir —le dije a Malerie, y ella me sonrió.

Con los años, Malerie ha terminado por caerme bien. Puede que sus ruedas no giren tan deprisa como las de la mayoría de los coches, pero al menos tiene pulso. Es posible que sea lo más parecido a una compañera que tendré en mi vida.

4 de octubre

¿Alguna vez os habéis visto en una situación de esas que te hacen pensar: «Dios Santo, cómo me he metido en este lío?». ¿Una de esas situaciones que te llevan a pensar: «Por favor, que me muera ahora mismo porque la muerte no puede ser peor que esto»? Yo también.

Dos veces por semana, durante una hora, al acabar las clases tengo que asistir a la reunión del consejo estudiantil. Mientras que los demás miembros del consejo han sido «elegidos» para sus puestos, yo asisto en calidad de director del periódico del instituto.

Han intentado deshacerse de mí en múltiples ocasiones, y aunque la verdad es que preferiría estar en la franja de Gaza con una diana dibujada en la espalda, siempre me defiendo. Se llama «libertad de prensa»; podéis comprobarlo. Además, si no asisto a las reuniones no me entero de lo que se cuece allí, y entonces tengo que escribir sobre alguien en el editorial.

¿Cómo podría describir a los miembros del consejo de forma educada? Son la clase de gente que viene de buena familia, que nunca ha tenido que afrontar ningún problema verdaderamente grave y que probablemente no tendrán que esforzarse por nada en la vida. Primer *strike*. El hecho de que además tengan muy mala leche y sean unos imbéciles engreídos sería el segundo *strike*.

Uno de ellos me pegó un tampón a la espalda la semana pasada, al salir de la reunión. Estuve horas yendo de un lado para el otro por el instituto sin que nadie me dijera que tenía eso en la espalda. Todavía no estoy seguro de quién fue.

El consejo estudiantil está dirigido por la presidenta del cuerpo de estudiantes, Claire Mathews. Es guapa, popular, menuda, una orgullosa animadora, y sospecho que caga *cupcakes*. Sus padres son máquinas de fabricar abejas reina. Todas las promociones del instituto de Clover han tenido que sufrir la ira de una de las hermanas Mathews. Claire es la más pequeña de las cinco (y esperemos que sea la última). Corre el rumor de que tenía una hermana pequeña, pero no nació tan perfecta como las demás, así que la sacrificaron como si fuera un cachorro, en plan *La telaraña de Carlota* (fui yo quien inventó el rumor).

Luego está la vicepresidenta y directora del anuario, Remy Baker. Jamás admitiré que exista alguien en el instituto con mi mismo

nivel intelectual, pero Remy es seguramente la que más se acerca. Es lista, ambiciosa y tozuda (¿os suena de algo?). La diferencia estriba en que Remy está perfectamente integrada en el instituto. Por eso, como es natural, siempre acabamos peleándonos como dos cabras en celo por la misma hembra. Ella usa su poder para hacer el mal. En segundo curso, Remy «se olvidó» de incluirme en el anuario. ¿Cómo demonios puede uno «olvidarse» de incluir a un alumno en el anuario? Lo que pasó

fue que estaba cabreada conmigo porque mi proyecto para el Día de la Historia fue mejor que el suyo. Físicamente, Remy dejó de crecer en cuarto o así. Tampoco estoy diciendo que sea un *hobbit* (no me gusta rebajarme utilizando insultos). Solo digo que si algún ser de la Tierra Media desapareciera, ella encajaría perfectamente con su descripción.

Justin Walker es el director del área deportiva y también el presidente del Club de Atletismo. Es tan tonto que si le dieras una caja llena de piedras, probablemente enterraría una en el suelo y diría que ha plantado una montaña. Su hermano mayor, Colin Walker, que se graduó cuando estábamos en primero, es ahora el entrenador de fútbol americano, y Justin se limita a vivir a su sombra... eso cuando no se pone a perseguirla.

Debería añadir que Claire y Justin salen juntos. ¡Sí, la animadora jefe y el cachas jefe están juntos! Conteneos, sé que es impactante. ¡Nada que ver con el tópico de siempre! No me cabe duda de que es amor verdadero.

Los demás miembros del consejo son Scott Thomas, el director de artes escénicas y presidente del Club de Teatro, y Nicholas Forbes, tesorero del consejo y presidente de los FLEA.

Scott Thomas me odia desde que escribí una crítica sobre su montaje de *Los miserables*. Dije que su interpretación era «superficial y poco realista», porque lo era. Lo siento, pero aunque fuera un montaje de bajo presupuesto, Jean Valjean no actuaría bajo un foco ni se movería a hurtadillas por el escenario para cantar la música de fondo de *I Dreamed a Dream*. Era una mierda y no me anduve con paños calientes, que le den.

Nicholas Forbes es el hijo mayor del hombre más rico de Clover. Su familia es dueña de casi toda la ciudad: los centros comerciales, las tierras de labor, y hasta me parece que de algunos de sus habitantes. Sus padres le regalaron un Cadillac Escalade por su decimosexto cumpleaños, y aunque a mí no me invitó, he oído que regalaron iPods a los asistentes.

Incluso dudo que su verdadero apellido sea Forbes. Creo que se lo cambiaron de forma oficial para tocar las pelotas. Lo hemos pillado: cagáis dólares de plata.

Repasando, el consejo de estudiantes está formado por Claire Mathews (la abeja reina zorrón), Remy Baker (la gilipollas del anuario), Justin Walker (el atleta cabeza hueca), Scott Thomas (el capullo teatral) y Nicholas Forbes (el hijoputa millonario). Puede que más adelante los someta a una prueba y/o a un juicio por asesinato más tarde, así que quiero que conozcáis todos los hechos.

—¡Traigo buenas noticias! —anunció Claire al comienzo de la reunión—. Me alegra poder informaros de que habrá suficientes camiones y remolques para que todos los clubes tengan su propia carroza para el baile.

Todos exhalaban un dramático suspiro de alivio. Yo hice girar el dedo.

Tengo un cuaderno especial para las reuniones del consejo de estudiantes. La mayor parte de las anotaciones son dibujos de diversos instrumentos de tortura y ejecución con los que me gustaría experimentar en lugar de escuchar los discursitos autocomplacientes que nos coloca Claire cada dos semanas. Esta semana he estado trabajando en una combinación de guillotina-agua hirviendo-silla eléctrica.

—Todos estamos entusiasmados, así que tenemos que escoger un tema para el baile de Sadie Hopkins... Si nos descuidamos, se nos echará la fecha encima —nos informó—. ¿Alguna sugerencia?

—¡Fiesta bajo el sol! —apuntó Remy, muy orgullosa de sí misma.

—A mí eso me hace pensar en el cáncer de piel —dije.

—Sería divertido —insistió Remy.

—No es más que una excusa para venir al instituto con chanclas y en bikini —añadí.

Empezaron a revolverse en sus asientos.

—¿Y qué tal «Una noche en París»? —sugirió Nicholas—. Mi familia y yo estuvimos allí este verano y me pareció muy bonito.

—Me encanta, es genial —exclamó Scott.

—¡Fantástico! —dijo Remy.

Todos asintieron.

—Pero si nos dejamos llevar se nos va a salir del presupuesto —advirtió Claire—. Nicholas, ¿crees que tu padre se haría cargo?

—Sería la primera vez que nos dejara tirados —respondió

Nicholas, con una sonrisa ruin.

Vomitó mentalmente y, a continuación, dije:

—¿Una noche en París? ¿Como la peli porno de Paris Hilton? Venga ya.

Los muy gilipollas dieron un respingo. Pero ¿iban en serio? ¿Una noche en París? ¿Se habían vuelto locos?

—Muy bien, vale, entonces algo un poco más genérico como «En las profundidades marinas» —sugirió Claire—. Fue el tema del baile de graduación de mis padres.

—Bueno, si no queremos ser originales —comenté.

—¡No queremos! —dijo Remy.

—Genial —dije—. Así todo el mundo podrá venir con sus ladillas [1].

Los muy gilipollas se enfurecieron conmigo. No sé por qué se ponen así, tienen suerte de que yo me ría de sus ideas antes de que lo hagan los de otro instituto.

—¡Te odio más de lo que odio el Holocausto! —me dijo Remy, escupiendo las palabras.

—Pues pégame, *hobbit* —le repliqué (no me importa rebajarme a poner motes ofensivos).

—No tenemos por qué escucharle; está aquí porque es el director de ese estúpido periódico, nada más —dijo Remy.

—¿Y a ti qué más te da, tío? —me preguntó Justin—. Si nunca asistes a estas cosas.

—¡No voy porque son una estupidez! —respondí.

—¡Vale, pues propón tú el tema, Carson! —me desafió Claire.

Todos los gilipollas se volvieron hacia mí y me miraron con aire desafiante.

—Vale. —Me puse a pensar, pero sin esforzarme demasiado, porque cualquier idea que me sacara del culo iba a ser mejor que sus ridículas propuestas—. Todos tenéis tele, ¿no? ¿Por qué no «Parejas famosas de la tele»? La gente podría disfrazarse de Pedro y Wilma Picapiedra, de Mulder y Scully o de Lucy y Ricky...

Se miraron tímidamente unos a otros. Sabían que mi idea era la mejor, y eso les jodía.

—¡Heidi y Spencer! —gritó Scott con entusiasmo.

—¿Qué? —dije—. No, no era eso lo que yo quería decir...

—¡Jon y Kate! —dijo Remy.

—¡Snooki y la Situación! —exclamó Justin, y se levantó la camiseta para exhibir sus abdominales.

—¿Habláis en serio? —dije— ¡Estáis hablando de parejas de *reality shows*... es ridículo!

Pero el daño ya estaba hecho. A la mañana siguiente anunciarían el tema para el baile del instituto Sadie Hawkins de Clover 2012: Parejas Famosas de Reality Shows. Y la culpa era toda mía.

¡Prostituir mi brillante idea es el tercer strike! Ya es oficial: los odio con toda mi alma.

Acabo de darme cuenta de que odio las reuniones del consejo de estudiantes porque me hacen dudar de mí mismo: si no consigo que ellos me escuchen, ¿cómo puedo esperar que, en el futuro, la gente quiera escucharme? Pero entonces me convenzo de que este es el ejemplo perfecto de que el instituto es un mundo aparte, que existe en su propia dimensión y no refleja en absoluto el mundo real.

Volví a concentrarme en mi cuaderno y añadí unos pinchos a mi instrumento de tortura-ejecución antes de que terminara la reunión. Qué desahogo.

5 de octubre

Hoy he pasado un buen rato con la abuela al salir del instituto, más de lo habitual. Normalmente me siento con ella una hora o dos y hago los deberes mientras ella habla consigo misma diciendo cosas sin sentido.

—Y por eso no voy a votar a Nixon —ha afirmado un par de veces—. Es un hombre tan retorcido que tiene que atornillarse las botas por la mañana, fíjate lo que te digo.

Pero por la razón que sea, hoy ha dicho algo que me ha llegado al alma.

La visita ha comenzado como cualquier otro día. He ido a la residencia asistida de Clover nada más salir de clase; afortunadamente, he logrado salir con vida del aparcamiento de alumnos. He saludado con la mano a Kathy, la recepcionista de la residencia, según pasaba por el mostrador de camino a la habitación de la abuela. (Kathy nunca me devuelve el saludo. Ni siquiera la he visto parpadear nunca. Se pasa todo el día con la mirada fija en la puerta principal. Mucho me temo que pronto pasará de ser empleada a ser paciente.)

—Hola, abuela —le he dicho al entrar en la habitación. Estaba sentada en su cama, tejiendo no sabría decir qué.

—¿Quién eres? —ha preguntado, abriendo mucho los ojos. Siempre es doloroso que me haga esa pregunta.

—Soy Carson —le digo siempre—. Tu nieto.

—No —ha dicho ella, meneando la cabeza—. Mi nieto no es tan mayor.

—He crecido —le he contestado encogiéndome de hombros.

Por una décima de segundo, hubiera jurado que me reconocía, pero puede que fueran imaginaciones mías. Se ha levantado de la cama y ha ido hacia la puerta.

—Enseguida vuelvo.

Pasados unos minutos me he sentado y me he puesto a hacer los deberes. La he oído hablar con una de las enfermeras en el pasillo.

—Necesito el horno —decía.

—No puede usar el horno —ha respondido la enfermera.

—Pero es que tengo un invitado. A lo mejor tiene hambre —insistía ella.

Un par de minutos más tarde, la abuela ha vuelto con un plato de papel lleno de galletas Oreo.

—Aquí tienes, recién salidas del horno —ha dicho, sonriendo y ofreciéndome el plato.

No he podido reprimir una sonrisa.

—Gracias. —He metido la mano en mi mochila y le he dado el último número del periódico del insti—. Te he traído el último número del *Clover High Chronicle*.

La abuela lo ha cogido, le ha echado un vistazo por encima y me lo ha devuelto.

—Mi artículo se titula «Escándalo sexual en una ciudad pequeña». Es como aquel de «Genocidio de conserjes» que tanto te gustó...

—¿Conoces a mi nieto? —ha preguntado de pronto.

Me lo ha preguntado millones de veces, pero uno nunca se acostumbra a que alguien de su propia familia le pregunte quién es.

—Creo que sí.

—Le echo de menos —ha dicho la abuela, y sus ojos han adquirido una expresión triste—. Ya nunca viene a visitarme. Antes me escribía cuentos.

De pronto su expresión ha vuelto a iluminarse.

—¿En serio?

—Recuerdo perfectamente el primer cuento que me escribió —ha dicho con una gran sonrisa—. «Érase una vez un niño.»

Se ha echado a reír.

—Sí, yo también lo recuerdo —le he dicho. Por raro que suene, me ha hecho muy feliz saber que al menos ese recuerdo ha sobrevivido a la hecatombe.

—Le dije que estaría bien que lo desarrollara un poco, así que al día siguiente me trajo otro cuento —dijo—. «Érase una vez un niño que quería volar.»

Había olvidado por completo ese detalle.

—Estoy preocupada por mi nieto —ha dicho la abuela, y su expresión se ha vuelto triste de nuevo—. Ha cambiado mucho con los años. Creo que sus padres van a divorciarse, ¿sabes? Antes era un niño feliz, pero ahora anda por ahí cargado de energía negativa. Algunas veces, un nubarrón personal puede ser mortal.

Se ha ido hacia la ventana, asintiendo con la cabeza, y se ha quedado mirando el jardín. A pesar del alzhéimer, todavía tiene momentos de lucidez como ese. Se ha vuelto hacia mí como si quisiera añadir algo más, pero en cuanto me ha mirado a los ojos he sabido que volvía a estar perdida.

—¿Conoces a mi nieto? —me ha preguntado de nuevo.

—Eso creía —le he dicho.

La abuela se ha encogido de hombros y ha retomado su labor de punto.

Había terminado mis deberes, pero me he quedado hasta que se ha hecho de noche; no quería dejarla. No suelo tener ocasión de ver a mi abuela cuando voy a visitarla, así que he querido aprovechar al máximo ese momento.

Al final se ha quedado dormida y he decidido que ya era hora de marcharme, pero he venido pensando en lo que me ha dicho de camino a casa. Sé que soy borde y estoy un poquito quemado, y hasta cierto punto me gusta, pero ¿será verdad que soy una persona triste? ¿Soy feliz?

Lo que es seguro es que pienso ser feliz en el futuro, pero ese futuro aún no ha llegado. ¿En qué punto estoy, entonces? Nunca he sido de los que viven y analizan el momento presente.

He llegado a casa a eso de las diez menos cuarto. Había frascos de medicinas recién compradas sobre la encimera de la cocina, y me he alegrado de que mamá hubiera salido de casa, aunque solo fuera para conseguir drogas. Estaba sentada en el patio de atrás, mirando las estrellas, completamente pedo.

—¿Dónde has estado? —me ha preguntado.

—En Múnich.

Ha puesto los ojos en blanco.

—Algunos llegan a casa para encontrarse con un maravilloso novio o una ecografía, y yo tengo que conformarme con un cabroncete sabiondo al que, de entrada, nunca quise traer al mundo.

Puede parecer algo muy duro viniendo de una madre, pero estoy más que acostumbrado a sus quejas alcohólicas. Imagino que habrá visto a una embarazada en la farmacia y eso la ha sacado de quicio. Cualquier cosa que le recuerde a mi padre le resulta muy dolorosa.

—Así que fui un niño no deseado, ¿eh?

—Nunca tengas un hijo para salvar tu matrimonio... No funciona —ha añadido—. ¡Yo podría haber sido algo en la vida! ¡Podría haber sido farmacéutica! Pero me casé y formé una familia porque creí que eso era lo que quería, porque creía que eso era lo que él quería.

—Nunca es demasiado tarde para cambiar de vida, mamá —le he dicho.

—Hace años que es demasiado tarde —ha respondido, arrastrando las palabras—. Tienes suerte, Carson. Eres joven e ingenuo. Todos esos sueños que acaricias de largarte de esta ciudad y convertirte en alguien te parecen alcanzables. Agárrate a ellos mientras puedas.

Y tras pronunciar estas palabras, sus ojos se han llenado de lágrimas.

—Buenas noches, mamá —le he dicho, y he entrado en casa. Tenía miedo de que si seguía escuchándola pudiera acabar creyéndola.

Supongo que la abuela no es la única mujer de mi vida que dice cosas sin sentido. Por suerte para mí he aprendido a tomarme en serio solo lo que dice la mujer del alzhéimer.

Buenas noches. Gracias a Dios ya es viernes.

8 de octubre

Odio los lunes con cada fibra de mi ser. Dicho esto, esta mañana me levanté de un humor raro, pero el resto del día ha sido como para hacerse una lobotomía. Todo comenzó en lo que, según creo, es el origen mismo de todas las frustraciones del ser humano. ¡Acertasteis! El aparcamiento de alumnos.

Estaba a punto de aparcar (incluso tenía puesto el intermitente, algo completamente inútil) cuando un gigantesco *jeep* salió de no se sabe dónde y me quitó el sitio. Si no llego a pisar el freno a fondo en el mismo momento en que lo vi, mi coche y yo estaríamos ahora hechos pedazos.

Al volante del *jeep* iba una imbécil del equipo de *softball*. No se enteró de nada porque iba pendiente de las tres amigas que venían con ella y de la horrible música que tronaba por los altavoces del coche.

Y ni siquiera fue eso lo que me molestó. Lo que me jodió fue la pegatina que llevaba en el parachoques: SON COSAS DEL *JEEP*, NO LO ENTENDERÍAS.

No sé muy bien por qué, pero aquello hizo que se me fundieran los plomos. Me bajé del coche, cerré la puerta de un portazo y me fui directo a su ventanilla.

—¡Eh! —le dije, aporreando su ventanilla. La chica me miró de arriba abajo, hizo un ruidito con la garganta y se volvió hacia sus amigas—. ¡Sé que me estáis oyendo! ¡Vais en un coche sin capota!

—¿Puedo ayudarte en algo? —me dijo con voz nasal.

—Sí, claro que puedes. Me estaba preguntando qué es eso que yo no entendería.

—¿Quééé?

—La pegatina que llevas en el parachoques. No lo pillo. ¿Qué es exactamente lo que no puedo entender porque no conduzco como Cocodrilo Dundee?

—Tío, creo que necesitas cambiarte el tampón —dijo la chica del *jeep*, y sus amigas se rieron a carcajadas.

—No puedo usar tampón si estoy muerto —le grité (no fue una réplica muy brillante, no)—. ¡Aprende a conducir!

Volví a mi coche y vi un sitio al otro lado del aparcamiento.

Así que, como os decía, no me levanté de muy buen humor y el resto del día no ayudó a que mejorara. Bregué con el típico día de

incompetencia y encuentros juveniles. Algún gilipollas les dio un laxante a las gaviotas a la hora de comer y había cagadas y tripas de gaviota por todas partes. Pobres limpiadores.

Por fin, logré llegar a la clase de periodismo. Confiaba en que allí sucediera algo que mejorara el día. Esperaba que Dwayne hubiera vuelto a ver *Homicidio III* y esta vez recordara de qué iba. Esperaba que Vicki se hubiera molestado al menos en poner por escrito eso de «está nublado». Esperaba que Malerie hubiera cambiado alguna

que otra palabra de cada frase que copiaba.

Hay una frase que decía mi abuelo: «Si tienes esperanza en una mano y te cagas en la otra, compara a ver qué mano se llena primero».

La esperanza no me sirvió de nada. Aquellos cabrones no habían movido un dedo.

—¡Tenemos que imprimir mañana y ninguno de vosotros ha escrito nada! —dije.

—Yo he recopilado estas fotos de gatitos —me corrigió Malerie, y me enseñó unas fotos de gatitos que había encontrado en Internet. No sé muy bien qué coño pretendía hacer con ellas.

—¿Alguno de vosotros tiene de verdad interés en estar aquí? —les pregunté.

—Yo sí quiero estar aquí —contestó Malerie, señalando sus fotos.

—Vale, parece que voy a tener que pasarme toda la noche aquí, haciendo lo que deberíais haber hecho vosotros, una vez más.

—¿Podrías abreviar un poco el soliloquio? —me espetó Vicki—. ¡Esto es una pérdida de tiempo! Nadie lee el *Chronicle*.

—En la clase de plástica lo usan para hacer cosas de papel maché —dijo Dwayne.

Me volví hacia él. ¿Sería verdad? Probablemente lo era; Dwayne tiene el cerebro demasiado licuado para ser sarcástico a propósito. En fin, que aquello me dolió y me quedé callado. Odio mostrarme vulnerable delante de ellos.

Sonó el timbre y se escabulleron como cucarachas. Vicki se quedó atrás. Me fastidió mucho la forma en que me miró, como si le diera lástima. No hay nada que me haga sentir más patético que darle pena a la chica gótica.

—Carson, ¿por qué te preocupas tanto? —me preguntó—. Olvídate... ¿vale?

Vicki se marchó como los demás y me quedé solo en la clase de

periodismo. Me tomé un segundo para pensar en lo que me acababa de decir. Supongo que para ella no tiene ningún sentido que me lo tome tan a pecho. Pero ¿y para mí? ¿Realmente servía para asegurar mi futuro el hecho de dirigir el desastroso periódico de un instituto?

«Lo que pasa es que necesito algo de lo que preocuparme», tuve que admitir para mis adentros. Odio mostrarme vulnerable ante mí mismo todavía más que hacerlo delante de otros.

Sopesé la idea de reimprimir un número del mes anterior. Como parece que nadie «lee» el *Chronicle*, nadie se iba a dar cuenta. Pero si lo hiciera les estaría dando la razón, y prefiero cagar botellas de cristal a dejar que ellos queden por encima.

Así que llevo ya cuatro horas aquí sentado, intentando sacarme del culo otro número del *Clover High Chronicle*.

Por cierto, hace hora y media que me estoy meando. Dios, espero que los baños sigan abiertos.

8 de octubre otra vez

A ver... Llevo veinte minutos con la vista fija en este diario tratando de encontrar las palabras para describir lo que acaba de suceder en el lavabo de chicos... El caso es que todavía no estoy muy seguro de qué es exactamente lo que ha pasado.

He recorrido el pasillo (no lo llamo trinchera cuando todo el mundo se ha ido ya a casa) hasta llegar al baño. Normalmente soy el último en salir del instituto, así que me ha alegrado mucho comprobar que seguía abierto... y por lo visto había otros que también lo estaban.

Oí risas (sí, ¡risas!) y gemidos nada más entrar por la puerta. ¡Oh, sí, había alguien montándose allí dentro! ¿No es la cosa más repugnante que habéis oído nunca?

Miré por debajo de la puerta de uno de los retretes y vi dos pares de pies. Me aclaré la garganta para avisar a los amantes de que tenían compañía. Les cogió totalmente desprevenidos y les entró el pánico. Me pareció reconocer las voces que susurraban en medio del revuelo que se oyó a continuación, pero lo que vino después me cogió por sorpresa.

Nicholas y Scott salieron precipitadamente del retrete subiéndose los pantalones. ¡NICHOLAS FORBES Y SCOTT THOMAS!! Tomaos un momento para respirar hondo: yo he tenido que hacerlo. Hagámoslo juntos, inhalad... aguantad un poco... exhalad. ¿Os sentís mejor? Yo tampoco.

Supongo que en el fondo sabía que era solo una cuestión de tiempo que pillara a Scott jugando a los médicos con algún pipiolo de segundo que habría conocido en Grindr, pero encontrarle con el príncipe Nicholas Forbes de Clover... Coolega, eso sí que no podía imaginarlo.

Gracias a Dios que no llevaba encima ningún lápiz. Quería arrancarme los ojos de cuajo.

—Caballeros, he de admitir que esto es flipante. Divertido, pero flipante —les dije una vez que mi mente logró reaccionar.

Nicholas se puso tan pálido que era casi transparente. Scott solo parecía molesto por la interrupción.

—No se lo vas a decir a nadie, ¿verdad? —preguntó Nicholas, mirándome con una cara entre «somos amigos, ¿verdad?» y «me cago en todo, estoy jodido».

—Adelante; cuéntaselo a todo el mundo. ¡No nos importa! —dijo

Scott.

—¡Cierra la boca, Scott! —dijo Nicholas, y a continuación me sonrió arteramente—. Mis padres no pueden enterarse de esto. Mi padre es amigo de Michele Bachmann. Me mandarán a un campamento donde se reza catorce horas al día.

—A ver, Cagney y Lacey —dije, sonriendo astutamente para mis adentros—. Sé

perfectamente lo que es ser un paria. No se lo deseo a nadie, así que no voy a decir nada.

—Fantástico —dijo Scott, casi decepcionado por mi solidaridad.

—Gracias —dijo Nicholas, y su rostro empezó a recuperar el color.

Me ofendió que pensarán que soy la clase de persona capaz de ir contando a todo el mundo su secreto. Dirijo un periódico, no un tabloide. Por eso, enseguida se me ocurrió una forma más útil de aprovechar aquella situación en mi propio beneficio.

—Pero —dije, y se quedaron muy quietos—, ya que voy a mantener la boca cerrada en cuanto a, ya sabéis, vuestras habilidades para... —reproduje con gestos una mamada, aunque creo que ellos ya sabían a qué me refería—, a lo mejor podríais devolverme el favor.

Scott me miró con una sonrisita. Creo que pensó que iba a decir alguna guarrada. (Debería añadir que fue una sonrisa como de «ya te gustaría a ti», cosa que me cabreó bastante.)

—¿Cuánto dinero quieres? —preguntó Nicholas, y sacó su cartera.

—¡Oh, venga, ten un poco de dignidad! —le dijo Scott.

—No quiero tu sucio dinero, Nicholas —le dije entornando los ojos—. Pero ¿sabéis lo que le vendría muy bien al *Clover High Chronicle*? Una sección de finanzas y una actualización semanal de las actividades del departamento de artes escénicas.

Se miraron entre ellos y a continuación me miraron a mí.

—¿Quieres que escribamos para tu apestoso periódico? —dijo Scott, y se echó a reír.

La involuntaria expresión de mi cara era la prueba de que no estaba bromeando.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Nicholas.

—¡Hasta que la graduación separe nuestros caminos!

—Casi prefiero que se lo cuentes a todo el instituto —dijo Scott, mirándome con lascivia.

—¡Cállate, Scott! —exclamó Nicholas.

—¡¿Vas a hablarme así solo porque él está delante?! —replicó Scott.

—¡Lo haremos! —dijo Nicholas.

Junté las manos como si acabáramos de cerrar un negocio importante.

—Caballeros, ¡vayan afilando sus lápices! —dije.

Así que, a partir de la semana que viene, Nicholas Forbes y Scott Thomas formarán parte del equipo de redacción del *Clover High Chronicle* de manera oficial. Todavía no me lo creo. ¡Eso es lo que se llama estar en el lugar adecuado en el momento preciso! Gracias, Señor, ¡y ni siquiera es mi cumpleaños!

A ver, sé que obligar a dos chicos gays a hacer algo en contra de su voluntad por

miedo a que su secreto se descubra puede parecer un poco cruel (uf, ¿es eso lo que estoy haciendo?), pero no es algo tan mezquino como parece. Y me gustaría dejar clara una cosa: como chantajista no discrimino a nadie por su orientación sexual.

Me da igual lo que seas —gay, hetero, bisexual, negro, blanco, morado, gato, perro o paloma—: si te portas como un gilipollas conmigo, me portaré como un gilipollas contigo. Y estos dos llevan mucho tiempo comprando papeletas.

Honestamente creo que han tenido mucha suerte de que haya sido yo el que les ha descubierto «susurrando a la serpiente»; de haber sido otro las cosas se habrían puesto muy feas para ellos. Esta ciudad no es un buen lugar para... bueno, para esas cosas.

Pero me quito el sombrero ante ellos. Cómo se las han apañado para identificarse mutuamente en las trincheras del instituto de Clover es un misterio para mí. En cierto modo, resulta inspirador. Es la prueba de que siempre hay alguien/algo para ti ahí fuera si mantienes los ojos bien abiertos.

Tengo que admitir que el sexo es un área de mi vida que todavía no he investigado a fondo. En primer lugar, creo que el sexo está muy sobrevalorado. Por ejemplo, ¿por qué tiene que ser el factor subyacente en las tramas de todas las series y todas las películas? ¿Es que los personajes/personas ya no hacen nada por el simple placer de la experiencia?

He acabado tan harto que he dejado de ver la tele y de ir al cine. Descúbreme una película dirigida a la gente de mi generación que gire en torno a la búsqueda de la autoestima y la consecución de metas a largo plazo y seré tan feliz que puede que hasta te dé un puñetazo en la cara. Todo va de quién se acuesta con quién, erecciones y orificios, ser hetero o no serlo, bla, bla, bla, bla... Ya cansa.

Una vez llegué a pensar que era gay durante una semana o así (creo que todo el mundo se lo plantea alguna vez). Pero creo que fue porque las chicas que conocía me parecían repulsivas. A ver, ¿con quién se supone que debería enrollarme en el asiento trasero de mi coche? ¿Con Remy? ¿Con Malerie? ¿Con la señorita Sharpton? Mejor dejo la enumeración porque me estoy poniendo malo solo de pensarlo.

¿Y de verdad quiero tener mi primera experiencia sexual con alguien de Clover? ¿Alguien con quien tendré una incómoda conexión el resto de mi vida? ¿Para qué iba a invertir tanto trabajo y tanto estrés cuando puedo conseguir los mismos resultados yo solito?

Y el caso es que no me considero necesariamente virgen, probablemente porque tengo una personalidad muy penetrante.

¿Queréis saber quién me gusta de verdad? La periodista de radio y televisión Rachel Maddow. Sé que soy demasiado joven para ella y que no está a mi alcance, pero ¿queréis saber por qué me gusta tanto? Porque la inteligencia es sexy. La idea de estar con alguien que es capaz de apreciar la inteligencia me pone mucho.

La verdad es que, después de pasarme media vida viendo pelearse a mis padres, ni siquiera estoy seguro de si creo en las relaciones de pareja. Me gusta ser independiente en todos los aspectos de mi vida... Lo retiro, ahora parezco un asexual o un masturbador crónico. Puede que haber crecido en medio de todo eso me haya dejado mucho más jodido de lo que creía.

Pero qué más da, ya me aclararé con todo eso algún día. De momento he decidido dejarlo en un segundo plano; tengo cosas más urgentes y más importantes de las que ocuparme ahora mismo. Y ahora que tengo a Nicholas y a Scott en el *Chronicle*, la cosa va viento en popa.

Mierda, sigo meándome. Aguantaré hasta llegar a casa; creo que no volveré a entrar en ese baño en la vida.

10 de octubre

Hoy he conseguido librarme de acabar con el grupo de castigo. No es la primera vez y no será la última.

Estaba en clase de política cuando el profesor preguntó:

—¿Alguien sabe cuál fue el gobierno conocido como Camelot?

—¿El de Clinton? —preguntó Justin Walker, que se sienta a mi lado.

—No, ese fue Chúpame-lot —dije, y me eché a reír.

Dejad que os explique por qué me metí yo solo en ese jardín. En primer lugar, nadie más que el profesor entendió el chiste. En segundo lugar, da clase sobre la política de Estados Unidos, y por tanto no tiene sentido del humor.

—Espéreme después de la clase, señor Phillips —dijo.

Así que una vez hubo terminado de explicarnos la importancia del sistema ramificado y después de media docena de chistes malos con los que intentaba conectar con sus alumnos adolescentes, me acerqué a su mesa.

—¿Qué? —Mi tono podría haber sido más amable.

—¿No cree usted que ese chiste estaba fuera de lugar, señor Phillips? —me preguntó.

—Sí —respondí—. Probablemente habría sido mejor recibido en la clase de historia de Estados Unidos.

Una vez más pude comprobar que no tenía sentido del humor.

—Señor Phillips, ¿cuántas veces tengo que decirle que salidas como esa están completamente fuera de lugar...? —y añadió más cosas, pero yo desconecté.

—Fue usted quien sentó a Justin Walker a mi lado. Es algo que llevo aguantando desde primaria y nunca me he quejado. Parece que todo el mundo piensa que si sientas a un idiota al lado de un buen estudiante, se le acabará contagiando la inteligencia, pero en lugar de eso, lo que noto es que cada día disminuye en varios puntos mi cociente intelectual.

—¿Qué es exactamente lo que quieres decir?

—Lo que quiero decir es que todo el sistema educativo está orientado precisamente hacia los chicos que no pueden seguir el ritmo, y creo que también se deberían hacer excepciones con alumnos como yo —expliqué—. Y así es como yo aprendo, a base de groseros sarcasmos.

—Señor Phillips... —El profesor suspiró y se frotó los ojos. Si este hombre se jubila antes de tiempo puede que la culpa sea mía.

—¿Por qué mi chiste es peor que el chiste que ha hecho usted comparando las tres ramas del gobierno con *Los Tres Chiflados*? —le pregunté—. Al menos mi chiste estaba basado en hechos históricos contrastados.

—Anda, vete, Carson —dijo, señalando hacia la puerta.

Supuse que mi constante lucha con el mundo continuaría en la clase de lengua, pero al llegar allí me encontré una nota sobre mi pupitre. Estaba escrita en un Post-it con forma de corazón y decía: «Eh, sabiendo, he tenido noticias de la Northwestern. Pásate por mi despacho cuando puedas. Besotes. La señorita Sharpton».

Como es natural, me fui corriendo. Ni siquiera le dije al profesor de lengua que me iba, no creí que fuera necesario; me apostaría lo que fuera a que no íbamos a descubrir nada sobre *Hamlet* que no se haya descubierto ya en los últimos cuatrocientos años.

Irrumpí en el despacho de la señorita Sharpton. Me sentía como si estuviera a punto de averiguar el resultado de una prueba de embarazo.

—¿Ha tenido noticias de la Northwestern?! —grité.

La señorita Sharpton casi se cae de la silla.

—¿Me has dado un susto de muerte! —dijo. Estaba comiéndose un sándwich el doble de grande que ella. Con aire jovial, señaló un gigantesco vaso verde con un gran logo impreso—. ¡He conseguido la taza de zumo! —exclamó, emocionada—. Y es una edición limitada.

A mí eso me importaba un carajo, y creo que la expresión de mi cara me delató.

—Vale, sí, he tenido noticias. Debe de ser una universidad superpija, me dejaron en espera cuando llamé.

—¿Y? —dije, rogándole con la mirada que fuera directamente al grano.

—Pues no he podido averiguar si han aceptado tu solicitud o no —me dijo, como sin darle importancia—. Pero la persona con la que hablé me dijo que dirigir un periódico de instituto o pertenecer a un club ya no suma puntos.

Mierda.

—Si quieres impresionarles, tendrás que enviarles algo más —añadió la señorita Sharpton.

—¿Como por ejemplo? —pregunté.

—Hum, lo anoté en alguna parte... —contestó, mirándome con rencor por haber interrumpido su almuerzo.

Le eché una mirada que decía: «Estamos hablando de mi futuro, capulla. Tu sándwich puede esperar».

—Vale, vamos a ver —dijo, buscando en una carpeta que tenía al lado. Por fin encontró una notita escrita a mano—. Puedes enviarles una novela, un libro de poemas... y no sé qué más porque no entiendo mi letra.

—No soy novelista, y tampoco poeta. Soy periodista —le recordé.

—Lo sé, lo sé —dijo en tono de burla—. Eres periodista. Entonces, ¿qué tal una revista literaria?

—¿Una revista literaria?

—Sí, parece que no es algo tan común como un periódico de instituto. Pero una

revista que muestre tu trabajo y el trabajo de tus compañeros demostraría que, además de escribir, puedes despertar en otros la inspiración para escribir —dijo, con voz alegre.

«Joooooder», pensé. Pero, como un capitán que acaba de descubrir que se ha confundido de estrella, puse rumbo de inmediato hacia mi nuevo objetivo. Si eso podía mejorar mis posibilidades aunque solo fuera en un ocho por ciento, no me quedaba otra que intentarlo. Y puesto que el plazo para los candidatos de primera opción de la Northwestern termina el 15 de noviembre, tendré que darme prisa.

—Muy bien, lo haré —dije en voz alta—. Pero ¿cómo?

La señorita Sharpton se encogió de hombros, con la boca llena.

—Pídele permiso al director primero, porque puede ser un auténtico capullo... — Se puso colorada, un tono que no pegaba nada con su atuendo rosa—. Mmm, no quería decir eso...

La ignoré. Mi mente estaba muy ocupada pergeñando el nuevo plan de acción.

—Vale. —Me dirigí hacia la puerta. Tenía una última cosa que decirle a la señorita Sharpton, pero me costaba recordar qué era—. Gracias —dije cuando lo recordé. Hacía mucho tiempo que no pronunciaba esas palabras.

Corrí tan deprisa como pude al despacho del director.

—¡Necesitas un pase! —me dijo un monitor de pasillo de primero.

—¡Que te den! —respondí, y seguí corriendo.

¿Cómo iba a conseguir que el director me diera permiso? Es un hueso duro de roer.

El director, el señor Gifford, es el hombre más alto que he visto en mi vida —de hecho, estuvo en *Gladiadores Americanos*— y es evidente que lamenta profundamente haber acabado dirigiendo un instituto.

Cuando le miras a los ojos, enseguida te das cuenta de que está siempre practicando mentalmente los ejercicios que le enseñaron en la terapia para controlar la ira. Debe de ser agotador oír continuamente una voz en tu cabeza que te dice: «Inspira... Espira... Cuenta hasta diez».

Tenemos una relación difícil desde que estaba en segundo, cuando intenté convencerle de que la lectura del *Chronicle* fuera obligatoria tanto para los alumnos como para el claustro. Aquella conversación duró dos meses, durante los cuales le envié 1.893 correos electrónicos. Perdí, pero sigo pensando lo mismo.

Irrumpí en su despacho, en el que no hay más que un escritorio y varias mancuernas, pero la única persona que había allí era la señorita Hastings, su secretaria.

La señorita Hastings es muy joven y muy guapa, casi diría que demasiado guapa para trabajar como secretaria en un instituto. Me da mala espina; algo me dice que vio cómo su novio mataba a alguien en una gran ciudad y vino aquí escondiéndose de

él... Pero puede que sean cosas mías.

—¿Dónde está el señor Gifford? —le pregunté.

—Te has cruzado con él —dijo la señorita Hastings—. Tiene cita con el urólogo.

Los dos abrimos los ojos de par en par.

—Quería decir con el odontólogo —dijo, y se ruborizó.

—¿Y cuándo vuelve? —pregunté con desesperación.

—Mañana.

—Esto es urgente. Mi futuro está en juego —le expliqué.

La señorita Hastings me miró con cierta aprensión.

—Igual puedes alcanzarle antes de que se vaya. Puede que todavía esté en el aparcamiento...

Salí por la puerta antes de que terminara la frase.

Corrí hacia el aparcamiento de profesores. Al principio no vi al director por ninguna parte y se me cayó el alma a los pies. Entonces, un poco más adelante, vi que algo se movía. Lo había confundido con un árbol.

—¡Director Gifford! —grité.

Gifford se paró y miró por encima del hombro. Aceleró el paso para llegar a su coche cuando me reconoció.

—¡Señor Gifford, tengo que hablar con usted! —grité, y corrí tras él—. ¡Sé que me ha visto!

—Estoy cansado. ¿Qué ocurre, señor Phillips? —preguntó con un profundo suspiro—. Ya le he dicho que los profesores de lengua no pueden distribuir el *Chronicle* ni ninguna otra publicación tendenciosa.

—No es nada que tenga que ver con el *Chronicle* —expliqué, caminando a su lado—. Quiero fundar una revista literaria escolar.

Se echó a reír por lo bajini.

—¿De qué se ríe?

—Te diré lo que vamos a hacer: puedes fundar una revista literaria. Puedes fundar una revista de caza, o lo que te dé la gana, pero no me pidas financiación. El instituto está sin blanca.

Ni siquiera había pensado en eso todavía. Normalmente asalto la sala de profesores cuando no hay nadie para coger papel para imprimir el *Chronicle*, pero esto va a requerir mucho más que eso, sobre todo si quiero impresionar a los de la Northwestern. En realidad, voy a tener que recurrir a algún profesional para imprimirla.

Y también voy a necesitar algo de publicidad, una nota de prensa o algo así para que todo el mundo se entere de su existencia...

—Genial —dije—. Además, me gustaría poder anunciarlo en la asamblea de mañana.

Pensé que ese sería un buen comienzo.

Gifford meneó la cabeza.

—¡Solo serán tres segundos!

—Bueno, está bien —gruñó—. Aunque solo sea para divertirnos.

—Genial. Gracias —dije, e incliné la cabeza en un gesto torpe. La verdad es que no se me da nada bien eso de mostrar agradecimiento.

Estaba deseando contárselo a mis compañeros de la clase de periodismo.

—Buenas noticias, chicos —les dije al llegar—. Además del *Chronicle* y del Club de Escritura, voy a fundar una revista literaria. Alucinante, ¿no?

Se hizo un silencio ensordecedor. Me miraron como si acabara de decirles que tengo lepra.

—Uau —dijo Dwayne—. Mira que te gusta hacer el ridículo.

—Y yo que pensaba que era masoquista —masculló Vicki.

—Estados Unidos es un país maravilloso —afirmó Emilio.

—Gracias, estoy entusiasmado —dije—. Les dará a los demás alumnos la oportunidad de demostrar sus habilidades literarias. Así que, si alguno de vosotros tiene algo escrito que no sea de corte periodístico, ya sabéis dónde encontrarme.

—¿Puedo entregarte mis relatos sobre niños salvajes que viven en una isla sin ningún adulto? —preguntó Malerie con entusiasmo.

—No, Malerie. Eso es *El señor de las moscas*.

Se encogió en su asiento, y mi ánimo se encogió con ella. En ese momento me di cuenta de que iban a rechazar mi solicitud. Las cosas se estaban poniendo muy difíciles.

Mientras conducía de vuelta a casa, entre duda y duda, intentaba dilucidar cómo iba a pedirle a mi madre el dinero que necesitaba para poner en marcha la revista (con doscientos dólares me bastaría, tampoco es mucho pedir). Sopesé la idea de esconderle las pastillas para revendérselas, pero la casa es demasiado pequeña para esconder nada. Decidí que ir de frente sería lo mejor.

Cuando llegué a casa, lo que vi me dejó atónito. Todo estaba limpio. Habían pasado una bayeta a la encimera, la aspiradora a las alfombras y los platos sucios habían desaparecido del fregadero.

Y lo más asombroso de todo, mamá también estaba limpia. Parecía que, para variar, se había dado una ducha y se había puesto ropa recién lavada.

Naturalmente, estaba tirada en el sofá y completamente pedo, y gracias a eso supe que no me había equivocado de casa, pero antes de eso había logrado recomponerse un poco.

—Mamá, ¿qué ha pasado aquí? —le pregunté—. ¿Por fin han venido los del Ministerio de Sanidad, o qué?

—Tu padre ha estado aquí —dijo con tristeza—. Ahora ya estamos divorciados oficialmente. Parece ser que hace un par de años olvidé enviarle los papeles del divorcio. Me ha traído otros para que los firme.

—¿Qué?! —dije, pues tenía algunas dificultades para procesar la información.

—Estúpida de mí, creí que venía a ver cómo estábamos —contestó, pero yo no la escuchaba—. ¿Y a ti qué te pasa?

—Todo este tiempo quejándome de que venía de un hogar roto, cuando en realidad simplemente formo parte de una familia disfuncional —señalé con decepción.

—No te preocupes. Sigues siendo un cabrón.

Me encogí de hombros. Supongo que tenía razón.

No me puedo creer que haya bastado con una visita de mi padre

para que mi madre se comporte como un auténtico ser humano. Es evidente que ahora no está de buen humor; le pediré el dinero después de cenar.

10 de octubre después de cenar

Puede que esta haya sido la cena más rara en la historia de la familia Phillips.

Normalmente mis cenas con mamá transcurren de la siguiente manera: yo hago una broma sobre la comida, mamá me dice que soy un maleducado y que cada vez me parezco más a mi padre; hago una broma sobre su higiene personal, y mamá me dice que hace lo que puede con lo que le ha dado la vida, y yo le pregunto si es la vida la que le esconde el champú; y luego fregamos los platos.

Hasta aquí, todo perfectamente normal, ¿no? Pues la cena de esta noche no ha seguido el mismo curso.

La cosa empezó cuando mamá exclamó, sin venir a cuento:

—¡Necesitas antidepresivos!

Alcé la vista y la miré con cautela. No había nadie más en la habitación, pero aun así no estaba seguro de que estuviera dirigiéndose a mí.

—De eso nada. Con todas las medicinas que tomas tenemos para los dos —le dije.

—¿No estás deprimido?

—¿Quieres decir ahora mismo, mientras hablamos? Sí. Todo el mundo se deprime; es una emoción más. Pero parece que ahora la gente prefiere darse a las pastillas que afrontar los problemas de cara.

—A veces las pastillas son la única solución —dijo mamá, intentando justificarse.

—Ahora mismo me estás deprimiendo. ¿Crees que se me pasará si me tomo una pastilla? —le pregunté.

—¡Eso no es necesario! —contestó, mirándome furiosa desde el otro lado de la mesa.

—¡Como la mayoría de las medicinas que tomas! —repliqué—. Vivimos en una sociedad medicalizada. Empezamos dándoles a los niños drogas para la hiperactividad, porque al parecer todos son hiperactivos, y no dejamos de medicarnos hasta que nos morimos.

—Tú tomaste medicación para la hiperactividad y gracias a eso te has convertido en algo medio decente.

—Yo qué voy a tomar. —Sabía que tenía que estar equivocada; no recuerdo haber tomado nada en absoluto de niño, ni siquiera vitaminas.

—Te ponía la medicación en la comida.

Casi me atraganto al oír su confesión. Estaba de coña, ¿no?

—Yo pensaba que siempre había sido tranquilo y maduro para mi edad —dije.

—Pues no, estabas drogado —dijo mamá en tono despreocupado—. Cuando tu padre y yo empezamos a divorciarnos, tú comenzaste a hacer tantas preguntas que nos resultó más fácil empastillarte que responderlas.

Casi me atraganto de nuevo, y eso que esta vez no tenía comida en la boca. Debía de ser verdad; mamá perdió el sentido del humor cuando papá se fue.

Toda esa infancia menospreciando a mis compañeros por jugar al pilla-pilla en el patio, por cazar lombrices y comérselas, por salirse de las líneas al colorear, todo fue inducido a base de medicación, no porque realmente fuera superior a ellos.

—Vaya, parece que no podemos cenar juntos sin destrozar alguno de los pilares fundamentales de mi infancia —dije.

Imaginaba que, llegados a ese punto, no tenía mucho más que perder. ¿Qué podría revolucionar una cena más que descubrir que fuiste drogado durante toda tu infancia? Así que decidí pedirle el dinero.

—Necesito dinero —le solté a bocajarro.

—Ya te doy una paga —replicó mamá, veloz como el rayo.

—Necesito más dinero, como trescientos dólares. —No le di tiempo a replicar—. Quiero fundar una revista literaria en el instituto y necesito dinero para poder imprimir los primeros cien ejemplares o así.

—No —dijo mamá. Ni siquiera se paró un segundo a considerarlo.

—¡Oh, venga! Sé que estás forrada. Al morir el abuelo nos lo dejó todo.

—Error —dijo mamá, imitando el zumbido que suena en los concursos de la tele cuando alguien se equivoca—. Me lo dejó todo a mí, y a ti te dejó su coche.

—¿Y qué hay de mi fideicomiso para la universidad? —le pregunté.

—La palabra clave es «universidad» —dijo mamá. No estaba dispuesta a ceder.

En ese momento me entraron ganas de salir a la calle y ponerme a gritar: ¡¿POR QUÉ TODO EL MUNDO ESTÁ CONTRA MÍ? YO SOLO QUIERO IR A LA UNIVERSIDAD, TAMPOCO PRETENDO ALCANZAR LA PUTA LUNA! Pero me quedé allí sentado.

Debo de haber heredado la testarudez de mi madre. El único modo de negociar con gente como nosotros es con el toma y daca; tenía que negociar con ella.

—Vale —dije, con el estómago encogido por lo que iba a proponerle—. Si empiezo un tratamiento con antidepresivos, ¿me darás el dinero que necesito para montar la revista?

Mi madre me miró, calibrando mi oferta en silencio.

—Trato hecho —contestó—. Y ahora, pásame la sal.

¿Alguien más ha llegado a un acuerdo con su madre para tomar medicación a cambio de dinero? Para mí ha sido la primera vez. Aunque, no os preocupéis, si la enfermera Ratched, la de *Alguien voló sobre el nido del cuco*, cree realmente que voy a tomarme las pildoritas de la felicidad, lo lleva claro.

Me levanté de la mesa poco después de aquello. Llamadme loco si queréis, pero perdí el apetito cuando descubrí que la mujer que me preparaba la comida tenía por costumbre poner drogas en ella.

¡Por dios! ¡¿Por qué mi vida tiene que parecerse a una novela de Robert Ludlum?!

En fin, vamos a ver cómo voy con toda esta historia de la revista: ¿Permiso del director? ¡Hecho! ¿Financiación para el proyecto? ¡Hecho! ¿Pedir la colaboración de mis compañeros? ¿Cómo coño voy a lograr eso?

11 de octubre

La asamblea se ha celebrado hoy. No es una errata, la llamo «asamblea» porque saca el asno que llevan dentro todos los concurrentes. Incluso los de mantenimiento se comportan como babuinos, y la mitad de ellos padecen de artritis incapacitante.

Se celebró, como es costumbre, en el auditorio. Me resulta francamente difícil apelar al compañerismo sabiendo que todos los lunes se celebra en esa misma sala una reunión de Alcohólicos Anónimos y todos los fines de semana se utiliza para clases de pilates para adultos.

El consejo de estudiantes se coloca en el escenario durante las asambleas, como si fueran la realeza y no pudieran estar al mismo nivel que sus vasallos. No resulta difícil distinguirme a simple vista. Solo tenéis que buscar al tío que mira al techo con los ojos como pelotas de tenis sin moverse en absoluto; ese soy yo.

Colin Walker, el entrenador, fue el primero en dirigirse a la expectante multitud adolescente.

—Cuando paseo la vista por esta sala, me acuerdo de cuando yo era capitán del equipo de fútbol americano del instituto Clover —dijo—. ¡Fue el primer equipo del condado en llegar invicto a la final del campeonato!

La multitud enloqueció. Yo estaba demasiado ocupado mirando fijamente al techo, a una extraña manchita que había en uno de los paneles. ¿Sería una fuga del aire acondicionado, o pis de rata?

—¡Y ahora, como vuestro entrenador, me enorgullece poder decir que he logrado mantener ese título para el instituto Clover!

Un estudiante con los ojos llenos de lágrimas se puso a gritar:

—¡Te quiero, entrenador Colin!

¡Pues menudo logro! Solo hay tres institutos en el condado y uno de ellos es para jóvenes fugitivos.

—Mañana por la noche, en el partido de homenaje, ¡demostrémosles a los del instituto Lincoln cómo nos las gastamos en el Clover! —dijo Colin alzando el puño en el aire; no sabía que militaba en los Panteras Negras—. ¡Seamos el John Wilkes Booth [2] del instituto Lincoln!

Los gritos que siguieron a esta declaración fueron francamente excesivos. Me sorprende que no se vinieran abajo todos los paneles del techo con meados de rata. El entrenador Colin se bajó del

escenario de un salto, corrió por entre la multitud chocando los cinco y abandonó el auditorio.

No pretendo ofender a nadie diciendo esto, pero mientras veía al entrenador Colin dirigiéndose al instituto en pleno, no pude evitar acordarme de esos vídeos del canal de Historia en los que se ve a Hitler arengando a los nazis. Ambos son adoctrinadores

natos, ambos animan a la destrucción del prójimo y a los dos los odio con toda mi alma.

Y hablando de cosas que odio, Remy fue la siguiente en subir al podio. Le habían puesto tres guías telefónicas al lado para que pudiera llegar al micrófono.

—¡Eh, chicos! —exclamó con su voz chillona. La verdad es que recibió una ovación cerrada. A lo mejor mi anuncio no sería tan mal recibido...—. Tengo una buena noticia y otra mala. Ha habido algún problema de comunicación con el anuario de este año.

Me quedé pegado al asiento. Ya sabéis cómo disfruto con estas gilipolleces.

—Se titulará «Anuario del Instituto Glover» gracias a la mala letra de una alumna de primero cuyo nombre no voy a pronunciar, pero rima con Dally Desterfield, así que dadle las gracias a ella —dijo Remy, mirando con rencor a Sally Chesterfield, que se estremeció en la primera fila.

La última vez que vi a Sally pesaba fácilmente noventa kilos, pero la chica petrificada que veía ahora no debía de pesar más de cuarenta. Debe de haber sido una semana muy dura.

—Pero la buena noticia es que ¡he logrado que nos hagan una rebaja de diez dólares! —anunció feliz—. Así que salimos a sesenta dólares por barba, no a setenta. Todas las reservas son ya definitivas.

Había terminado de hablar, ahora me tocaba a mí. Tenía una única oportunidad para animar a mis compañeros a colaborar en mi revista literaria. Una sola oportunidad de asegurar mi futuro...

—¡Hola, futuros granjeros y reclusos! —dije, hablando al micrófono—. Soy Carson Phillips, del *Clover High Chronicle*, y os traigo una estupenda noticia. ¡Este año, el instituto publicará por primera vez su propia revista literaria! —Aplaudí tras hacer el anuncio, pero me quedé solo—. Vale, sé que la mayoría de vosotros no sabe leer, y mucho menos escribir —continué—. Pero me dirijo a todos los escritores clandestinos que hay ahí: si me dejáis cualquier escrito original en el buzón que hay en la puerta de la clase de periodismo, lo publicaré. Poemas, ensayos, relatos cortos... listas de futuras víctimas, ¡todo vale!

Me sentí como George W. Bush haciendo campaña en el ayuntamiento de San Francisco. Fue muy incómodo, francamente incómodo.

—Gracias —dije, despidiéndome de la muda multitud—. Que Dios os bendiga.

Hoy he aprendido algunas cosas tras hablar en la asamblea: número uno, hay que conocer al público antes de dirigirse a él; número dos, si empiezas tu alocución con un chiste, asegúrate de no ofender con él a ninguno de los presentes; número tres, **NO HABLES NUNCA EN UNA ASAMBLEA. ¡¿EN QUÉ COÑO ESTARÍA YO PENSANDO?!**

Me quedé hecho polvo hasta que terminaron las clases y fui a mirar el buzón de la

clase de periodismo. ¡¡Estaba lleno!! Quizá sí que había logrado inspirarlos en la asamblea...

Lo metí en la clase de periodismo. Malerie estaba allí para ayudarme a preparar nuestra carroza para el desfile, que va a ser genial. ¡Estoy deseando verla terminada!

—¡Estoy tan emocionada con el desfile! —dijo Malerie—. Nuestra carroza va a quedar perfecta.

—Sí, a la gente le va a encantar —dije, y abrí el buzón.

De repente, el aula se llenó de un olor asqueroso. Una familia de moscas salió del buzón y se puso a revolotear por la habitación. El buzón había sido utilizado como contenedor de residuos tóxicos. Envoltorios de caramelo, pañuelos de papel, chicle masticado, hamburguesas a medio comer y los restos de lo que parecía un aborto callejero llenaban el buzón, pero no había ninguna pieza literaria por ninguna parte.

—¡Oh, no! —exclamó Malerie—. Revista mierderaria —dijo, señalando un lateral del buzón, donde algún gilipollas había decidido ponerse creativo con un cúter.

—Es lo que hay —dije, sentándome a su lado—. Si ni siquiera soy capaz de dirigir un periódico escolar, no sé por qué pensé que podría fundar una revista literaria.

De pronto me sentí derrotado. El fulgurante luminoso de la Northwestern que iluminaba mi cerebro se apagó. Tenía la sensación de que todo se había acabado, de que no había nada más que yo pudiera hacer; ya solo me quedaba sentarme a esperar y confiar en que me llegara alguna carta de admisión a la manera tradicional. En mi vida me había sentido tan mal: me sentía como todo el mundo.

—No seas tan duro contigo mismo —me dijo Malerie—. Si has logrado que Nicholas Forbes y Scott Thomas colaboren con el *Chronicle*, eres capaz de cualquier cosa.

—Los estoy chantajeando —admití—. Los encontré jugando a Lewis y Clark en el baño de chicos. Mejor no preguntes.

Sé que les había prometido que no diría nada, pero se trataba de Malerie. Sabía que su secreto estaría a salvo con una chica que todavía cree en Papá Noel.

—Oh —dijo Malerie. Tardó unos segundos en entender a qué me refería con lo de Lewis y Clark—. Parece que últimamente se ha puesto de moda. Yo pillé al entrenador Walker follando con Claire Mathews en el vestuario masculino.

Di un respingo y enderecé la espalda como una mangosta.

—A veces me meto allí para pensar —me dijo Malerie, y se sonrojó.

—¿Qué? Pensé que estaba saliendo con Justin Walker —comenté.

—Debe de ser bastante embarazoso —dijo Malerie.

Inmediatamente, se me vino a la cabeza la imagen de una cena en casa de los Walker. Claire estaba sentada entre Colin y Justin. Ambos le ponían la mano en la rodilla e iban subiendo hasta encontrarse en el centro. (Esta imagen me ha perseguido

todo el día como una de esas canciones malas de Ke\$ha.)

Para empeorar aún más las cosas, Malerie me enseñó las imágenes que había grabado. Cuando dije que Malerie lo graba todo hablaba en serio.

Lo que podría haber sido el vídeo más porno que he visto en mi vida, la perfecta animadora con el entrenador en su despacho después de las clases, terminó siendo una de las cosas más tristes que he visto: Claire tumbada debajo de Colin, examinándose las uñas mientras él la embestía como un perro con artritis.

Aquello era como para llorar sangre, y confirmaba mis teorías sobre el sexo en el instituto.

—Lástima que no sean escritores —dijo Malerie—. Si colaboraran en la revista literaria, todo el mundo querría estar en ella. Venderíamos toda la tirada seguro.

La miré atentamente. ¿Estaba insinuando lo que yo creía que insinuaba?

—Solo digo que da que pensar —continuó Malerie—. Todo el mundo tiene algo que ocultar, incluso Claire Mathews.

¡Lo que yo pensaba!

—Sí, supongo que tienes razón. —De no haberme quedado tan hecho polvo por lo que había sucedido en la asamblea, quizá le hubiera dado alguna vuelta más, pero después de ver aquel vídeo no podía pensar más que en arrancarme los ojos.

Malerie y yo terminamos de pintar todas las piezas de la carroza. Creo que va a quedar realmente bien cuando la montemos. Con un poco de suerte, y la ayuda de Dios, alguien la verá mañana por la noche y decidirá unirse al club de escritura. Y quizá, solo quizá, decidirá también enviarme una colaboración para la revista literaria.

13 de octubre

Son las tres de la mañana y no puedo dormir. No he estado tan furioso en toda mi vida. Apenas puedo moverme, estoy tumbado en la cama pensando... y reviviendo... y maquinando.

Tras lo sucedido esta noche en la fiesta ni siquiera estoy seguro de seguir perteneciendo a la raza humana. No soy más que una criatura hecha de rabia y humillación. Estaba tan avergonzado que pensé que iba a acabar matándolos a todos por simple telequinesia. Sonreiría ante esa imagen, pero he olvidado cómo sonreír.

Por desgracia para mí y por suerte para todos esos gilipollas, no tengo el poder de la telequinesia. El gimnasio de *Carrie* y el carrusel incendiario de Jean Grey en *X-Men 3* habrían sido un juego de niños comparados con lo que podría haber hecho yo.

Todo parecía perfectamente normal. El instituto estaba bien. Las trincheras no apestaban demasiado. Logré seguir la lección de álgebra 2. ¡Estaba de buen humor! Debería haber sabido en ese momento que el día iba a acabar en desastre.

Me reuní con Malerie en el campo de fútbol después de las clases para montar nuestra carroza. Poco a poco fuimos ensamblando nuestra obra maestra. Hicimos un cuaderno gigante que se abría y se cerraba de verdad en el que decía: EL CLUB DE ESCRITURA, y en el interior ponía: «¡Está escrito que es tu club!».

Incluso nos habíamos disfrazado para darle un tono todavía más teatral. Yo iba disfrazado de lápiz gigante del número 2, y Malerie era un cuaderno gigante.

—No estoy muy segura de haber acertado con el disfraz —me dijo—. Estas líneas horizontales no son muy favorecedoras.

—Estás fantástica, Malerie —le contesté. No me había pasado dos horas haciendo un cuaderno gigante para que ella viniera ahora a ponerle pegas (utilicé dos cartulinas y un muelle en espiral, por si estáis buscando ideas para Halloween).

Retrocedimos un paso para admirar nuestra carroza una vez le hubimos dado el toque final. Lógicamente, no teníamos presupuesto para montar un circo romano rodante como el de las animadoras, ni medios para alquilar un Corvette como los cretinos del anuario, pero en cualquier caso estábamos muy orgullosos de nuestro trabajo.

Intenté venderles espacio publicitario a los comerciantes locales, pero no les interesó mi oferta.

Claire Mathews se acercó a nuestra carroza subida en unos tacones de aguja y con un vestido de noche rosa. Era una de las nominadas a ser la reina del baile y todo el mundo esperaba que ganara; después de todo, ella era la encargada del recuento de votos.

—Estás espantosa —le dije. Pero al parecer no le importó que un objeto de papelería la insultase.

—¿Y por qué no puedo llevar yo algo como eso? —me preguntó Malerie.

—No sé de qué vais, pero tengo malas noticias —dijo Claire—. A la camioneta que tira de la carroza de las animadoras se le acaba de estropear el motor, así que nos vamos a quedar con el vuestro.

Sonrió, inclinó la cabeza y trató de escabullirse.

—Perdón, ¿cómo dices? —pregunté, sintiendo que me salía humo por las orejas, literalmente.

—Lo siento —dijo Claire, volviéndose a mirarme—, pero sin la carroza de las animadoras el desfile se queda en nada.

—Pues vete a coger la camioneta de los atletas —apunté—. ¡Se pasan la vida presumiendo de que son fuertes como mulas!

—Lo siento, pero mi decisión es definitiva —dijo Claire con una sonrisa tan falsa que me dio un tic en el ojo izquierdo. A continuación se marchó contoneándose como si desfilara por una pasarela.

Comenzaron a hervirme las entrañas. Me sentía como si me estuvieran cocinando de dentro hacia fuera y mi rabia fuera el chef. No podía hacerme eso a mí; era mi último cartucho para sacar adelante la revista. Me puse a pasear arriba y abajo, intentando decidir cuál sería mi siguiente movimiento.

—Qué pena —dijo Malerie—. Pero al menos nos hemos divertido haciéndola.

—No —repliqué, y me detuve en seco—. Como que me llamo Colin que van a ver esta carroza.

Me fui echando humo hacia las otras carrozas. Descubrí una cuerda que las animadoras habían dejado colgando por detrás. De repente, se me encendió una bombilla sobre la cabeza como si fuera el cartel de un motel de mala muerte. ¡Se me había ocurrido una idea!

Seguro que imagináis que me volví loco y me puse a estrangular a diestro y siniestro. Eso fue lo primero que pensé, pero no, me decanté por la segunda idea que se me ocurrió. Fui por detrás de la carroza de las animadoras y até la cuerda a nuestra carroza.

Podía funcionar... Tenía que funcionar, pensé para mis adentros. A partir de ese momento, mi cuerpo funcionó a base de adrenalina. Me sentía como Hulk. (El Hulk de Mark Ruffalo, no los otros.)

Se hizo de noche... Comenzó el partido... Los fuegos artificiales estallaron en el cielo (supongo que eso significaba que íbamos ganando o que habíamos entrado en guerra o algo así)... La banda amenizó el evento con cursis melodías de los años setenta... Y comenzó el desfile.

Hay momentos en la vida en los que piensas: «Oh, Dios mío, ¿esto está sucediendo de verdad? ¿Realmente estoy haciendo esto? ¿Es así como me van a recordar el resto de mi vida?». Ese fue uno de esos momentos, y por desgracia para

mí, era muy real, lo estaba haciendo de verdad y probablemente será así como me recuerden el resto de mi vida.

Imaginadme a mí disfrazado como un puto lápiz, tirando de la carroza del Club de Escritura personalmente a través del campo de fútbol. Imaginaos a Malerie, disfrazada de cuaderno, manejando el cuaderno gigante que había en lo alto de la carroza y saludando con la mano a la multitud. Visualizad a la multitud rugiendo de manera incontrolada al paso de las animadoras y quedándose completamente en silencio al ver la nuestra.

El silencio era tal que lo único que se oía eran mis gruñidos y las barbaridades que iba soltando mientras tiraba de la carroza.

—¡Sí! ¡El Club de Escritura! ¡Uuu, uuuh! —gritaba con entusiasmo Malerie sin dejar de saludar con la mano.

Empezaron a oírse risitas, que fueron creciendo hasta convertirse en sonoras risotadas, que terminaron con una explosión de carcajadas. Todo el mundo —los padres, los alumnos, los profesores— me señalaban y se descojonaban de risa.

—¡QUE OS DEN! —les gritaba yo, y terminé de arrastrar la carroza fuera del campo de fútbol. Estaba sudando a chorros, tenía la cara tan roja que parecía Marte, me sangraban las manos de tirar de la cuerda y tenía el cuerpo tan rígido que apenas podía caminar.

Rasgué mi disfraz de lápiz, me subí al coche y salí escopeteado del aparcamiento de estudiantes. Ni siquiera puse el intermitente.

Debí de poner el coche a ciento sesenta en el camino de vuelta a casa. Puede parecer que iba demasiado rápido, pero tengo el indicador de velocidad estropeado, así que probablemente iba a noventa y cinco o a ciento diez.

Llegué a casa, me fui a mi habitación y me derrumbé en la cama. Los comentarios hirientes de mis compañeros, las desalentadoras

observaciones de todos los demás y mis propias dudas daban vueltas y vueltas en mi cabeza.

«Lo siento, pero el desfile se quedaría en nada sin la carroza de las animadoras.»

«De todos modos, nadie lee el *Chronicle*.»

«En la clase de arte lo usan para hacer cosas de papel maché.»

Pensé en el consejo de estudiantes... Pensé en el *Chronicle*... Pensé en la señorita Sharpton y en mi madre... Pensé en la abuela y en Malerie...

«Eres joven e ingenuo. Todos esos sueños... todavía te parecen alcanzables.»

«La *i* es un número imaginario.»

Ya no iba a poder fundar la revista literaria. Había hecho todo lo que estaba al alcance de mi mano. Excepto una cosa... Había una cosa que no había intentado aún.

«Si has conseguido que Nicholas Forbes y Scott Thomas colaboren en el *Chronicle*, eres capaz de cualquier cosa.»

«Nixon es tan retorcido que tiene que atornillarse las botas por las mañanas.»

«Todo el mundo tiene algo que ocultar.»

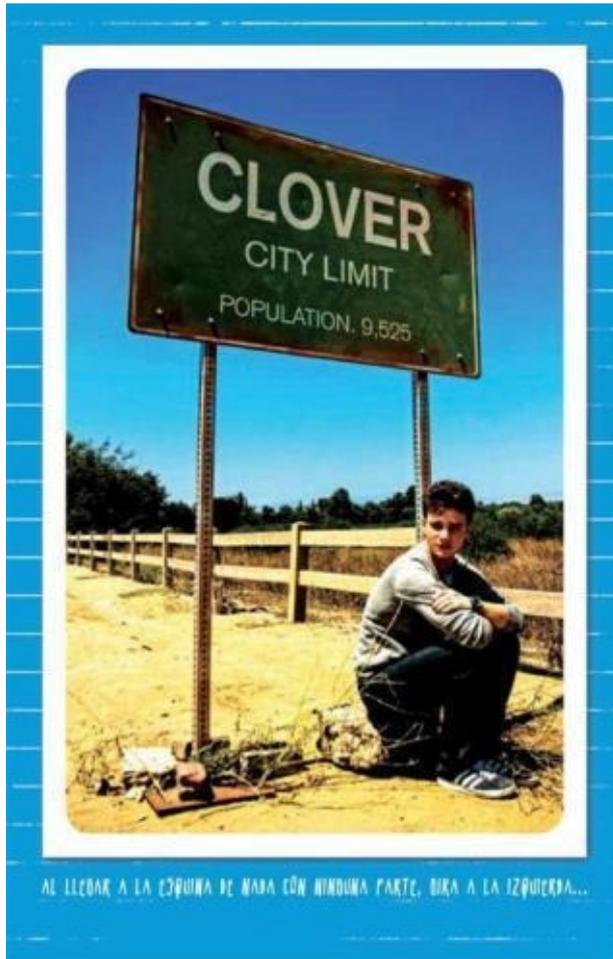
Sin darme tiempo siquiera a meditar un poco la idea, cogí el móvil y llamé a Malerie.

—Malerie, soy Carson —dije—. Empezamos con la operación Clovergate.

Lo decidí antes incluso de coger el móvil. Estoy harto de tener paciencia. Estoy harto de ser bueno. Estoy harto de dejar que me pisoteen.

El lunes por la mañana tendré mis colaboraciones para la revista, aunque tenga que chantajear a todo el instituto.

Photo Section





RNA
(DEFINITIVAMENTE NO SEY ANOTADO)



¿LA INTELIGENCIA ES
EL NUEVO SEX?



LA PEOR CONSEJERA ESTUDIANTIL DE TODOS LOS TIEMPOS.



VER, SCOTT Y CALLAN



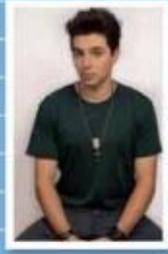
WAYNE «CICLO»



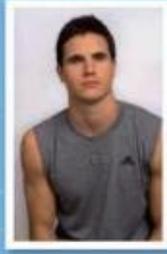
PRETENCIOSA REMY



CLAIRE ANTICONSERVATIVA



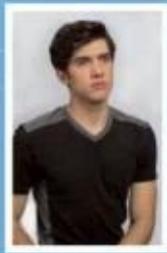
EMILIO DE IMPORTACIÓN



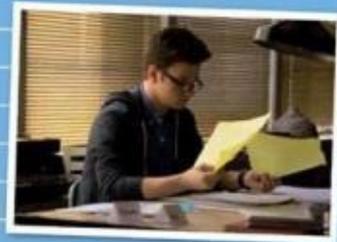
JUSTIN: EL 3º DE CLO



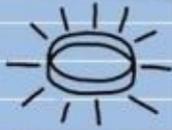
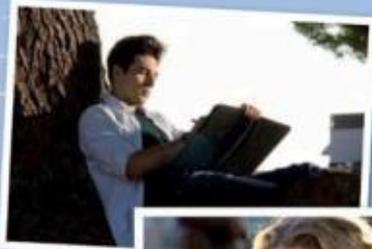
VIKI VIKI
(CAMPIRA EN PROGRESO)



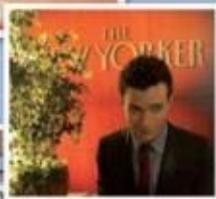
PRINCE: MIEMBRO DE
FIDELECCIÓN LAMBDA (ESO
QUIERE DECIR QUE ES RICH)



LA ASAMBLEA



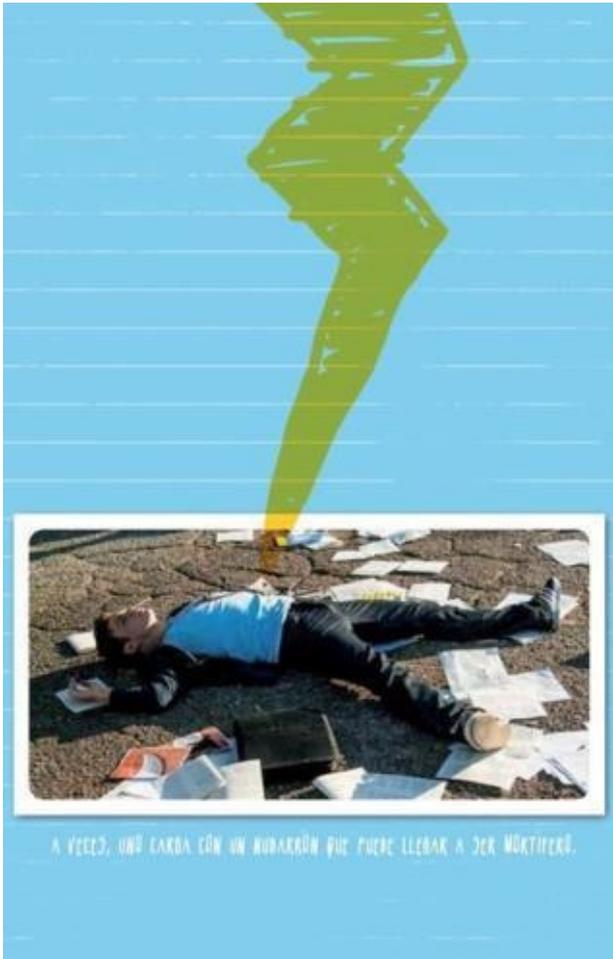
/ AKKANA
el perfil /



/ NY YORK /



LOS CONSPIRADORES



A VECEZ, UNO CADA CÓN UN NUMERÓN QUE PUERE LLEGAR A SER MORTIFERO.

15 de octubre

Clovergate, día uno

Salí antes de la clase de química para que Malerie y yo pudiéramos ponernos en marcha. Crucé el campus y la recogí en la clase de arte. Estaban trabajando con arcilla y Malerie modelaba una especie de Bugs Bunny.

—¡Malerie, vámonos! —le dije desde la puerta—. ¡Ha llegado la hora del Clovergate!

—Pero estoy haciendo una escultura —dijo ella, buscando con la mirada al profesor, que antes se encargaba del taller de carpintería; lleva un parche en el ojo y le faltan cuatro dedos. Que Malerie se saltara la clase era lo último que le preocupaba.

—¡Malerie, no es momento de ponerse a hacer esculturas! —le dije. Parecía un cachorrito confuso en mitad de una encrucijada. Recogió sus cosas con los codos porque tenía las manos llenas de arcilla.

—¡Eh, pero si es el chico-lápiz del desfile! —dijo algún gilipollas. Le presenté a mi dedo corazón y nos marchamos.

En la clase de periodismo, Malerie y yo elaboramos un gran diagrama del Clovergate. Colocamos las fotos de carné de las que serían mis primeras víctimas: Claire Mathews, el entrenador Walker, Remy Baker, Nicholas Forbes y Scott Thomas. Había decidido apuntar a lo más alto.

—Captura a la reina, y el resto de la colonia vendrá detrás —dije.

—Sí. A menos que las hormigas se rebelen y decidan ejecutar a la reina como sucedió en mi granja de hormigas.

Añadimos a Vicki Jordan y a Dwayne Michaels al diagrama. Como os decía antes, chantajeo sin discriminar a nadie; mis objetivos no se limitan a los alumnos más populares. Además, esa diversidad me viene bien para la revista.

—¿Y cómo vamos a chantajearlos a todos? —preguntó Malerie.

—Tengo material contra la mayoría de ellos —contesté—, pero de los otros no estoy muy seguro. Aunque, bien pensado, Colón tampoco estaba seguro de que Norteamérica estuviera ahí. ¿Y sabes qué hizo cuando llegó?

—¿Qué? —preguntó Malerie.

—Hizo esclavos a todos los indios que encontró a su paso.

—Oh —dijo Malerie, y miró el diagrama—. Mucho cuidadito, indiecitos.

—Con algunos va a ser mucho más fácil que con otros —dije, meditando quién recibiría el primer golpe—. Recuerda, Malerie: si algo me sucediera mientras llevamos a cabo esta operación, te quedas a cargo del *Chronicle* y del Club de Escritura.

Me miró con los ojos desorbitados y la boca abierta de par en par. Tuve que aclararle que era más o menos una broma y que en realidad no iba a poner mi vida en

peligro.

—¿Por quién empezamos? —preguntó Malerie.

Me acerqué al diagrama y examiné la cara de Remy, que posaba sonriente en la clásica foto para el anuario.

—Empezaré por Frodo. Estaremos en la misma clase de lengua el próximo trimestre.

Hace unas semanas me tropecé con un curioso nombre de usuario en la página web del instituto: ChicaAnuario69. No le di mucha importancia; otra furcia de primero siguiendo la estela de Remy, quizá. Sin embargo, quienquiera que fuese había dejado comentarios bastante mojigatos en casi todas las páginas.

«¿Por qué las encargadas del comedor tienen que asistir a la reunión para padres de principio de curso? ¿No podrían quedarse en la cocina?», decía en uno de sus repulsivos comentarios. «¡Odio a las encargadas del comedor más de lo que odio la guerra!»

¿Podía ser Remy intentando emular a Voltaire? Durante el fin de semana, mientras pensaba en cómo chantajear a Remy, le envié un mensaje privado como ChicoMalo2012 a ChicaAnuario69 para poner a prueba mi teoría.

«Eh, chica sexy —escribí—. Me encantan tus comentarios en la web del insti. Pienso igual.»

Al cabo de unos minutos me respondió:

«Gracias! Q bien q lo hayas leído LOL.»

Esperé un par de minutos más para hacerme el interesante y para ver si escribía algo más.

«¿Quién eres? LOL», me preguntó ChicaAnuario69.

«Prefiero mantenerme en el anonimato; soy como Batman, pero con mejores abdominales», respondí.

«Genial! Yo tb! Me gusta el misterio LOL —replicó. No sé qué coño es lo que le parecía tan gracioso. ¿De verdad se reía al final de cada frase?—. ¿Me mandas una foto de tus abdominales?», preguntó.

Hice un corta y pega de una foto del torso de Taylor Lautner que encontré en Internet (espero que nadie mire nunca el historial de búsqueda de imágenes en Google de mi ordenador).

«@Q#\$TWERYJ#\$\$%!!! —fue lo que recibí a continuación—. ¿Seguro q eres d verdad?»

«Y tanto», dije, y ahí lo dejé.

Hoy, en clase de lengua, cuando todos sacaron sus portátiles, decidí comprobar si estaba en lo cierto con Remy. Estaba sentado varios pupitres más atrás y podía ver perfectamente su ordenador.

ChicoMalo2012 le envió un privado a ChicaAnuario69. Una ventana se abrió en

la pantalla del portátil de Remy. ¡Bingo!

«¿Qué llevas puesto hoy?», le preguntó ChicoMalo2012.

Vi que la nuca de Remy se sonrojaba.

«Prácticamente nada», respondió como ChicaAnuario69.

«Mándame una foto», le dijo ChicoMalo2012.

Remy echó un vistazo a su alrededor para ver si alguien la miraba. Me agaché tras la pantalla de mi portátil cuando miró en mi dirección. Luego volví a mirarla y vi cómo elegía una foto de una carpeta y la adjuntaba al mensaje.

Una foto de Remy medio desnuda con una «expresión sexy» apareció de pronto en la pantalla de mi ordenador. Aquello habría bastado para hacer que una monja se volviera atea. Cerré mi portátil, salí corriendo de clase y vomité en la papelera más cercana. Estoy exagerando: no vomité, pero me dieron arcadas.

—Señor Phillips, ¿se encuentra usted bien? —me preguntó el profesor de lengua cuando volví a clase.

—Creo que algo ha cambiado en mí para siempre —dije, y volví a mi sitio. Remy puso los ojos en blanco cuando pasé por su lado. «¡No tenía ni idea de lo que se acababa de hacer a sí misma!»

Al acabar las clases vi a Remy sentada en un banco, sola. Me senté a su lado. No podía mirarla a la cara. Puede que nunca vuelva a hacerlo.

—¿Puedo hacer algo por ti, Carson? —me preguntó de malos modos.

Le pasé a hurtadillas un sobre grande de papel manila. Dentro había una copia impresa de las conversaciones entre Chico-Malo2012 y ChicaAnuario69.

Se quedó callada un ratito. Por el rabillo del ojo vi que los papeles comenzaban a agitarse en su mano. Me miró como si acabara de decirle que su padre se había sometido a una operación de cambio de sexo mientras ella estaba en clase.

—¿Tú eres ChicoMalo2012? —gimoteó.

—Ya ni siquiera puedo mirarte a la cara —le dije—. Aunque tampoco es que antes me resultara fácil.

Saqué una hojita de color amarillo chillón de mi bolsillo trasero y se lo di. Me marché sin esperar a que lo abriera. La hojita decía:

ESTÁS INVITADA A UNA REUNIÓN OBLIGATORIA EN EL AULA DE
PERIODISMO EL VIERNES DESPUÉS DE LAS CLASES.

Tenía que asegurarme de que la redacción era lo bastante sutil por si alguna de mis víctimas decidía delatarme, pero a juzgar por el agobio que había visto en la expresión de Remy, no creo que deba preocuparme por eso.

Me pasé por el lavabo de chicos, pensando que igual podía matar dos pájaros de un tiro. Como era de esperar, vi a Nicholas y a Scott saliendo casi al mismo tiempo. Seguramente acababan de echar uno rapidito.

—Eh, Siegfried —le dije a Nicholas, y le entregué otra hojita amarilla—. Y esta para ti, Roy —le dije a Scott—. Pasadlo bien.

Supongo que los tengo a mi merced hasta que me marche a Illinois, así que no me molesté en darles ninguna explicación.

Fui al aula de periodismo y dibujé una X sobre las fotos de Scott y Nicholas. Sobre la de Remy dibujé varias porque todavía me costaba mirarla a la cara.

Regresé a casa con una sonrisa de oreja a oreja. Tengo a tres en el bote, ¡ya solo me quedan cuatro! ¡El primer día del Clovergate ha sido un rotundo éxito!

16 de octubre

Clovergate, día dos

Me desperté esta mañana (que siempre es una buena noticia) y decidí atacar los objetivos más fáciles de mi plan Clovergate. Los chantajes de ayer funcionaron tan bien que no quería precipitarme. Así que hoy he decidido ir a por Vicki y Dwayne.

Era la hora de comer y todas las bestezuelas del instituto deambulaban por el patio. Me encontré con Malerie en las sombras, detrás del contenedor de basuras de la cafetería. Nadie podía imaginar lo que nos traíamos entre manos.

—¿Tienes el material? —le pregunté.

—Sí —respondió Malerie—. Y no ha sido fácil.

Sacó una bolsita de plástico llena de... material.

—¡Buen trabajo! Vamos a por él.

Dwayne estaba sentado en una de las mesas del patio, a la sombra. Si el patio fuera un vecindario, los bancos que están a la sombra serían «el otro lado de las vías». Allí es donde se reúnen todos los vagos a la hora de comer para comparar las cicatrices que se han hecho con el monopatín y compartir ideas sobre la fabricación de bombas caseras.

Malerie miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos y algo preocupada.

—No pasa nada, Mal —la tranquilicé—. Tú sígueme el rollo. Poli bueno/poli malo, ¿te acuerdas?

—Sí —respondió, pasándose la lengua por los labios con expresión de dura—. Vamos allá.

Nos acercamos a Dwayne y nos inclinamos hacia él desde el otro lado de la mesa; el interrogatorio había comenzado.

Estaba dibujando una ardilla que sostenía una granada como si fuera una nuez. Alzó la vista del papel y nos miró. (El dibujo me pareció muy ingenioso, pero no era el momento más adecuado para halagar al enemigo.)

Arrojé la bolsita encima de la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Dwayne, señalándola con su lápiz.

Malerie soltó una carcajada y, a continuación, adoptó una expresión muy seria.

—Venga ya, sabes perfectamente lo que es.

Al parecer, Malerie era la poli mala.

—Te has dejado esto en la clase de periodismo —le dije.

Nos miró con expresión neutra. No tenía muy claro si estaba confuso o simplemente era su expresión habitual.

—¿Queréis un poco, chicos? —nos preguntó, y una sonrisa se dibujó en su estúpido rostro.

Malerie me miró; no habíamos previsto una respuesta para esa pregunta. Le hice

un gesto con la cabeza: sigue según lo planeado.

—Si fuéramos dos alumnos responsables, recurriríamos a las autoridades escolares —dijo Malerie, señalando hacia atrás con un gesto brusco. Estaba señalando el armario del encargado, pero Dwayne pilló el mensaje.

—Eh, eh, eh —dijo Dwayne, y la expresión de su rostro se alteró como nunca antes había visto—. Mirad, escribiré esa reseña que queréis que escriba, ¿vale?

—Demasiado tarde para eso —dije con aire siniestro, y le planté una hojita amarilla encima de la mesa.

Cogí la bolsita y me marché. Imaginé que las acciones tendrían más efecto que las palabras. Malerie se quedó allí y continuó señalándolo. Tuve que volver para llevármela de allí.

—¡Buen trabajo, Malerie! —le dije cuando llegamos a la clase de periodismo.

—¡No quiero oírlo! —me gritó Malerie, y di un respingo. Seguía estando muy agresiva—. Lo siento, me cuesta salir de mi papel.

—No te preocupes —le dije—. Por cierto, ¿qué había en la bolsita?

—Patatas fritas machacadas, virutas de lápiz y una cuerda —respondió.

—¿Es ese el aspecto que tiene la hierba? —le pregunté.

—¿Hierba? Me pareció entender «tela» —dijo Malerie, y se quedó mirando al suelo, como si allí estuviera la solución a su confusión.

—No importa, se lo ha tragado.

Malerie volvió a sonreír.

Fui hasta el diagrama del Clovergate y dibujé una gran X en la foto de Dwayne. Vicki era la siguiente.

—¿Qué tienes planeado para Vicki? —preguntó Malerie.

Aún tenía que darle muchas vueltas. Vicki no iba a ser fácil de chantajear; no ocultaba en absoluto sus debilidades. ¿Qué podría querer ocultar una chica que lucía cruces invertidas y llevaba chapas de «Satanfest 2011» en la mochila?

Entonces se me iluminó la bombilla: puede que Vicki no ocultara nada a sus compañeros, pero ¿y a sus padres? A menos que fuera hija natural de Ozzie Osbourne y Lily Munster, seguro que no estaban muy contentos con el comportamiento de su hija.

—¿Sabes cómo se llaman los padres de Vicki? —le pregunté a Malerie.

—¡Sí! Martha y Jebediah Jordan. Su madre me dio catequesis hasta que mi familia se convirtió al perecismo y decidió quedarse en casa los domingos.

Me dieron ganas de ponerme a hacer volteretas laterales allí mismo.

—¡Es perfecto! —grité.

Me senté inmediatamente al ordenador y busqué en Google «Satanfest 2011». Siempre había pensado que aquella chapa no tenía significado alguno, como los anillos del Club de la Virgindad, pero estaba totalmente equivocado... y lo que vi me

hizo desear no haberme equivocado.

Era una reunión anual que se celebraba en un recinto ferial y atraía a todo tipo de pirados. A juzgar por las fotos, parecía que los asistentes se dedicaban a escuchar heavy metal, colocarse pírsines, comprar accesorios hechos con cadenas, comparar distintos maquillajes de ojos y beber las lágrimas de niños inocentes. (Esto último es una mera conjetura, no tengo ninguna prueba.)

Por desgracia, las fotos iban a peor. En un momento dado vi algo que parecía una cabra debajo de un mantel en un círculo hecho de velas. Por suerte, nuestra Vicki parecía haberse convertido en la musa del fotógrafo. Aunque también vi más cosas de Vicki de las que me hubiera gustado, eso seguro.

Pulsé varias veces la tecla de imprimir en el teclado, al tiempo que pulsaba la de suprimir en mi cerebro.

—Ahora que lo pienso, creo que el perezismo no es una religión de verdad. Creo que mis padres odiaban ir a la iglesia, simplemente —dijo Malerie hablando para sí, asintiendo muy convencida.

—Yo también lo creo —le dije, y asentí con ella. Recogí las fotos de la impresora y pasé a mi siguiente objetivo.

¿Os importa si me tomo un segundo para agradecer la existencia de Internet? En serio, sin ella y sin esa necesidad que tienen los adolescentes de subir fotos indiscretas de sí mismos, todo esto del Clovergate no habría sido posible.

Coincidió con Vicki un poco más tarde, en su clase de zoología. Me sorprendió que estuviera también en esa clase, me dejó de piedra. ¿Estaría interesada en estudiar animales para sus sacrificios?

Me senté delante de ella; Vicki me miró con expresión asesina. Eso también me dejó de piedra, porque normalmente su cara es la misma cuando está contenta que cuando está enfadada.

—¿Quieres algo? —me preguntó.

—Se me ha ocurrido buscar en Google «cultos satánicos», una afición que tengo, y me he tropezado con esto —le dije, enseñándole las fotos—. ¡Mira estas! ¿No eres tú con un látigo en la boca? Y esta de aquí, parece que estás montando a varios tíos. ¡Qué bonito! ¿Y has visto esta? ¿Es una cabra, o Lucifer ha ascendido de los Infiernos y yo no me he enterado?

—¿Por qué me enseñas todo esto? —me preguntó Vicki. Se le daba muy bien fingir indiferencia.

—Solo intento protegerte, Vicki —le dije—. Sería terrible que alguien le mandara estas fotos a tu madre por correo electrónico. ¿No da catequesis en la iglesia baptista?

Vicki se puso roja como un tomate; estaba tan nerviosa que casi parecía viva. Me arrancó las fotos de las manos. Sonreí con una perversidad que debió de darle envidia y le entregué una hojita amarilla.

De vuelta en el aula de periodismo, tracé una X sobre la foto de Vicki y choqué los cinco con Malerie.

¡El segundo día del Clovergate había sido aún mejor que el primero! Sentí escalofríos, esos escalofríos que te dan cuando supuestamente alguien camina sobre tu tumba de una vida anterior, pero yo sabía que lo que me decían esos escalofríos era que mi carta de admisión de la Northwestern no tardaría en llegar.

Ahora que lo pienso, creo que hoy ni siquiera he asistido a ninguna de mis clases. Qué más da, les diré que estaba con diarrea. Eso siempre cuela.

¿No os he contado el truco de «me voy de vareta»? ¡Oh, es genial! Solo tienes que decirle a tu tutor, o al profesor de turno, que has llegado tarde o no has podido ir a clase porque te cagabas vivo. Es algo muy específico, pero al mismo tiempo lo suficientemente vago como para que no hagan preguntas. No pueden enviarte con el grupo de castigo por tener diarrea. Es prácticamente infalible. ¿Qué te van a decir? «¿No me lo creo, demuéstramelo?» No soy partidario del absentismo escolar ni de los retrasos, pero si te ves en un brete (como tener que extorsionar a tus compañeros para aumentar tus posibilidades de entrar en la universidad de tus sueños), es una herramienta muy útil. Una advertencia: no lo uséis muy a menudo. De lo contrario, os enviarán a la enfermería y os harán mear en un vasito. Mejor no preguntéis.

17 de octubre

Clovergate, día tres

Ya solo quedaban Claire Mathews y el entrenador Colin. Había decidido dejar lo más difícil para el final; quería estirar mis extorsionadoras piernas antes de lanzarme a correr la maratón. (¿De verdad acabo de decir eso? No me reconozco.)

Me he pasado la mitad del día paseando de un lado a otro del diagrama del Clovergate. Sabía qué material tenía en su contra. Sabía cómo usarlo. Sabía lo que tenía que decirles. ¿Pero cómo iba a decírselo?

—Eh, Carson —me dijo Malerie—. ¿Por qué no está Justin Walker en el diagrama? ¿O esa animadora que iba por ahí presumiendo de que sus tetas eran naturales y un día en una actuación le dieron una patada en el pecho y se le vio la silicona goteando por debajo de la camiseta? Yo creo que serían buenos candidatos, también.

—No te preocupes, también colaborarán en la revista —le dije—. Si puedo echarles el guante a Claire y a Colin, tendré controlados también a las animadoras y a los atletas.

—Vas a tener mucho poder —dijo Malerie—. Y es curioso, porque siempre me has recordado un poco a Margaret Thatcher.

—¿Gracias? —pregunté. Espero que sea porque también suelo vestir de azul.

Cogí las dos últimas hojas amarillas y salí del aula de periodismo. Decidí empezar con Colin. Era la primera vez que intentaba chantajear a un profesor, así que estaba especialmente nervioso.

Fui hasta el campo de béisbol. Colin acababa de terminar una clase de educación física.

(Esto no tiene nada que ver con el tema, pero quiero que hagáis algo por mí. Comparad la foto de unos estudiantes corriendo por el patio en una clase de educación física en el instituto y una de los reclusos en una cárcel. Fijaos bien en las dos. ¿Percibís alguna diferencia? ¿No? ¡ES QUE NO HAY NINGUNA!)

Respiré hondo y traté de centrarme. Imaginarme dando mis primeros pasos en el campus de la Northwestern me dio el coraje que necesitaba y me fui hacia el joven entrenador.

—¡Eh, Colin! —le dije.

—Las pruebas para el equipo de fútbol americano han terminado ya, hijo —me dijo, sin levantar la vista siquiera. Cretino.

—No, gracias, preferiría cortarme las córneas con un papel —le repliqué—. Y te agradecería que no me llamaras «hijo». Estabas en el último curso cuando yo entré en el instituto, ¿lo recuerdas? Te di clases particulares de biología.

—Tú eres el chaval del periódico, ¿verdad? —dijo Colin—. ¿Has venido para

hacerme una entrevista?

—No —respondí. Me pareció que lo mejor era ir directamente al grano—. El *Clover High Chronicle* no tiene sección de deportes, pero el departamento jurídico es gratis.

Soltó los bates y las pelotas que llevaba en la mano.

—No sé de qué me estás hablando —dijo. Pero por el modo en que me miraba, como una serpiente venenosa, indicaba todo lo contrario.

—Pues yo creo que sí lo sabes.

Parecía como si su cabeza estuviera a punto de explotar. Me alegré de que hubiera soltado los bates.

—¿Me estás acusando de algo, chaval?! —me gritó, avanzando hacia mí.

Alcé una mano, más que nada para evitar que me salpicara la saliva, pero el gesto le hizo callar como si yo fuera un *jedi*.

—Mejor dejamos de jugar a las preguntas, ¿vale? En ese deporte soy mucho mejor que tú. Iré al grano: sé lo tuyo con Claire Mathews y tengo un vídeo que lo prueba. Si lo hago público, perderás tu empleo, tu reputación y jamás podrás volver a trabajar en un instituto, cosa que a todas luces te encanta.

Ahora que repaso este momento, creo probablemente habría sido más sensato abordarle en un lugar más concurrido. Colin podría haberme roto el cuello y haberme enterrado bajo el montículo de una de las bases. Pero en lugar de matarme, se quedó como ensimismado y sin habla. La verdad es que fue algo bastante triste.

—¿Qué quieres? —me preguntó.

Le entregué una hoja amarilla. ¿Se me iba a echar a llorar?

—Quiero que estés en este sitio a esta hora —le dije—. También quiero recomendarte que no te acuestes con alumnas. Te lo recomiendo vivamente.

Salí corriendo, más que nada por si cambiaba de opinión y decidía matarme, y también porque mi trabajo con Colin había

terminado. Volví al aula de periodismo y tracé una X sobre la foto de Colin. ¡Ya solo me quedaba una víctima! ¡Solo una!

Resulta francamente difícil encontrar un momento en el que Claire no esté acompañada. Es como la Hillary Clinton del instituto Clover. Creo que me he pasado el resto del día persiguiéndola por todo el campus. No se queda sola ni para cagar; suele ir al baño con varias de sus compis animadoras. Siempre he sospechado que ni siquiera se limpia el culo ella misma.

No quería perder más tiempo, así que finalmente decidí escribirle una notita en su hoja amarilla, algo que sabía de antemano que no dejaría ver a nadie.

«¿Qué se siente al ser la chica de los Walker?», decía la nota. Recé para que se fijara en ese «los».

Después, al terminar las clases, la encontré en el patio practicando la pirámide

con las demás animadoras. Me fui hacia ella y, con mucha sutileza, le entregué la hoja amarilla. Vale, puede que me pusiera a canturrear: «Dos, cuatro, seis, ocho... dicen por ahí que te gusta fornicar». No me pude resistir.

—¡Capullo! —exclamó. Pero sus ojos, ya grandes de por sí, se abrieron aún más cuando leyó lo que ponía en la hoja. ¡Se había fijado en el «los»!

Regresé al aula de periodismo. En mi cabeza sonaba el tema principal de *Rocky*. Había terminado con la parte más difícil, ¡casi lo había conseguido ya! Lo único que me quedaba por hacer era contarles a las víctimas del Clovergate lo que quería de ellos en la reunión del viernes.

Puede que aún no haya recibido ninguna colaboración para la revista literaria, pero ya he conseguido llamar su atención, ¡y eso ya es una victoria!

18 de octubre

Clovergate, día cuatro [3]

Si la noche que pillé a Nicholas y Scott pensé que era mi cumpleaños, hoy debe de ser Navidad. Así que ¡*Feliz Navidad para mí!* Enseguida entenderéis esta locura española, no os preocupéis...

Dejadme que comience esta entrada diciendo que he tenido un montón de dudas morales desde que empecé con toda esta aventura del chantaje. Incluso yo, Carson Phillips, que tengo la piel más dura que un galápago y en el fondo carezco de corazón, tengo conciencia. La cosa comenzó, naturalmente, con Nicholas y Scott en el baño y ha seguido carcomiéndome lentamente desde entonces.

¿Esta gente ha convertido mi vida en un infierno durante los últimos cuatro años? Sí. ¿Merece esta gente un trato así? En mi opinión, sí. ¿Soy una persona horrible por hacerles esto? Puede ser. ¿Es esto lo más egoísta que he hecho hasta la fecha? Sin lugar a dudas. ¿Acabará eclipsando la culpabilidad que empiezo a sentir el bien mayor que intento alcanzar? Espero que no.

¿Soy el héroe de esta historia, o el villano? ¿De parte de quién se pondrá el autor de mi primera biografía no autorizada?

También estoy preocupado por las posibles repercusiones. ¿Y si me pillan y el «chantaje» queda impreso para siempre en mi expediente? ¿Me admitirán en la Northwestern con esa letra escarlata grabada? Si no lo hacen, no podré salir jamás de Clover.

Estos pensamientos me han provocado una extraña sensación de bajón y ahora desearía no haber tirado al váter las pastillas que me dio mamá.

Hay mucho en juego. Pero nadie ha llegado a ningún sitio quedándose cruzado de brazos, y me lo repito constantemente. Puede que lo que estoy haciendo sea egoísta y no esté bien, pero mis motivos son irreprochables. Eso lo justifica todo, ¿no?

Siempre he creído que iré derecho al infierno, y después de esta semana, creo que no hay vuelta atrás. Estoy seguro de que Vicki también acabará allí; puede que cuando estemos allá abajo consiga que escriba algo para mí.

Solo espero que exista un *El Periódico del Infierno* para el que pueda escribir. Podría escribir ingeniosos editoriales como «Infierno: ¿ha perdido su antigua furia?» y quizás una reseña semanal sobre quién está torturando a quién. Imagino que habrá una multitud de jefes y políticos a los que podría entrevistar. En el infierno no debe de haber grupos religiosos que puedan sentirse ofendidos, así que imagino que podría escribir lo que quisiera. ¡Quizá no esté tan mal!

Esperad, ¿de verdad estoy describiendo el infierno como algo positivo? Pues sí que he tenido una semana dura.

Pero después de todas estas dudas y preocupaciones y premoniciones macabras,

llega un nuevo día que me hace pensar que Dios está de mi lado. Como si estuviera sentado en las nubes diciéndome: «¡Venga, chaval, continúa con lo que estás haciendo!».

Y hoy, ese mensaje me ha llegado casi con una lazo de color rojo brillante. Os lo voy a explicar...

Como había tenido mucho éxito con el reparto de hojas amarillas, fui a la sala de profesores para hacer copias de un póster con el anuncio de la publicación de la revista literaria. Puede que fuera un poco sobrado, pero suponía que iba a estar tan ocupado en las dos próximas semanas trabajando en la revista que no tendría tiempo de hacer las copias más adelante.

Hace dos años que puse una cinta adhesiva en el pestillo de la sala de profesores y nadie se ha dado cuenta. Fui hacia la fotocopidora y me encontré con un cartel de advertencia: LOS ALUMNOS NO PUEDEN USAR LA FOTOCOPIADORA. Evidentemente, la advertencia iba dirigida a mí. Arranqué el cartel y saqué quinientas copias; no iba a dejar libre ni un solo rincón del instituto.

Mientras esperaba a que se imprimieran las copias, oí ruidos que venían del cuarto de material que había a la vuelta de la esquina.

—¡Rápido, ahí dentro! —oí que decía una voz de mujer.

—¿Dónde está la estación de tren? —dijo una voz masculina.

Hay una ventanita que da al cuarto de material (que fue lo que inspiró mi teoría de que el instituto Clover era antes una institución para enfermos mentales). Me asomé a la ventanita y, entre las estanterías del material, vi a Emilio enrollándose ¡con la señorita Hastings! ¡La recepcionista del señor Gifford!

—¡Podrían despedirme por esto, y necesito ese seguro dental! —chilló, mientras Emilio le besaba el cuello.

—*Necesito tomar prestado un libro de la biblioteca* —dijo Emilio, apasionadamente.

La señorita Hastings lo empujó contra las estanterías llenas de lápices y grapadoras. Era una escena muy caliente.

—En tu cultura es normal que los hombres estén con mujeres mayores que ellos, ¿no? —le preguntó la señorita Hastings, poniéndose tímida de repente.

—*Tenemos varias alpacas en la granja de mi padre* —dijo Emilio.

La señorita Hastings le agarró por el cuello y lo besó por la fuerza.

—No tengo ni idea de lo que dices, pero ¡eres tan sexy! —dijo, y apretó la cara de Emilio contra sus pechos—. ¡Y joven, y moreno, y de importación! ¡Me siento como la protagonista de *Come, reza, ama!*

—*¡Por favor, pásame un pedazo de pollo frito!* —gruñó Emilio.

«Un momento —me dije a mí mismo—. ¿A qué viene hablar de pollo en este contexto?»

La señorita Hastings le abofeteó.

—¿Eso era una guarrada? Me encanta que me digan obscenidades.

Lo empujó contra los rollos de papel manila, y me empezó a dar pena Emilio; le estaba dando una paliza de muerte. Quizá me había equivocado con la señorita Hastings: a lo mejor era su exnovio el que se escondía de ella.

—Eres tan deliciosamente latino, ¡me encanta! —gritó la señorita Hastings.

Sus jadeos eran cada vez más sonoros, se tiraban del pelo, entrelazaban sus lenguas... ¡Aquello era *Cincuenta sombras de gringo*!

—¿Señorita Hastings? —dijo una voz desde el exterior de la sala de profesores.

—¡Me voy! —dijo ella con un hilo de voz. Y estoy seguro de que la expresión tenía un doble sentido.

Emilio intentó seguirla, pero ella lo disuadió y desapareció por el pasillo. Estaba deseando que Emilio se lavara las manos solo para poder estrechárselas. Hasta yo necesitaba un cigarrillo después de aquello.

Sonó el móvil de Emilio.

—¿Hola? —dijo. Miró a su alrededor para asegurarse de que estaba solo. Me escondí detrás de la fotocopidora—. Eh, ¿qué pasa, tío?

Un momento, pensé, ¿acaba de...?

—No, nada. Solo estaba tanteando a una recepcionista —dijo... ¡en perfecto inglés!—. Me falta una para batir mi récord, tío. ¡Esta mañana he puesto el «dua» de mi «graduación»!

Alzó la vista y me vio al otro lado de la ventanita. Pánico.

—Te llamo luego, tío —dijo Emilio.

«Tenemos. Que. Hablar.», le dije, moviendo los labios.

Le envié un mensaje a Malerie inmediatamente. Supuse que necesitaría que me echaran una mano con este.

—Estoy en mitad de un examen —me respondió Malerie.

—¡Me tienes hartos con tanta excusa, Malerie! —le escribí.

Diez minutos más tarde, Malerie y yo estábamos en el aula de periodismo, con una lámpara enfocada directamente hacia la cara de Emilio. Malerie incluso lo grababa con su cámara. Era como *Ley y Orden*, pero mucho menos predecible.

—Y bien, Emilio, ¿cuánto tiempo llevas siendo alumno fornicador de intercambio? —le dije, sintiéndome ingenioso—. Yo que tú me olvidarías de Telemundo. Malerie está en cuarto de español, es capaz de detectar a un falso hispano a simple vista.

—Sí —dijo Malerie, asintiendo—. También hablo con fluidez el celta y el élfico. ¡Contesta! ¿Qué es lo que no nos has contado? —Era evidente que Malerie se había vuelto a meter en su papel—. ¿Es Emilio tu verdadero nombre, al menos?

Emilio se encogió en la silla y bajó la cabeza muerto de vergüenza.

—Mi verdadero nombre es Henry Capperwinkle —contestó.

Hice lo que pude para no descojonarme allí mismo, pero mis ojos se llenaron de lágrimas y mis hombros se agitaron arriba y abajo. ¿Henry Capperwinkle? ¿Lo decía en serio? Recordándolo ahora no puedo reprimir la risa. ¡Ese tío es genial!

—Soy de San Diego, no de El Salvador —dijo Henry.

—¡El SeaWorld! ¡Lo sabía! Ya decía yo que me olía como a delfín —dijo Malerie señalándolo con el dedo—. ¿Y qué más? ¡Dinos la verdad!

Yo me quedé callado y dejé que Malerie se ocupara.

—El poco español que sé lo he aprendido con el nivel uno de un cursillo en CD que robé —dijo Henry—. No hago más que repetir las diez frases que me sé, pero parece que nadie se ha dado cuenta. ¡Aquí todo el mundo es idiota!

—Ajá —dije. Era una observación muy interesante.

—Por favor, no se lo digáis a la familia con la que vivo —dijo.

—Pero ¿por qué haces esto? —le pregunté, más intrigado que resentido. Ya me conocéis: respeto a cualquiera que utilice el sistema en su propio provecho.

—¿Estás de coña? Por solo doscientos dólares al mes tengo casa y comida —dijo—. Y chicas. Nada les gusta más que un tío que les hable en español. Un ligero «rrrrrr» con la lengua las vuelve completamente locas.

—Ahora todo tiene sentido —dijo Malerie—. Todas esas postales electrónicas de Doctor Who en español que te envié... ¡no entendías nada!

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto? —le pregunté.

—Un par de años —dijo Henry—. Fue idea de un colega del instituto Lincoln. Allí creen que es nigeriano. El tío es blanco como el arroz, pero nadie le pregunta por miedo a que pueda parecer un comentario racista.

Me quedé mirándole fijamente. Me había impresionado de verdad, pero no estaba dispuesto a que él lo notara.

—Tío, no puedes culparme de esto —dijo.

—Sí, claro que puedo —le dije—. Puedo culparte mucho.

Por suerte, todavía me quedaba una hoja amarilla que estaba reservando para mi álbum de recortes.

—Esto es para ti.

Al terminar las clases, Malerie y yo pusimos una foto de Emilio en el diagrama del Clovergate y trazamos una X sobre ella. ¡El cuarto día del Clovergate había sido un éxito de lo más inesperado!

¡Soy un cabrón con suerte!

19 de octubre

Clovergate, día cinco: la reunión

Hoy es el día: ahora o nunca.

No he podido pegar ojo en toda la noche. No podía dejar de dar vueltas imaginando cómo sería esta reunión si no salía como yo quería.

Cualquiera puede averiguar cosas comprometedoras de otros, pero ¿cómo voy a convencer a toda esta gente de que dispongo de medios para usarlas en su contra? ¿Y si todos se niegan en redondo a cooperar? ¿Realmente sería capaz de hacer públicas las cosas que he averiguado de ellos? ¿Me creería el resto del instituto? No soy exactamente Míster Simpatía.

Podría empezar revelando la información que poseo de uno de ellos, a ver si el rumor se extiende. ¿Estarían más dispuestos a cooperar si vieran arruinada la vida de uno de sus compañeros? ¿A quién elegiría como peón? ¿Era yo capaz de arruinarle la vida a alguien? Y si lo hacía, ¿sería mejor que ellos?

La tarea estaba hecha a mi medida. Tenía que convencerlos a todos de que tengo influencia sobre el cuerpo estudiantil y también de que soy lo suficientemente despiadado como para hacer públicos sus secretos; una tarea francamente difícil cuando eres el único editor de un fallido periódico de instituto.

En clase me he pasado todo el día con espantosos dolores en el pecho y en el estómago. Estaba tan nervioso que temía irme de vareta de verdad.

No he dejado de mirar el reloj. Por fin sonó el último timbre y terminaron las clases. Había llegado el momento.

Fui a la clase de periodismo y la ordené un poco mientras esperaba. Me hacía ilusión tener invitados en mi clase. Hasta ese momento, nunca había habido allí más de siete personas. Incluso pensé en acercarme a la tienda a comprar algunos aperitivos, pero me recordé a mí mismo que aquello no era una fiesta.

Hice venir a Malerie para que me apoyara; parecía todavía más nerviosa que yo. Cogió un taburete y se sentó en un rincón de la habitación, observándolo todo desde la pantallita de su cámara.

Se hacía tarde y el fin de semana estaba cada vez más cerca. Hacía casi una hora que habían terminado las clases, y por allí no

había aparecido ni una sola de las víctimas del Clovergate.

¿Es que nadie me había tomado en serio? ¿Había logrado amenazar, siquiera remotamente, a mis víctimas y sus reputaciones? ¿Estarían todos juntos en alguna parte riéndose de mis hojas amarillas?

Transcurridos unos minutos más de preocupación, me di cuenta de que estaba sobrestimando a mis víctimas. Uno por uno, fueron entrando en el aula de periodismo.

Vicki y Dwayne fueron los primeros en llegar.

—Bueno, bueno, bueno —dije—. Ya iba siendo hora.

Me mostré reservado y tranquilo; no sé de dónde saqué esa calma.

—Relájate. Estábamos castigados —dijo Vicki.

¡Castigados! Todas mis víctimas tenían actividades extraescolares; por eso eran quienes eran. Lo había olvidado.

Claire fue la siguiente en llegar. Miró a Dwayne y a Vicki y exclamó:

—Oh, no.

A la princesa no le gustaba estar en compañía de la plebe.

Nicholas y Scott llegaron después. «Increíble, ¿Nick y Scott? ¿Llegan juntos a una reunión en la que los chantajea precisamente por estar juntos?» Pero entonces me di cuenta de que siempre van juntos a todas partes. ¿Cómo es que nadie ha sumado dos y dos hasta ahora? ¡Vaya pareja clandestina!

Remy fue la siguiente en aparecer, y se quedó petrificada al ver allí al resto del consejo estudiantil. Los miembros del consejo se saludaron cordialmente con un gesto de la cabeza, pero la situación seguía siendo incómoda, como si te encontrases en un bar de striptease con la gente con la que vas a la iglesia.

Luego llegó el entrenador Colin. Claire y él ni siquiera se miraron. Muy listos. (¡Tomad nota, Nick y Scott! Así es como se oculta que uno tiene un amante clandestino.) Colin fue el único que se fijó en el diagrama del Clovergate. Me había olvidado de retirarlo.

Todos guardaban silencio. Se miraban como diciendo: «¿Tú también?». Era evidente que todos se preguntaban: «¿Por qué están ellos aquí?».

Emilio... es decir, Henry... quien sea... fue el último en llegar. Todos lo miraron, y a continuación me miraron a mí. «¿Incluso él?»

Cerré la puerta tras él y me coloqué frente a ellos. El corazón me saltaba a la comba dentro del pecho.

—Hola a todos, y bienvenidos al aula de periodismo —les saludé.

—¡Fascista! —dijo Remy.

—¡Inodoro! —exclamó Emilio.

—¡Basta ya de insultos! —atajé— Vamos a ver, voy a ser breve y haceros esto lo más fácil posible. Estáis aquí porque he descubierto cosas comprometedoras de todos vosotros.

Gruñeron y resoplaron como una manada de coyotes con aerofagia.

—Sé perfectamente por qué estoy aquí, y estoy segura de que todos sabemos por qué Dwayne está aquí —dijo Vicki—, pero ¿y los demás?

Miró a Claire con repugnancia.

—Yo soy el único que sabe eso y, si todo sale según lo planeado, los demás no os enteraréis nunca —contesté.

—¡Esto es una gilipollez! —exclamó Nicholas— ¡Por no decir que además es ilegal! ¿Sabes cuántos abogados tiene mi familia? Siete.

El resto parecían estar de acuerdo con él.

—¡Enséñame los pompones! —dijo Emilio.

Había conseguido reunirlos allí. No podía perderlos ahora.

—Si alguno desea compartir la información que poseo sobre vosotros, sois libres de hacerlo y abandonar el aula —dije. Un silencio sepulcral recorrió la habitación. Intercambiaron miradas, como queriendo animar a los demás a que dieran el primer paso. Por suerte para mí, todos eran demasiado orgullosos para hacer una cosa así—. Justo lo que pensaba.

—Llego tarde al ensayo de *Hello, Dolly* —dijo Scott—. ¿Qué es lo que quieres de nosotros?

—Como todos sabéis, quiero publicar una revista literaria —expliqué, yendo directamente al grano.

—¿Y quieres que nosotros la compremos?! —preguntó Claire en tono burlón. Aquello me cabreó. ¿De verdad pensaba que me había metido en este berenjenal solo para venderles algo? ¡La idiota era ella por haberse tirado al entrenador, no yo!

—No, Claire —le respondí—. No espero de vosotros que sepáis reconocer una publicación inteligente, y mucho menos que la compréis. Pero ¿vuestra familia y amigos? ¡Sí! ¿Por qué? Porque todos vosotros vais a escribir para ella. ¡Quiero una colaboración de cada uno de vosotros!

Ya estaba dicho, y todos gimieron como lo que son: una panda de cabrones lloricas.

—¿De qué coño va todo esto? —dijo Dwayne, riendo.

—Esto es ridículo —espetó Vicki.

—¡Tu aliento huele a animal de granja! —gritó Emilio.

—Un momento, yo ni siquiera soy un alumno —adujo Colin desde el fondo.

—Es que de ti quiero algo más —expliqué, y a continuación señalé a Claire—. Y de ti: quiero una colaboración de cada uno de los jugadores y también de las animadoras.

Todos prorrumpieron en quejas. Pensaban que me había vuelto loco y que estaba sufriendo una especie de delirio totalitario. Y para ser justos, debo admitir que así era.

—¡No puedes obligarme a mí y al resto del equipo de animadoras a nada! —gritó Claire. Su voz era tan chillona que pensé que la cabeza iba a salir despedida de su cuello—. Hay un motivo por el cual tú y Precious sois los únicos miembros de vuestro club, y es que todo el mundo os odia. Por más que divulgéis la información que tenéis por todo el instituto, nadie os va a creer, ¿te enteras?

Los otros la vitorearon y murmuraron palabras de aprobación. Scott le dedicó una ovación. Remy asintió con la cabeza como si estuviera siguiendo el ritmo del bajo en

una canción de hip-hop. Malerie no dejaba de mirar a su espalda buscando a Precious.

Empezaba a desanimarme. Tenía previsto que me sucediera algo así. El volumen de sus quejas fue en aumento mientras yo me veía sumido en un mar de dudas. Mi mayor temor se estaba haciendo realidad: se estaban dando cuenta de que me superaban en número y no iba a poder con ellos.

Sentí que el sudor empezaba a perlar mi frente. Todos meneaban la cabeza y ponían los ojos en blanco, cabreados por estar perdiéndose la tarde del viernes por mi culpa. Unos cuantos se levantaron con idea de abandonar el aula... y entonces salté.

Me dio un subidón de adrenalina y dejé de ser el vulnerable Carson Phillips. No sé quién coño era.

—¡Sentaos ahora mismo! —les ordené. Fui tan brusco que les asusté. No sabían qué hacer y se limitaron a seguir mis instrucciones. Yo tenía la palabra, y no pensaba soltarla. Tantos años soportando su mierda me habían llevado hasta aquí y me salió la vena *Dante's Peak* delante de sus narices—. ¡Llevas años puteándome con tu bastón de mando, Claire! —le grité con toda mi alma. Todavía no sé de dónde

saqué esas palabras—. ¡Me has condenado al más humillante de los ostracismos con tu puto bastoncito durante demasiado tiempo! ¿No crees que vayan a creerme? ¡Conseguiré que me crean! ¿No te parece que los alumnos de este instituto solo esperan la más mínima excusa para volverse contra ti?

Los ojos de mi público se abrieron hasta alcanzar el tamaño de los testículos de una ballena.

—Todos me odian, es cierto —continué—, pero eso es porque soy el único habitante de esta ciudad con un cociente intelectual más alto que el número que calzo, y no me corto a la hora de recordárselo a todo el mundo. Así que, venga, sigue intentando manipularme, cielo. Pero te advierto que no me voy a dejar intimidar. No tengo nada que perder y sí mucho que ganar, ¡y esta vez ninguno de vosotros va a detenerme!

Todos se quedaron pálidos como la cal. Estaban más pálidos que la primera fila de la Convención Nacional Republicana. Los tenía bien agarrados, ¡por fin! Pero continué con mi espontánea *performance*. Me coloqué detrás del escritorio y agarré los primeros papeles que pillé.

—¿Quieres algunos ejemplos? ¡Aquí tengo unos cuantos! —dije, y empecé a tirarles papeles—. Poesía, narraciones breves, artículos, guiones, novelas, ¡de todo! Podéis escribir lo que os dé la gana, siempre y cuando sea original y me lo entreguéis cuanto antes. ¡Escribid sobre lo mucho que me odiáis! ¡Contad detalladamente lo mucho que deseáis verme muerto! ¿Vale? ¡Y AHORA LARGAOS TODOS DE MI PUTA CLASE!

Con todo el veneno que corría por mis venas en ese momento, no me resulta fácil

recordar lo que pasó después, pero sé que todos salieron corriendo de allí como ratones.

Unos minutos más tarde, mi alter-Hulk se fue desvaneciendo y volví a ser el de siempre. Mi corazón seguía acelerado y me caían gotas de sudor por la espalda. Estoy seguro de que el sexo no puede dejar una sensación tan maravillosa como la que yo sentía en ese momento.

—¿Malerie? —pregunté, todavía bajo los efectos del shock. Eché un vistazo a mi alrededor, pero estaba solo. Había logrado asustar incluso a Malerie; se había marchado con los demás. Vaya.

Me dirigí al diagrama del Clovergate y arranqué todas las fotos. En su lugar escribí, con aire triunfal: «Revista literaria del instituto Clover: abierto el plazo para entregar colaboraciones».

Northwestern, prepárate: el año que viene llega Carson Phillips... ¡y está muy loco!

24 de octubre

Este fin de semana he tenido un sueño maravilloso. Estaba en un ascensor que subía y subía. Me preguntaba si en algún momento dejaría de subir.

Era algo mayor de lo que soy, pero no estoy muy seguro de qué edad tenía exactamente. Todo estaba algo más oscuro de lo habitual porque llevaba unas gafas de sol de marca. Al mirar hacia abajo vi que llevaba un elegante traje a medida.

Las puertas del ascensor se abrieron, y estaba en la redacción de *The New Yorker*.

Todo el mundo se volvía loco al verme. Al principio estaba algo confuso. Acababa de ver la ropa que llevaba puesta, así que ya sabía que no era uno de esos sueños en los que te ves desnudo en público. Iba por un pasillo y todos los empleados se acojonaban a mi paso. Entonces lo entendí todo: ¡me temían porque yo era su jefe! Me sentía como Miranda Priestly en *El demonio viste de Prada*.

—Lo siento mucho, señor Phillips; no le esperábamos hasta el mediodía —me decía Remy. Estaba nerviosa y llevaba puestos unos auriculares con micrófono: era mi recepcionista—. ¿Quiere que cambie su cita con el presidente Maddow?

Lancé un hondo suspiro.

—Dije que llegaría antes de lo habitual. ¿No quedó suficientemente claro? El director de la revista tendría que poder ir y venir a su antojo sin verse expuesto a la incompetencia de sus empleados —le dije.

Era el director de la revista, y era un auténtico capullo. ¡Fantástico!

—Señor Phillips, aquí tiene su café —decía Claire, corriendo a mi encuentro con una humeante taza.

—¿Está como a mí me gusta, Mathews? —le pregunté, sin dignarme siquiera mirarle a la cara.

—Sí, señor —respondió—. Café de Mongolia recién molido, con dos cucharadas de nata suiza y un terrón de su edulcorante bajo en calorías y anticancerígeno favorito, y un golpe de Jack Daniel's.

—Gracias —le dije a Claire.

Le di un trago y, acto seguido, arrojé el resto a la cara de Remy.

—Me lo merecía —dijo Remy—. También han llamado de casa de su madre, señor. Parece que ha despertado del coma.

—Pues díles que vuelvan a subir la dosis —mascullé—. Les pago para que la mantengan en coma.

Luego entré en mi despacho abriendo bruscamente la puerta de doble hoja. Remy y Claire tenían prohibido entrar allí conmigo.

Mi despacho era tan grande como un país pequeño. Había columnas de oro y un gran piano. ¡Si ni siquiera toco el piano! Las paredes estaban cubiertas de diplomas de doctorados honoríficos y fotografías en las que yo posaba con aire aburrido con

entusiasmados presidentes y primeros ministros y con Madonna.

Las ventanas del despacho iban desde el suelo hasta el techo y tenían las mejores vistas de la ciudad de Nueva York. Desde allí podía ver el Empire State, la Estatua de la Libertad, el edificio Chrysler, Central Park, el East River, el Hudson, a Barbara Walters y Times Square. No estoy muy familiarizado con la geografía de la ciudad, pero estoy casi seguro de que debía de ser el único despacho con unas vistas como esas.

Sonó mi teléfono y contesté.

—¿Sí? Ahora no, Oprah. —Y colgué sin más miramientos.

—¡Hola, Carson! —dijo Malerie, entrando en mi despacho.

—¡Eh, Malerie! ¿Cómo está mi editora favorita? —le pregunté.

—¡Pues me va de lujo! —dijo ella—. Tu autobiografía, *Clovergate: el escándalo que dio paso a la leyenda*, sigue ocupando el número uno en las listas de los más vendidos, ¡y ya lleva noventa y siete semanas seguidas ocupando ese puesto! ¿Crees que puedes darme otro *best seller*?

Sonreí y miré por la ventana.

—Siempre.

Y entonces me desperté. Bueno, el sueño continuó con unos alienígenas travestidos que invadían la Tierra y acababa conmigo perdiendo una partida contra Margaret Thatcher en el limbo en una habitación llena de hurones, pero me limité a ignorar esa parte.

Aunque no me creo capaz de arrojar el café a la cara de nadie (¡ni de colgarle el teléfono a Oprah Winfrey!), aquello fue mucho más que un sueño: era mi objetivo. Y a juzgar por lo que sucedió en el instituto hoy, ese objetivo era un futuro más que posible.

Claire y Colin debían de haber pasado ya el mensaje a las animadoras y a los atletas, porque la fila de gilipollas malhumorados que hacían cola en el aula de periodismo al acabar las clases para entregar sus colaboraciones llegaba hasta más allá de la puerta.

—Claire dijo que no llegaremos a ser buenas animadoras si no tenemos cultura y nos obliga a escribir para tu revista —me dijo una animadora.

—El entrenador nos obliga a escribir para ti porque dice que no podemos vencer a otro equipo si no somos más listos que ellos —me dijo un jugador bizco.

Las colaboraciones eran breves y estaban escritas a toda prisa, pero eso no importaba. ¡Cuando lo vieran los de la Northwestern verían que soy capaz de animar a escribir a alumnos de toda clase! ¡Era exactamente lo que necesitaba!

Estaba deseando enseñárselas a la abuela después de clase y contárselo todo.

—Así que estoy chantajeando a todo el instituto para aumentar mis posibilidades de entrar en la universidad de mis sueños —le conté en cuanto entré en su habitación

—. ¡Estoy encantado! ¿Quién habría pensado que uno de mis mayores logros en la vida sería de índole delictiva?

—Fuera de aquí —dijo la abuela, con los ojos muy abiertos.

—No, ¡hablo en serio! —le expliqué en tono jovial—. Llevo todo el día recibiendo colaboraciones de gente...

—No, ¡lárgate! —gritó la abuela, señalando hacia la puerta—. ¡Fuera! ¡No te conozco! ¡Sal de mi habitación!

—¡Oh! Hoy no, abuela. Por favor, no me hagas eso; hoy no...

—¡Fuera! —insistió—. ¡Enfermera, hay un extraño en mi habitación! ¡Enfermera!

A la abuela le pasan estas cosas de vez en cuando.

—Vale, ya me voy —le dije, y me dirigí a la puerta—. Nos vemos mañana.

—¡Fuera! —me gritó una última vez. Y todavía, mientras avanzaba por el pasillo, la oía gritar desde la habitación—. ¡Fuera! ¡Fuera!

Ya es bastante difícil ir a verla todos los días y encontrarme con que no me reconoce, pero ser considerado un extraño por la persona a la que más quieres en el mundo te rompe el corazón en mil pedazos.

Había estado en el séptimo cielo todo el día hasta ese momento. Pero cuanto más alto subes, más dura es la caída.

Llegué a casa antes de lo habitual y me encontré a mamá en el sofá (¡qué sorpresa!).

—Llegas pronto —me dijo.

—La abuela tiene uno de sus días —le expliqué.

—Oh —exclamó mamá. Normalmente se siente culpable cuando alguien le habla de la abuela—. Por eso yo ya no voy a verla; no puedo soportar verla así.

Asintió con la cabeza mientras pronunciaba esa pésima excusa.

—¿Por eso? —dije entre dientes. La verdad es que no le gusta visitar a la abuela porque le hace sentir culpable, y ese es un problema que no resuelve ninguna de sus pastillas.

—¿Qué tal te ha ido en el instituto? —me preguntó.

—Bien —respondí—. Estoy chantajeando a todos los alumnos del centro para aumentar mis posibilidades de entrar en la Northwestern.

—¿La Northwestern?

—Es el lugar en el que estaré estudiando el año que viene por estas fechas —le recordé.

—¡Oh! —exclamó. Se quedó mirando la mesita de café con tristeza—. Siempre olvido la edad que tienes. Supongo que hasta mi niño tiene que crecer.

Solo mi madre puede hacerme sentir una frustración infinita y, a la vez, darme

lástima.

—¿Y a ti qué tal te ha ido? —le pregunté, aunque no daba la impresión de que hubiera hecho gran cosa.

—Bien. La jueza Judy ha echado a patadas de su sala a un señor por presentarse sin pantalones, y Ellen le ha regalado al público un montón de Xboxes.

—¿Y eso es todo?

—Sí, más o menos —dijo, en tono melancólico—. Oh, y después de Anderson llegó el correo.

¿Por qué no lo había dicho antes? Había un montón de cartas sobre la encimera y fui inmediatamente hacia ellas. Sentía revolotear las mariposas en el estómago mientras revisaba los sobres, pero no había nada para mí.

Habría sido irónico que ya me hubieran admitido y me hubiera metido en este jardín para nada; todavía existía esa posibilidad. Sería una buena anécdota para contar con un cóctel en la mano en la inauguración de una exposición de uno de mis futuros vecinos en pleno centro de Manhattan.

Basta, tengo que dejar de hacer planes con personajes ficticios. No puede ser muy saludable establecer relaciones con gente que no existe.

Me pasé la mayor parte de la tarde preguntándome si debería incluir una sección de «miscelánea» en la revista literaria. Aunque

estoy encantado de recibir cada día más colaboraciones, tengo que decir que los adolescentes están pirados; no sé cómo clasificar la mitad de estas cosas. ¿Es poesía? ¿Es escritura creativa? ¿Es siquiera humano?

Una chica ha escrito un artículo en el que explica que algún día se casará con Justin Bieber, y tengo la impresión de que habla completamente en serio. Parece ser que va a su casa todos los fines de semana y se lo queda mirando desde el coche durante horas.

Vamos a ver, reina, ¿estás de coña? ¿De verdad crees que va a salir de su casa, te va a ver allí y se va a acercar para decirte: «Me he fijado en que llevas meses observándome y creo que me he enamorado de ti»? ¡NO! ¡Das miedo, tía! ¡Mueve tu culo de acosadora, vete a casa y enciérrate allí!

¿No os hace desear que los padres siguieran abofeteando a sus hijos? En serio, ¿dónde están los padres de esta chica y por qué no están haciendo su trabajo? Ser joven no es lo mismo que estar como una puta cabra.

Pondré este artículo en el montón de «ecos de sociedad» por su propio bien. Pirada.

Un par de horas más tarde, Justin Walker se asomó por la puerta del aula de periodismo. Parecía un cachorro extraviado y traía un solo folio en la mano.

—¿Es aquí donde se supone que tengo que entregar algo para tu revista literal? —me preguntó.

—Es una revista literaria, y sí —respondí.

—Gracias a Dios. Llevo horas buscando esta clase, colega —dijo Justin—. Ni siquiera sabía que existía.

—Sí, es complicado —dije en tono sarcástico—. Deberían poner numeritos en las puertas o algo así, ¿verdad?

—O un puesto de información, como en el centro comercial —apuntó Justin. Echó un vistazo a su alrededor con aire fascinado—. ¿Vives aquí?

—Prácticamente —respondí. Me entregó el folio y le eché un vistazo. Hacía que los libros infantiles parecieran Charles Dickens.

—Gracias, Justin, veo que has escrito sobre los árboles... y la hierba... y dices que los dos son verdes —dije.

Justin suspiró y se encogió de hombros.

—Oye, escribir no es lo mío, ¿vale? Mi hemisferio dominante no es el occidental, ¿y qué?

—El hemisferio izquierdo —le corregí.

—¿Y eso qué es?

—Si tu hemisferio dominante es el izquierdo, eso significa que eres una persona creativa —le dije.

—Sí, bueno, eso tampoco. Soy lo contrario.

—Así que tu hemisferio dominante es el derecho.

—Sí —indicó Justin—. Además, soy diestro; esa es la prueba.

—Sí, la prueba irrefutable —confirmé, dándome por vencido. A veces, para conservar la propia cordura, es mejor darle la razón al idiota.

—Entonces, ¿se te dan bien las mates y las ciencias? —le pregunté, pero me arrepentí de inmediato—. Es lo habitual en las personas cuyo hemisferio dominante es el derecho.

Justin se quedó reflexionando intensamente. Parecía perdido dentro de su propia cabeza, que es como si un oso pardo se perdiera en un estudio de veinte metros cuadrados.

—No, la verdad es que eso tampoco se me da bien.

—Y entonces, ¿qué es lo que se te da bien? —le pregunté. No pretendía que sonara como sonó, pero soy de naturaleza borde, así que no intenté arreglarlo.

Justin se cabreó, y agitando los brazos en el aire, me dijo:

—Sé lo que estás pensando, porque es lo mismo que piensa mi tutor, el director Gifford, y todos los ojeadores que vienen a los partidos. Pero no soy solo un deportista corto de entendederas con malas notas, ¿vale? Hay muchas más cosas en mí.

Asentí con la cabeza sin reservas para intentar arreglarlo un poco.

—¿Como cuáles? —le pregunté.

Me miró como si acabara de preguntarle por la capital de Turkmenistán. No fue capaz de responder.

—Creo que deberías averiguarlo —comenté en el tono más amable que pude—. Tienes que demostrarle al mundo quién eres antes de que el mundo lo decida por ti, Justin. De lo contrario, acabas siendo víctima de alguien que no eres tú.

Le llevó un rato entender lo que le estaba diciendo, pero sé que al final lo pilló.

—Como cuando entré en el equipo de fútbol americano para ser *linebacker* central y acabé siendo *quarterback* —dijo Justin—. Yo no quería toda esa presión. Debería haber dicho algo, pero no quería cabrear a mi hermano. Seguimos compartiendo el baño.

—Mmm... —murmuré. Yo no había hablado de fútbol; en ese momento temí haber arruinado la vida de aquel chico para siempre—. Exacto.

—Gracias, tío —dijo Justin, y adelantó su puño hacia mí. Hice amago de esconderme debajo de la mesa, temiendo que fuera a darme un puñetazo, pero solo quería que chocáramos los puños. Tras el choque, su puño hizo algo así como una explosión y Justin le añadió un efecto sonoro.

¿Significaba eso que había ganado yo? ¿Era un juego? ¿Por qué los deportistas se pasan la vida haciendo juegucitos?

—¿Vendrás a verme jugar algún día? —me preguntó mientras se dirigía hacia la puerta.

Estuve a punto de decir: «Preferiría meter los huevos en un molinillo», pero no está bien ser cruel con personas que tienen necesidades especiales, así que me limité a decir:

—¡Quién sabe! —Quise morderme la lengua, pero no pude contener el fuerte impulso que me obligó a añadir—: Ah, Justin, y mantén los ojos bien abiertos; el baño no es lo único que compartís tu hermano y tú.

Soy un imbécil. Pero habíamos tenido un momento de complicidad, ¿cómo no iba a decírselo?

Justin se quedó pensando con visible esfuerzo una vez más.

—Tío, no me estarás diciendo... —dijo, y parecía que le acababa de romper el corazón.

—¡Yo no te he dicho nada! —le dije. «¡Mierda! ¡Esta vez la he cagado pero bien!»

—Esas Nike son *vintage* —gritó Justin—. ¡Le dije a ese gilipollas que no se las pusiera!

Y salió del aula hecho una furia.

Exhalé un hondo suspiro de alivio. Yo y mi boca de chancla. ¿Por qué siempre me quedo a un milímetro de arruinarme la vida? Me pregunto hasta dónde podría llegar si no me tropezara conmigo mismo a cada paso.

25 de octubre

Esta tarde estoy algo avergonzado. Uno de los jugadores vino hace un rato y me entregó una colaboración para la revista. Pensé que era un inocente poemita sobre su perro, pero después de reflexionar un poco, he llegado a la inequívoca conclusión de que en realidad habla de su polla.

Una vulgaridad. En fin, dejaré que seáis vosotros quienes lo juzguéis. Lo voy a incluir en la revista; no puedo permitirme el lujo de ser exigente con la selección. Me estoy quedando sin tiempo para organizar el material y enviarlo a la Northwestern junto con mi nueva solicitud.

Remy vino también hoy para entregar su colaboración. Os juro que esta chica me toca las narices más que cualquier otro alumno del instituto. Ya solo su forma de caminar, como si fuera la más lista de todo el puto planeta, me molesta. «No en mi aula, Bilbo.»

—Aquí tienes un relato para tu estúpida revista —me dijo, poniendo los ojos en blanco.

—Gracias, Remy —le contesté. Ni siquiera me molesté en buscar una réplica ingeniosa. Después de haber chantajeado prácticamente a toda la gente que conozco, hoy he decidido intentar pasar página. Estoy procurando ser lo más amable posible con mis víctimas. (Creo que tengo la lengua llena de cicatrices precisamente por eso.)

—La verdad es que tengo cosas mucho mejores que hacer con mi tiempo, ¿sabes? —me dijo Remy.

—¿Como encontrar «tu tesoro»? —se me escapó. Ya os dije que estoy intentando ser amable; pero no siempre lo consigo.

—Muy gracioso, capullo —dijo Remy, entregándome su relato—. No es que sea mi mejor contribución a este mundo, pero te servirá. Me alegro de que tu revista no vaya a llegar a manos de nadie importante. No me gustaría ser recordada como la autora de un mediocre relato.

—Y yo me alegro de haberte pillado de tan buen humor —le dije.

Le eché un vistazo al relato. Era evidente que no se había esforzado demasiado. En eso Remy siempre me recuerda a mí: es perfeccionista hasta la exageración.

—¿Y cómo quieres ser recordada exactamente? —le pregunté—. ¿O realmente te gusta esta imagen de bruja estirada?

—Me gustaría ser conocida como alguien a quien no le gusta perder el tiempo —dijo Remy, lanzándome una mirada llena de furia—. Nunca he logrado entenderte, Carson. Siempre nos hemos parecido mucho. Trabajas tan duro como yo, los dos sacamos buenas notas... ¿Por qué lo haces?

—¿Y esto te parece una pérdida de tiempo? —repliqué—. ¿Buscar dentro de ti y crear algo original y único, nacido exclusivamente de tu imaginación, te parece una

pérdida de tiempo? Bien, pues creo que eso es exactamente lo que nos distingue.

—Lo que tú digas —dijo, y se fue hacia la puerta—. Tengo que volver al anuario. Los recuerdos no se crean solos.

—En realidad, sí —contesté, y la miré como si estuviera loca—. Pero supongo que lo que quieres es que todo el mundo recuerde esa hipersaturada versión de ti.

—Perdona, pero a mí me gusta llevar un seguimiento de mis méritos, ¿vale? —explicó Remy—. Alguien tiene que hacerlo.

Creo que había mostrado un poco más de desesperación de lo que le hubiera gustado. Por suerte no somos amigos, porque de lo contrario podría haberle preguntado lo que quería decir y me habría pasado cuatro horas escuchando sus problemas con papá y mamá.

—¿Sabes, Remy? Si te pasas la vida exagerando tus méritos, nunca sabrás cuáles son los verdaderos.

Hizo un ruido con la nariz y se marchó.

Me puse a pensar cuando Remy se fue. Dentro de diez años... No es que me importe, pero me pregunto cómo me recordarán a mí. ¿Como ese pelma del periódico que se pasaba la vida inventándose tareas para justificar su existencia? ¿O finalmente me verán como ese chico obstinado que se dejó la piel para alcanzar sus objetivos?

¿Recordarán la etapa del instituto como los mejores años de su vida? ¿O recordarán a toda la gente a la que hicieron daño y a la que pisotearon para conseguir una cierta posición?

Si comparas un libro de historia de Estados Unidos con uno de historia del Reino Unido, seguro que describen la década de 1770 de formas muy diferentes. Y si cogieras el anuario de Remy y un anuario hecho por mí, seguro que parecerían anuarios de distintos institutos. Supongo que no existe una única historia; esta se hace con retales de cómo una mayoría percibe los acontecimientos.

Y hablando de percepciones, le enseñé el poema a la abuela al terminar las clases. Aunque no sabe quién soy, estuvo de acuerdo conmigo en que el poema hablaba de un pene.

26 de octubre

Es viernes y he tenido la mala suerte de asistir a otra reunión del consejo estudiantil al terminar las clases. No os pongáis celosos.

—Tenemos que buscar un sitio para el baile de graduación —dijo Claire, dirigiéndose a su corte de bufones—. Había pensado en el Quail Gardens, ¿qué os parece?

—¿Y qué tal el Motel 6, en la autopista? —dije—. Todo el mundo va allí después del baile, ¿me equivoco?

Me reí la gracia. No sabía muy bien a quién iba dirigida la broma; esta gente nunca ha sido muy partidaria de mis chistes.

—¿Alguien se opone a que lo hagamos en Quail Gardens? —preguntó Claire, ignorándome por completo. A nadie se le ocurrió ninguna alternativa.

—¿El Quail Gardens no está en medio del campo? El baile de graduación suele celebrarse al principio del verano, así que aquello estará lleno de bichos —señalé—. Creo que el comedor del instituto nos saldría más barato y sería una opción mucho más inteligente.

No es que pretendiera ponerle pegasa a todo. Cuando estaba en segundo, los de cuarto celebraron su baile de graduación en el Quail Garden y oí que muchos se quejaban de la cantidad de bichos que había. Cuando revelaron todas las fotos parecía que les habían puesto uno de esos filtros tan cursis con pequeños destellos, pero esos «destellos» eran en realidad mosquitos inmensos que infestaban el local en esa época.

—Pues en el comedor del instituto, entonces —dijo Claire, con un hondo suspiro—. Necesitamos un tema.

—¿Qué tal algo relacionado con los cuentos de hadas? —sugirió Remy, que no quería dejar pasar la oportunidad de aportar su granito de arena—. Sería muy fácil montar un decorado en plan Cenicienta para las fotos.

—¡Oh, sí! Me encanta Rapunzel —dijo Scott.

Ya me conocéis, no me puedo resistir a intervenir siempre que tengo ocasión.

—No sé yo si a todos los alumnos les va a gustar ese tema —dije—. Hablo sobre todo de la parte masculina. Deberíais buscar un tema relacionado con una época histórica, como los locos años veinte, o algo así.

Se miraron unos a otros en silencio, guardándose sus objeciones.

—Lo de los veinte me parece bien —dijo Claire.

—Genial —añadió Justin.

Finalmente aceptaron mis sugerencias, y eso me molestó bastante.

—¿Por qué dejáis que yo tome todas las decisiones? —les pregunté—. Era mucho más divertido cuando tenía que discutir con vosotros.

—¿Nos obligarás a escribir más si lo hacemos? —preguntó Nicholas en tono

cortante.

—Ya que sacas el tema —dije—, la revista está quedando muy bien. Solo me faltan unas cuantas colaboraciones más.

Miré a Claire, a Nicholas y a Scott.

—Agnes Saunders, una de las señoras que trabaja en la cocina, se retira el mes que viene —dijo Claire, cambiando de tema—. Nos han dado cincuenta dólares para hacerle un regalo de despedida. Estaba pensando en unos cuencos, o un grill, ¿qué os parece?

—A mí me parece bien —dijo Remy.

—Quizá podríamos añadir un especiero —sugirió Scott.

—¿Le vais a regalar menaje de cocina a una señora que lleva veinte años preparando almuerzos escolares? —pregunté con incredulidad.

—Parece lo más adecuado —dijo Nicholas.

—Es como ponerle herraduras nuevas a un caballo muerto —dije sin más contemplaciones—. Podríamos regalarle un día en un spa o algo que pueda disfrutar y no le recuerde todas las horas que ha tenido que pasar en la cocina a lo largo de su carrera.

—Muy bien, un día de spa para la señora de la cocina; anotado —dijo Claire visiblemente irritada.

No sé por qué se enfadan tanto conmigo. Deberían agradecerme que esté aquí para decirles lo estúpidas que son sus ideas.

—El lunes 5 de noviembre tenemos una reunión con el director y el inspector después de las clases —dijo Claire, enunciando el último punto de su lista—. Suelen convocar este tipo de reuniones justo antes de aprobar alguna norma nueva.

—Mi hermano asistió a una de esas reuniones cuando estaba en el consejo de estudiantes —dijo Justin—. Fue cuando prohibieron las mochilas transparentes.

—Todo será más fácil si nos limitamos a sonreír y a escuchar —dijo Claire.

Todo el mundo se volvió hacia mí con el ceño fruncido.

—Haré gala de mi mejor actitud —dije. Dios, qué gente tan difícil.

29 de octubre

Estaba sentado al ordenador en el aula de periodismo después de las clases (decidí adelantar y picar todas las colaboraciones para la revista) cuando llegó Dwayne. De repente, el aula olía como un concierto de Bob Marley.

El humo que salía de aquel chico me hizo desear someterlo a una prueba de smog humano.

—Tíiiiiio —dijo Dwayne, alargando mucho la primera vocal.

—Síiiii —le respondí, acomodándome a su ritmo.

—He escrito una cosa, tío —me dijo—. ¡He escrito algo para ti!

Tenía los párpados tan entornados que casi parecía sonámbulo. Me entregó un artículo escrito bajo la influencia de la marihuana.

—Gracias, Dwayne —le dije. Hasta el papel olía a marihuana.

—Gracias, tío. Gracias por tocarme tanto las pelotas. Me lo he pasado muy bien.

—¿Cómo? —le pregunté. No sé por qué intentaba encontrarle un sentido a un ser tan absurdo.

—Me has abierto los ojos, tío —dijo Dwayne con los ojos cerrados—. Todo esto de escribir, la verdad es que mola. Normalmente no tenemos muchas ocasiones para escribir en el insti, ¿entiendes lo que quiero decir?

Volví a mirarlo. ¿Hablaban en serio?

—¿Y en la clase de periodismo tampoco? —le pregunté—. Llevo todo el año intentando que escribas algo.

—Ah, sí —dijo—. Supongo que para mí eso no era escribir. Más bien pensaba que era aburrir. —Se descojonó—. ¿Lo coges? ¡Como lo que había escrito en la carroza del desfile! El caso es que ha sido todo un viaje, tío. Una evasión total.

—Ah —dije—. Bueno, si te ha parecido que escribir es como un viaje, deberías probar a leer, Dwayne.

—Leer, ¿eh? —dijo Dwayne—. Nunca he sido muy aficionado a la lectura.

—Lo comprendo —dije—. Pero ¿sabes que hay una diferencia entre leer y «leer»?

—¿En serio? —preguntó Dwayne, abriendo un poco los ojos.

—Ooooh, sí —me burlé abiertamente de él—. Deberías probar. Cualquiera puede leer un libro, pero poca gente sabe «leer» un libro. A veces el autor escribe una cosa, pero en realidad quiere decir otra.

¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Jo, tío, ahora mismo estoy flipando. Nunca me había parado a pensarlo —dijo Dwayne, y se frotó la cara con tal fuerza que pensé que se la iba a arrancar—. ¡Me voy a la biblioteca a sacar algunos libros! Hay biblioteca aquí, ¿verdad?

—Sí. Y, para que lo sepas, allí encontrarás miles de maneras de evadirte, si eso es

lo que buscas. Maneras más saludables. Y la mayoría no dañan tus neuronas.

Dwayne se quedó con la mirada perdida un segundo, seguramente pensando en lo que acababa de decirle, o quizá la nave nodriza le estaba enviando una señal de que había llegado el momento de partir.

—Genial, tío, te veo luego —dijo Dwayne, y salió del aula. Bueno, primero se estampó contra una pared y luego salió del aula. Tonto del culo. ¿Por qué tengo la sensación de que algún día será candidato a la presidencia?

Esto sigue oliendo como una fiesta reggae. Creo que empiezo a notar dolor de cabeza. ¿Y por qué de repente tengo tanta hambre? Ahora mismo mataría por un sándwich de helado.

30 de octubre

De verdad que he estado intentando trabajar con Malerie esta semana. Está loca por publicar en la revista literaria, pero tiene problemas para entregar un relato que esté... en fin, escrito por ella. Así que todos los días, al terminar las clases, nos sentamos en el aula de periodismo y analizamos las distintas opciones.

—Muy bien, ¿qué te parece esta? —me dijo, sacando unos papeles de su carpeta de Hello Kitty—. Va de un asqueroso pedófilo que vive en una fábrica de golosinas y tiene esclavos enanos.

—Eso es *Charlie y la fábrica de chocolate* —le dije tras leer las cinco primeras palabras.

—Oh... —exclamó hecha polvo— Vale. Tengo otra. Esta es completamente original. Es de un huérfano que no sabe que tiene poderes hasta que un hombre gigante y peludo lo lleva a un lugar mágico llamado...

—¿Hogwarts? —pregunté.

—¿Cómo lo has adivinado?! —inquirió, con los ojos tan abiertos que casi se le salían de la cara—. ¡Debes de haberlo leído ya!

—Yo y otros tres mil millones de personas. Es *Harry Potter*, Mal —le dije.

Malerie meneó la cabeza; nunca la había visto tan frustrada. Me miró muy seria a los ojos.

—Carson, ¿puedo enseñarte algo que no le he enseñado nunca a nadie?

—No tendrás que quitarte la ropa, ¿verdad? —pregunté algo temeroso.

Malerie miró a su alrededor para asegurarse de que nadie miraba. Incluso apagó su cámara (hasta ese momento no me había fijado en que estaba encendida). Metió la mano en su mochila y rebuscó dentro.

—Esto es algo que escribí hace algún tiempo —me dijo Malerie. Por fin encontró lo que andaba buscando y me entregó un ejemplar de *Los juegos del hambre*. Sí, lo habéis leído bien.

—Malerie, esto es un ejemplar de *Los juegos del hambre* —le dije—. Tú no has escrito esto, lo escribió Suzanne Collins. Lo dice en la cubierta.

—Eso es lo que quieren que pienses —dijo Malerie—. Durante los Juegos Olímpicos de 2004 entré en la página web y dejé un comentario: «Estos juegos molarían mucho más si los deportistas no quisieran ir y se mataran unos a otros».

—Vale...

Era algo preocupante por diversas razones.

—Y algún tiempo después, alguien dejó un comentario dándome la razón —continuó Malerie—. Decía: «No podría estar más de acuerdo», y la persona que dejó el comentario era S. Collins.

Me froté las orejas y parpadeé con todas mis fuerzas, para asegurarme de que

estaba viendo y oyendo correctamente.

—Malerie, ¿me estás diciendo que Suzanne Collins se ha inventado una trilogía entera a partir de un comentario en Internet de veinte palabras escrito por una niña de diez años? —le pregunté, intentando traducir con la mayor fidelidad posible lo que me estaba contando. (He terminado adquiriendo cierta fluidez con el maleriano.)

Malerie cerró los ojos y asintió.

—Es algo que me lleva sucediendo toda mi vida. Cuando tenía trece años le enviaba poemas a una amiga inglesa que tenía en MySpace. Me los robó y lanzó un álbum poniéndoles música a mis palabras.

—¿En serio?

—Sí —dijo Malerie, y suspiró—. Ahora esa persona es conocida con el nombre de Adele.

Me dedicó la mirada más convincente que he visto en la vida. Por suerte Malerie no es capaz de interpretar las expresiones faciales, porque me quedé mirándola de un modo bastante grosero.

—¿Y todos esos autores que has copiado y que ya estaban muertos antes de que tú nacieras?

—Aún le estoy buscando una explicación a eso —alegó—. ¿Lo entiendes? Siempre has pensado que era yo la que copiaba a otra gente, pero, en realidad, yo siempre he sido la víctima. Por favor, no le cuentes a nadie mi secreto; ya he sufrido bastante.

—Me hago cargo —dije, rascándome la cabeza. Volvió a encender la cámara.

—Me alegro de haber podido aclarártelo —dijo Malerie—. Sentía que era algo que obstaculizaba nuestra amistad, y no sabía cuánto tiempo más iba a poder ocultártelo. Me siento muy aliviada.

La cabeza me estuvo dando vueltas unos minutos después de aquello. Tengo que admitir que la idea de que Roald Dahl, J.K. Rowling, Suzanne Collins y Adele hubieran robado a una Malerie Baggs de diez años era lo más interesante que había oído en varias semanas.

—Malerie —le dije—, quiero que vayas a casa, cojas tu historia favorita, tanto si la has escrito tú como si la ha escrito otra persona, y cambies alguna que otra palabra. Cambia el sexo de los personajes, los nombres de las ciudades, incluso el periodo de la historia en el que esté ambientada.

—¿Y por qué voy a hacer algo así con una de mis obras maestras?

—Porque si lo haces podré publicarla en la revista literaria —le dije, y su rostro se iluminó—. Al hacerlo, la convertirás en una especie de sátira, y eso es algo perfectamente legal. Normalmente la sátira incluye cierta crítica social y algo de humor, pero vivimos tiempos desesperados, así que afina la puntería.

Malerie saltó de alegría.

—¡Es alucinante! ¡Tengo que irme a casa y ponerme manos a la obra! —Recogió sus cosas y se fue hacia la puerta—. Gracias, Carson, tú me has devuelto lo que otros me habían robado.

Hizo una pausa dramática de casi un minuto antes de salir por la puerta.

Dios, espero que el Estado le proporcione un buen abogado algún día y rezo para que nunca me llamen como testigo. Ese juicio es inevitable.

Más tarde, de camino a mi coche, vi a Vicki sentada sola en el patio, escuchando música en su iPod. Se la oía cantar a varios metros de distancia. Odio hablar como un anciano, pero ¿a eso lo llaman música?!

—Eh, Vicki. ¿Tienes algo para mí? ¿Algo que pueda encajar en una revista literaria?

Me miró con esa maldad marca de la casa.

—Relájate, te va a acabar saliendo sangre del culo —me espetó, y cogió el bolso que tenía al lado. Se le bajó un poco uno de los mitones y vi que tenía cicatrices en la muñeca: ¡Vicki se hace cortes!

No pude evitar tragar saliva.

—Vicki...

Ella se dio cuenta de inmediato y se puso bien el mitón.

—Aquí tienes mi colaboración —dijo, entregándome un folio. Se levantó y comenzó a alejarse de mí a paso ligero.

Fue uno de esos momentos en que querrías ayudar, pero no sabes cómo. Se te vienen a la cabeza un millón de cosas que querrías decir, pero no las dices porque temes no ser la persona más indicada

para hacerlo. Yo sabía que era la última persona en el mundo que podría hablar con ella, pero a tomar por saco la ética, lo dije de todos modos.

—¡Vicki, espera! —le dije, y fui tras ella—. ¿Necesitas hablar con alguien?

—Que te den por culo —dijo, y aceleró el paso.

—Oye, puede que no sea un experto en lo que sea que te está pasando, pero tiene que haber una forma mejor de lidiar con ello que hacerte daño a ti misma.

Vicki se detuvo y se volvió hacia mí. Tenía los ojos llenos de lágrimas. No sabría decir si lo que sentía era vergüenza o incomodidad.

—Hay que tener los huevos cuadrados para venir a decirme lo que tengo que hacer con mi vida, Carson. Es mi vida, y cómo afronte mis problemas es asunto mío, ¿te enteras?

—Vale... Lo siento... —Fue todo cuanto pude decir. Vicki se marchó, pero yo me quedé ahí parado.

Me dio mucha pena (y eso que pensaba que era incapaz de sentir empatía). Tampoco pude evitar sentirme agradecido por no haber acabado de esa manera. Por

muy cuesta arriba que se me hayan puesto las cosas, creo que nunca se me ha pasado por la cabeza hacerme algo así a mí mismo.

Pero ¿quién sabe lo que estaría pasando esa chica? ¿Quién sabe lo que estaría sucediendo realmente? Después de miles de años viviendo en este planeta la raza humana debería haber elaborado una especie de manual para adolescentes, un libro en el que se les explicara cómo sobrevivir a la adolescencia y donde pudieran encontrar ayuda para resolver sus problemas. Pero aquí seguimos, apañándonoslas como podemos.

Eso me recuerda algo que decía la abuela cuando veía a un indigente en la calle: «De no ser por la gracia de Dios, podría ser yo».

31 de octubre

Me he pasado la mayor parte de la noche de Halloween mariconeando con los gais. (Siempre he querido decir eso.) Os lo voy a contar...

Una vez más, nadie me invitó a ninguna fiesta de Halloween. Tampoco es que haya tenido nunca mayor interés; después de lo del desfile, la idea de disfrazarme no me seduce demasiado. Y de todos modos tenía mucho trabajo con la revista. Me queda menos de una semana y voy de culo para terminar con esta mierda.

Había olvidado por completo que era Halloween hasta que Nicholas y Scott me hicieron una visita en el aula de periodismo. Iban disfrazados de Batman y Robin. Y no estoy hablando del dúo dinámico de las espantosas películas de los años noventa, estoy hablando de Adam West y Burt Ward en los sesenta. No tengo gayradar, pero ¡DING DING DING DING!

—Un momento, ¿esto está pasando de verdad o me he vuelto a quedar dormido sobre la mesa? —dije en cuanto los vi entrar.

—Qué gracioso —dijo Nicholas—. Es Halloween, gilipollas.

—¿Y tú de qué vas disfrazado? —me preguntó Scott—. ¿De Gloria Alfred, la abogada feminista?

Nicholas y Scott se miraron y se echaron a reír como un par de histéricos.

—¿Venís a mi clase vestidos así a reiros de mí? Me parece que no.

—Entreguémosle las colaboraciones y larguémonos de aquí —le dijo Scott a Nicholas.

—Perfecto —dijo Nick.

Me entregaron sus trabajos con aire resentido.

—Gracias, señoras —les dije. No tenía ni idea de que eso les iba a molestar tanto. Nicholas estuvo a punto de lanzarme un pupitre.

—¡Eso no tiene gracia! —gritó.

—No vale la pena, Nick —dijo Scott—. Venga, vamos a ponernos hasta las cejas de calabazatinis en casa de Claire mientras vemos *El retorno de las brujas*.

—No tienes ni idea de lo que me has hecho pasar esta última semana —dijo Nicholas, señalándome con el dedo. Estaba muy nervioso. De repente me invadió ese sentimiento de culpa que tuve hace unos días.

Se fueron hacia la puerta, pero antes de que se fueran les grité:

—¡Lo siento!

Se volvieron hacia mí como si lo hubieran imaginado.

—¿Qué? —dijo Nicholas.

No me extraña que se sorprendieran; creo que no he pronunciado esas palabras más de tres veces en toda mi vida.

—Lo siento —repetí para asegurarme de que me oían—. Desde aquella noche en

el baño le he dado muchas vueltas, y la verdad es que os debo una disculpa después de todo esto.

—No quiero oírlo —me dijo Scott—. Si me chantajeas una vez la culpa es tuya. Si me chantajeas dos veces, será culpa mía. Larguémonos de aquí antes de que me chantajee por tercera vez...

—Oye, ya es bastante difícil para mí tener que venir a este instituto, y no lo oculto —le expliqué—. Nunca me guardo nada, y aun así se me hace difícil aguantarlo. No puedo ni imaginar lo que debe de ser tener que aguantarlo y además mantener un secreto. Si he añadido más peso aún al que lleváis sobre los hombros, lo siento de verdad, pero me estáis ayudando mucho al escribir para la revista.

Se quedaron esperando un «pero», pero no hubo ninguno.

—¿Gracias? —dijo Nicholas, que todavía no estaba muy seguro.

—Es un detalle por tu parte, supongo —dijo Scott.

—Y para vuestra información, no pienso contárselo a nadie. Palabra de *scout*. Esta ciudad ya es bastante miserable conmigo, y no soy homosexual, solo un alumno brillante. —Me eché a reír porque lo dije un poco en plan de broma, pero fui el único que se rio. Vi la decepción en sus caras y se miraron con tristeza.

—No es solo esta ciudad, es este mundo —dijo Scott—. Quiero decir que, salvo en San Francisco y en Hollywood, en todas partes es un tema espinoso.

—Y yo no puedo mudarme a ninguno de esos dos sitios —dijo Nicholas—. Mi familia me desheredaría si se enteraran. Mi madre era miembro de una asociación contra el matrimonio homosexual. Lo de poner ese dibujo de una familia feliz en los carteles amarillos fue idea suya.

—¿Así que básicamente os estáis sacrificando por gente que ni siquiera es capaz de quereros? Yo diría que no merece la pena.

Scott gruñó y cruzó los brazos.

—Sí, ya hemos oído esas frasecitas hechas muchas veces —dijo—. Para los famosos y los políticos es muy fácil decir que se hace más fácil con el tiempo, pero en el mundo real, donde todos los días se mata a algún chaval por esto, nosotros lo tenemos un poco más difícil.

No tenía ningún derecho a decir lo que dije a continuación, pero precisamente por eso creo que hice bien en decirlo.

—Scott, esa es la gilipollez más grande que he oído en mi vida. Nadie dice que vaya a ser fácil. Puede que sea la cosa más difícil que tengáis que hacer en toda vuestra vida, y puede que algunos tengan que esperar y planearlo durante más tiempo que otros. Pero si te estás arruinando la vida porque vives en un entorno que no te acepta, y tú no intentas siquiera cambiarlo por otro donde sí te acepten, entonces serás el único culpable.

Se quedaron callados. Me encanta hacerle eso a la gente. No pretendía largarles

un sermón, pero si entras en mi aula, tendrás que escuchar lo que yo te diga.

—Puede que no tenga ni idea de lo que estoy hablando —continué, algo cabreado ahora—, pero todos formamos parte de una minoría que espera a que la mayoría se saque la cabeza del culo.

Miré la hora, eran casi las seis. Se me había pasado la tarde volando. Os juro que cuando me pongo a trabajar en la revista es como si entrara en una especie de agujero de gusano espacio-temporal.

—Vaya, me encantaría quedarme aquí todo el día, pero tengo una abuela con alzhéimer a la que me gustaría ver antes de que finalice el horario de visitas —les expliqué—. Que disfrutéis de vuestros calabazatinis.

Y entonces fue cuando prácticamente eché a los dos héroes de capa volandera; la primera vez en mi vida que tengo que echar a alguien de la clase de periodismo. Me habían hecho sentir culpable, triste y cabreado en solo cinco minutos, y odio que me hagan sentir cosas que no quiero sentir. Estaba listo para marcharme.

Todas las enfermeras de la residencia iban disfrazadas, algo que no debía de resultarles muy cómodo.

—¿Quién eres? —me preguntó la abuela nada más entrar.

—Tu nieto —le dije, preguntándome si iba a echarme otra vez.

—¿Por qué todo el mundo lleva esos ridículos disfraces?

—Es Halloween, abuela.

—Oh. Nunca me ha gustado la fiesta de Halloween. No me gusta que la gente se oculte detrás de una máscara.

—A mí me lo vas a contar —le dije. Ahí estaba: mi instituto definido en pocas palabras.

1 de noviembre

Prácticamente salté sobre mi madre cuando entró en casa con el correo. Sé que me estoy poniendo superparanoico, pero si existe la más mínima posibilidad de que me hayan admitido ya no quiero perderme la carta.

Por suerte, sé que no se me ha pasado, porque últimamente mamá insiste mucho en que hay que recoger el correo; debe de saber lo impaciente que estoy. Normalmente espera hasta que el cartero ya no puede meter nada más en el buzón y llama a la puerta. ¿Estará volviendo a la normalidad?

Revisé el correo como si alguno de los sobres tuviera dentro el diamante Hope. Solo había facturas y anuncios de lugares de vacaciones hortereras. La verdad es que no creo que me hayan admitido aún, y solo de pensarlo se me revuelve el estómago.

Cada día que pasa sin que llegue esa carta de admisión significa que tengo que poner mucho más empeño en que la revista quede bien. Esa revista literaria tiene que ser lo mejor que se ha inventado desde el corrector automático o estoy jodido.

Por suerte, ya va cobrando forma. Emilio (o Henry... lo que sea) ha echado hoy su colaboración por debajo de la puerta del aula de periodismo durante el horario de clase. No tengo ni idea de lo que eso significa; solo me gustaría que se hubiera molestado en cortar y pegar en un documento de Word el texto que ha obtenido con el traductor automático en lugar de imprimirlo directamente de Internet.

En fin, los mendigos no pueden permitirse el lujo de ser selectivos. Al menos eso le dará un toque étnico a la revista: un toque étnico completamente falso empaquetado y vendido por negocios que son propiedad de gente caucásica, pero menos da una piedra.

Imaginé que Claire sería la última en entregar una colaboración. Supuse que se pasaría a ver quién había entregado antes de ponerse manos a la obra. Y no hubo sorpresas, acerté de pleno.

La señorita Superioridad entró en el aula de periodismo a eso de las cuatro menos cuarto.

—Hola —le dije.

—Aquí tienes mi colaboración para tu revista.

—¡Genial! ¿Es sobre métodos anticonceptivos?

Vale, fue un chiste fácil, pero no pude resistirme. Fue como si le hubiera clavado un tenedor a Claire; prácticamente tuvo un berrinche.

—¿Sabes qué? —dijo—. Debe de ser genial tener planes para largarse a ver mundo, pero algunos no tenemos esa posibilidad. Algunos estamos condenados a quedarnos aquí y sacarle el mayor partido posible a esto. Así que perdóname por querer divertirme un poco en mi último año. Puede que no vuelva a tener otra oportunidad.

Fue dramática y directa. Era evidente que había ensayado esta respuesta, pero dudo que la hubiera preparado para mí. Creo que es más bien algo de lo que intenta convencerse ella misma.

Quería hacer una salida teatral, y debería haber dejado que se marchara sin más, pero últimamente estoy tan estresado que imagino que buscaba una excusa para discutir con alguien.

—¿Y por qué no tienes esa posibilidad? —le pregunté antes de que llegara a la puerta—. ¿Por qué estás condenada a quedarte aquí?

Se volvió hacia mí, pero no sabía qué responder. Odio sacar a relucir el pasado, especialmente cuando se trata de cosas que me da cierta vergüenza recordar, pero me vino a la cabeza algo muy significativo que tiene que ver con Claire.

—En segundo, en la clase de la señora McCoy, nos pusimos en círculo y contamos lo que queríamos ser cuando fuéramos mayores —rememoré—. Yo dije que quería ser premio Nobel de la Paz y tú que querías ser...

—Bailarina —contestó Claire. Me sorprendió que todavía se acordara.

—¿Y qué fue lo que te detuvo? —le pregunté.

Claire tuvo que pensarlo un momento.

—Todos se rieron de mí.

—Yo no me reí de ti. —Recuerdo que tuve ganas de echarme a reír, pero me reprimí. Supongo que ya entonces me pareció que reírse de los sueños de alguien era una de las cosas más crueles que una persona podía hacerle a otra.

Claire se quedó callada. Era evidente que estaba reflexionando sobre lo que le acababa de decir, y lo odiaba. El mayor miedo de Claire: alguien como yo dentro de su cabeza.

—¿En qué curso dejamos de creer en nosotros mismos? —le pregunté—. ¿En qué curso dejamos de creer, sin más? Alguien tiene que llegar a ser premio Nobel de la Paz; alguien tiene que llegar a ser bailarina. ¿Por qué no nosotros?

Salió precipitadamente del aula. Y esta vez no la detuve.

—No puedo ser el único que entienda eso... —me dije con tristeza.

Los jóvenes y los sueños son como bebés tortugas en la playa. Rompen el cascarón y tienen que arrastrarse como pueden hasta el agua antes de que un pájaro los cace. Todos tenemos la vista puesta en el agua, pero solo unos cuantos afortunados consiguen llegar hasta ella indemnes. La vida tiene la costumbre de lanzarse en picado sobre nosotros y arrancarnos las fuerzas y las creencias que nos motivan.

Pero estoy muy contento de que este bebé tortuga haya logrado esquivar a los pájaros.

Vale, ¿sabéis cómo sabe uno que está desbarrando de puro agotamiento? ¡Cuando hablas de ti metafóricamente comparándote con un bebé tortuga! ¡Dios, después de

todo esto voy a necesitar unas vacaciones!

Una vez haya picado el texto de Claire en el ordenador, la revista literaria estará oficialmente terminada, ¡y yo seré el orgulloso creador de lo que tiene que ser la octava maravilla del mundo!

¡Vaya par de semanitas! De haber sabido cuando empecé con este proyecto que acabaría inmerso en los problemas de todo el mundo, habría tenido mis dudas. En serio, ¿cuándo me he convertido en el psicólogo de toda esta gente? Estoy chantajeando a esos gilipollas, no criándolos.

Por mí se pueden ir todos a tomar por culo con el palo más afilado que encuentren en el bosque... pero ese es el quid de la cuestión: ¿estarán empezando a importarme? ¿Estoy empezando a ver a estos cretinos como a seres humanos y no como a crustáceos que me chupan la sangre? ¿Chantajear a la gente me ha convertido en una persona mejor?

Dios, espero que no.

2 de noviembre

Malerie y yo estábamos hoy pasando el rato en el aula de periodismo después de las clases (os juro que solo me faltan una almohada y una manta para convertirla en mi residencia oficial). Revisábamos montones de «sus escritos» para ver cuál podíamos encajar en la revista. Sigo ayudándola con esto de la «sátira».

Sonó mi móvil, lo cual no es nada habitual porque solo ha sonado dos veces desde que lo tengo. (Normalmente es mamá preguntándome si le puedo comprar ibuprofeno y una caja de juanolas cuando salga de ver a la abuela.)

—Yo es que apago mi móvil mientras estoy en el instituto para no oír que no suena —comentó Malerie.

Pero lo más sorprendente fue quién me llamó. Sinceramente, era la última persona en el mundo de la que esperaba tener noticias.

—¿Quién es? —me preguntó Malerie.

—Mi padre —respondí. Estaba tan alucinado que casi olvidé contestar—. ¿Diga?

—Eh, Carson —dijo mi padre—. No quería llamarte a estas horas; seguro que estás liado con los deberes y todo eso.

Era muy raro oír su voz. Me sentía un poco como si un familiar muerto me llamara para comunicarse conmigo desde el Más Allá.

—El caso —continuó, sin pararse siquiera a respirar— es que tengo muy buenas noticias que dartte. ¡Me voy a casar! ¡Ella se llama April y estamos esperando un niño! ¡Vas a tener un hermanito!

Estuve a punto de cagarme en los pantalones. Literalmente, casi dejé el suelo perdido con mi cagada.

—Tiene que ser una coña —fue todo cuanto pude decir.

—Sí, estamos muy contentos, gracias —dijo papá—. El caso es que April quiere conocerte, así que ¿podrías venir a cenar con nosotros un día de estos? Por ejemplo, esta noche a eso de las ocho.

No estoy loco por pensar que esta situación es un marronazo de los gordos, ¿verdad?

—Tengo que pensarlo —le dije. La cabeza me daba vueltas tan deprisa que ni siquiera sabía cómo me llamaba.

—Piénsatelo... La verdad es que te lo agradecería mucho —dijo papá—. ¡Espero verte pronto!

—Vale. —Colgué.

—¿Qué pasa? —preguntó Malerie.

Ni yo mismo estaba seguro, así que solo pude enumerar los puntos más destacados de lo que mi cerebro intentaba procesar.

—Por lo visto, mi padre se casa.

—¡Enhorabuena! —dijo Malerie, alzando la mano para chocar los cinco. Yo no respondí.

—Supongo —dije—. Quiere que vaya a cenar esta noche con su prometida y, en fin, futura madre de su bebé.

—¿Vas a ir? —me preguntó.

No tenía ni idea. Ni siquiera había pensado si iba a asistir a ese... evento.

—No estoy seguro. Las cosas entre mi padre y yo son algo complicadas porque no tenemos absolutamente ninguna relación. ¿Tiene sentido lo que acabo de decir?

—Desde luego —dijo Malerie—. Las cosas entre mi padre y yo también son bastante incómodas. En realidad no tiene ninguna relación conmigo, porque ni siquiera sabe que existo.

—Oh. Siento oír eso.

Lo de Malerie con su padre era todavía peor que lo mío. Ahora casi siento que estoy obligado a ir. Bueno, supongo que no será tan malo. Sería agradable comer algo que no haya salido del microondas, para variar, suponiendo que esa mujer sepa cocinar, claro.

Ahora entiendo que papá viniera para asegurarse de que mamá firmaba los papeles del divorcio. ¡Qué cabrón, qué calladito se lo tenía! Y no había pensado en mamá. ¿Cómo coño iba a soltarle esa bomba?

2 de noviembre (otra vez)

Están a punto de dar las doce y acabo de volver de la que ha sido una de las cenas más incómodas de la historia de la humanidad. Creedme, comparada con esta, la Última Cena fue un juego de niños.

Empezó conmigo ensayando frente al espejo del baño durante casi una hora lo que iba a decirle a mamá. La mejor forma que se me ocurrió de abordar el tema fue: «Mamá, ¿te acuerdas de ese episodio que no quisiste ver de *Dr. Phil*?». Así que imaginé que lo mejor que podía hacer era escabullirme sin que ella se diera cuenta.

Pasé por delante de la sala de estar lo más rápido que pude y con el mayor sigilo posible. Como no podía ser menos, hoy era el único día que mamá seguía consciente a las siete y media de la tarde. Para empeorar aún más las cosas, estaba viendo una de esas películas de la cadena Lifetime que iba de una mujer que sufría malos tratos, así que su estado de ánimo no sería ni mucho menos el adecuado para soltarle la noticia.

—¿Adónde vas? —me preguntó desde el sofá.

—Yo... —me costó lo mío pronunciar esa única palabra—. Voy a cenar con papá. Aquello nos cogió por sorpresa a los dos.

—¿Por qué? —preguntó.

—Mmm... —Ese era el momento que había estado temiendo toda la tarde—. Por lo visto, se casa.

Mamá tardó unos segundos en procesar la información.

—Oh, ¿en serio? —dijo—. No sabía nada. Me alegro por él.

Volvió inmediatamente a mirar la televisión, pero sabía que en realidad no la estaba viendo. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras se guardaba lo que fuera que estuviera pensando en ese momento.

Yo mismo tuve la sensación de que el alma se me caía a los pies después de darle la noticia; no puedo ni imaginar cómo se sentiría ella. Mamá y yo tenemos nuestros problemas, pero ningún hijo debería ver a su madre como yo vi a la mía en ese momento.

—Quiere que vaya a conocer a su prometida, así que allá voy —le expliqué.

—Pásatelo bien —dijo mamá—. Y vuelve a una hora decente... y todas esas cosas que dicen los padres.

—Vale. Hasta luego, mamá. Te quiero.

No quería dejarla sola, pero casi me alegré de tener que pasar la mayor parte de la noche fuera de casa. No quería presenciar lo que iba a hacer mamá para digerir la noticia. Sabía que no iba a ser bonito.

Me subí al coche, hice todos los trucos que tenía que hacer para arrancarlo y me puse en marcha odiando esa noche incluso antes de empezar.

Papá me mandó por SMS la dirección de April, que era donde al parecer vivían

los dos desde hacía siete meses. «Vaya ocasión has elegido para mandarme unas líneas, papá.»

Su casa estaba en un barrio francamente agradable. Estaba pintada de amarillo con las molduras blancas y tenía una valla de madera alrededor del jardín delantero. Aquello me descolocó por completo. No tenía ni idea de lo que podía esperar.

Todavía no sé por qué una mujer como esa decidió mudarse a Clover. Papá debe de haber convencido a April de que las afueras son un buen sitio para criar a un niño. ¿Tendrán algún gen las mujeres que les hace querer ser como las protagonistas de *Mujeres desesperadas*? Estaba claro que April lo tenía.

Llamé al timbre, que estaba situado en la barriga de un gatito que lo cubría. Era inquietantemente mono. Hacía que la casa pareciera la clase de sitio en el que lo mismo podías comerte unas galletas recién horneadas que ser asesinado. ¿Entendéis lo que quiero decir?

—Ya voy yo, ya voy yo —le oí decir a mi padre. Abrió la puerta—. Eh, Carson. Pasa.

Me chirriaba un poco ver a mi padre después de tanto tiempo. Ahora tenía el pelo mucho más gris y éramos de la misma estatura. Nos estrechamos la mano con torpeza, como si tuviéramos miedo de tocarnos.

—Me alegro de verte, chaval; gracias por venir —me dijo, y me hizo pasar a la cocina. Toda la casa estaba muy limpia y ordenada, hacía que mi casa pareciera un episodio de *No lo tiro por si acaso*—. Y esta es April. —Se refería a la mujer que estaba en la cocina. Tuve que mirarla dos veces; no podía creer lo que veían mis ojos. Era preciosa, con el cabello rojo y brillante y la piel muy clara. Tenía los ojos grandes y brillantes, pero de una forma muy agradable, no como los de alguien que abusa de las sustancias.

—¡Hola, Carson! —me dijo con voz alegre—. Tenía muchas ganas de conocerte.

—Sí, yo también —respondí, y le estreché la mano—. ¿No serás, por casualidad, un producto de la Disney?

—¿Eh?

—Está bromeando. Es muy sarcástico —dijo papá.

—Oh, ya lo pillo. Eres un encanto, gracias.

Puso las manos sobre su barriga de embarazada y desde ese momento no pude apartar los ojos de ahí en toda la noche. Se me hacía muy raro pensar que allí dentro se estaba gestando un bebé que compartía ADN conmigo.

—Vamos a cenar, ¿no? —dijo papá.

La mayor parte de la cena transcurrió en silencio, salvo por algunos lugares comunes que no daban mucho de sí. No podía dejar de comer: la comida estaba buenísima. Me pasé todo el rato esperando a que April se pusiera a hablar sola o a ver algún animal imaginario paseándose por la casa o algo absurdo; tenía que tener algún

defecto. De lo contrario, ¿por qué se habría fijado en papá?

—Tu padre me ha dicho que no eres muy popular en el instituto —me dijo April. Solté un bufido.

—No, soy muy activo, pero popular no.

—Está en el club del periódico —dijo papá.

—En realidad soy el presidente del Club de Escritura, dirijo el periódico del instituto y acabo de fundar una revista literaria —lo corregí.

—Vaya, tú sí que sabes —dijo April con cariño. Resultaba fácil encariñarse con esa mujer, y lo odiaba—. ¡Debes de sacar muy buenas notas!

—No le va mal —dijo papá.

—Tengo un 4,2 de media —dije, bastante molesto con mi padre. No me conocía lo suficiente para saber qué notas sacaba—. Podría tener un 4,5, pero tiendo a discutir con los profesores su manera de plantear las clases, así que...

—¿Practicar algún deporte? —preguntó April. Ni siquiera sentí la urgente necesidad de vomitarle encima cuando me preguntó, para que os hagáis una idea de lo adorable que era.

Papá se echó a reír.

—Dios sabe que lo intenté —dijo—. Siempre me lo llevaba al parque a lanzarle algunas pelotas, pero nunca mostró el menor interés.

—¿Íbamos al parque? —pregunté con la boca llena.

—Enseguida me di cuenta de que no iba a ser el jugador de primera división que yo esperaba que fuera —prosiguió papá—. Lanzaba como una chica.

Y entonces lo pillé: papá fingía ser otra persona en lugar del capullo egoísta que había sido durante toda mi vida. Puede que a April le encantara oír todas esas gilipolleces, pero yo ya había tenido bastante.

—Papá, tú y yo nunca fuimos juntos al parque.

—Claro que sí... Lo que pasa es que no te acuerdas —replicó él, rápido como el viento.

—No, me acordaría de una cosa así.

—Está exagerando —dijo papá, mirando directamente a April, como si yo ya no estuviera allí—. Tiene mucha imaginación. Creo que por eso es tan buen escritor.

—Papá, ¿quién finges que eres? —le grité, en plan *borderline*—. ¿Hace cuántos años que te largaste y cuántas veces nos hemos visto desde entonces? ¿Dos, quizá?

—Carson, eres muy joven; puede que no lo entiendas —dijo papá.

—En eso tienes razón, no lo entiendo. ¡No entiendo cómo pudiste abandonar a tu antigua familia y comportarte como si nada hubiera pasado delante de tu nueva familia!

April clavó la mirada en su plato.

—Tu madre era una persona muy inestable —dijo papá.

—Sí, lo sé. Y tú me dejaste con ella. ¿Qué clase de padre hace una cosa así?

—Carson, no me puedo pasar la vida pidiéndote perdón —arguyó papá. Lo gracioso es que no me ha pedido perdón ni una sola vez. Eso es algo que debo de haber heredado de él.

—Gracias por la cena, April. Estaba todo fantástico —dije, levantándome de la mesa—. Pero tengo que marcharme ya.

Pasé al lado de mi padre, aunque no fui capaz ni de mirarle a los ojos, y me fui hacia la puerta. De repente vi muy claro el por qué de aquella cena; mi padre pretendía autenticar algo frente a April. Había intentado utilizarme, pero no le había salido bien.

A veces los adultos dan más asco que los adolescentes.

Estaba tan cabreado que tuve la sensación de haber tardado solo unos segundos en llegar a casa. Entré con suma precaución, sin saber en qué estado me iba a encontrar a mamá. Estaba inconsciente en el sofá. Había pañuelos de papel arrugados por todas partes. Era evidente que había estado llorando hasta quedarse dormida. Tenía agarrada una foto que se habían hecho ella y papá hacía años.

Apagué la televisión y tapé a mamá con una manta. No deja de sorprenderme cuántas vidas puede arruinar una sola persona.

Solo espero que mamá esté bien cuando me vaya de aquí. No se puede hacer mucho por teléfono.

3 de noviembre

Bueno, ¡la *Revista Literaria del instituto Clover* está oficialmente terminada! Muy bien tiene que haber quedado para que yo diga eso. Habría que celebrarlo, pero la verdad es que no creo que tenga ganas de celebrar nada hasta que reciba una carta de admisión con mi nombre escrito en ella.

Los ejemplares que se van a vender en el instituto se imprimirán a primera hora del lunes, pero he imprimido un ejemplar en casa, lo he metido en una elegante carpeta y lo he enviado esta tarde al departamento de admisiones de la Northwestern con una nueva solicitud. Milagrosamente, hay tiempo más que de sobra para que les llegue, y eso hace que me sienta muy impresionado conmigo mismo; espero que la impresión sea mutua.

Me siento como si acabara de depositar todos mis sueños y esperanzas dentro de un sobre para enviárselos a un completo extraño. Saqué otra copia para adjuntarla a este diario y así poder recordar siempre que fue un 3 de noviembre el día que conseguí lo imposible.

Pero creo que mañana me voy a tomar el día libre. Hasta Dios descansó el séptimo día.

REVISTA LITERARIA DEL INSTITUTO CLOVER 2012



Dirigida por Carson Phillips

TABLA DE CONTENIDOS

Editoriales

«Genocidio de conserjes», CARSON PHILLIPS

«Escándalo sexual en una ciudad pequeña», CARSON PHILLIPS

Relatos

«La princesa estresada», REMY BAKER

«Criaturas de la oscuridad», VICKI JORDAN

Artículos

«La cúspide de la pirámide», CLAIRE MATHEWS

«El color verde», JUSTIN WALKER

«La marquesina», SCOTT THOMAS

Poesía

«Amor sin freno», NICHOLAS FORBES

«Mi amiguito especial», JOHN HARDY

Sátira

«Llamadme Isabella», MALERIE BAGGS

Comentario social

«Ser la señora de Bieber», HANNAH MORGAN

Otros

«Diez razones por las que Emilio es genial», EMILIO LÓPEZ

«Vidas en 3d», DWAYNE MICHAELS

* Podéis encontrar más colaboraciones en la nueva página de Facebook de la Revista Literaria del instituto Clover.

GENOCIDIO DE CONSERJES

CARSON PHILLIPS

19 de septiembre de 2012

INSTITUTO CLOVER, CLOVER, CALIFORNIA. Debido a los últimos recortes llevados a cabo hace unos meses por el estado de California, el instituto Clover ha tenido que despedir a dos conserjes y obligar a otro a aceptar la jubilación anticipada antes de que diera comienzo el curso escolar. A preguntas sobre el motivo de tan desafortunados despidos, el director Gifford declaró: «Ha sido muy triste tener que decir adiós a algunos de los miembros de nuestro personal, pero, desafortunadamente, no hemos tenido otra elección. Fueron los votantes quienes eligieron a ese imbécil como gobernador, no yo».

Sin embargo, tras investigar el asunto más a fondo, da la impresión de que este año se han tomado varias decisiones en relación con los presupuestos.

«¡Estamos encantados de poder estrenar este año nuevo equipamiento y uniformes en el equipo de fútbol americano!», comentó uno de los jugadores, que ha solicitado permanecer en el anonimato. El nuevo equipamiento es cortesía del instituto. «¡Vamos en primer lugar y no hemos sufrido ninguna derrota, y me parece genial que los equipos a los que nos vamos a enfrentar este año se enteren en cuanto vean nuestros flamantes uniformes!»

Según los resultados obtenidos recientemente a través del buscador de Google, el coste de un uniforme de fútbol americano oscila entre los 100 y los 500 dólares, dependiendo de la corpulencia del jugador. Dado que en el equipo de fútbol americano del instituto Clover hay al menos cuarenta jugadores, el dinero invertido en la compra de estos uniformes oscila entre los 4 000 y los 20 000 dólares, suma más que suficiente para haber mantenido en su empleo a tres padres de familia durante al menos unos meses más.

Hay una gran diferencia entre «no tener elección» y hacer una mala elección.

* Para más información sobre este asunto, podéis visitar la página del Clover High Chronicle en Facebook o enviar un correo electrónico al autor de este artículo:

CarsonPhillips@thecloverhighchronicle.com

ESCÁNDALO SEXUAL EN UNA CIUDAD PEQUEÑA

CARSON PHILLIPS

26 de septiembre de 2012

INSTITUTO CLOVER, CLOVER, CALIFORNIA. En la tarde del pasado jueves, el señor Ambrooster, un veterano profesor de la asignatura de salud, fue escoltado fuera del campus por agentes de seguridad del mismo. Lo habían despedido por, y cito textualmente, «impartir clases de educación sexual haciendo uso de objetos poco apropiados», pero los detalles de estas supuestas clases no han sido desvelados.

Preguntada sobre este incidente, esto fue lo que declaró una alumna de primer año: «El señor Ambrooster era un tipo guay. ¿Qué más da si utilizó un muñequito de Gumby y un bote de plastilina para explicar el aparato reproductor femenino? El muñeco de Gumby se parece mucho a las trompas de Falopio, eso no se puede negar».

«No somos idiotas —afirmó uno de sus compañeros de clase—. Ya sabemos que el útero no está hecho de plastilina; habría que ser muy imbécil para pensar eso. Yo lo único que sé es que saqué un notable alto en ese examen. ¡Gracias, señor A.!»

De hecho, esa parece ser la opinión mayoritaria entre los alumnos. Si comparamos las notas de los alumnos del señor Ambrooster con los de cualquier otro profesor de salud del instituto Clover, la diferencia salta a la vista. Las notas de los alumnos son de media un 20 por ciento más altas en aquellos que asistieron a la explicación con el muñeco de Gumby y la plastilina.

«Al señor Ambrooster lo despiden por usar juguetes en clase, pero el señor **** se tira a todas sus alumnas y le conceden la titularidad. ¡Es el mundo al revés!», afirma un dicharachero consejero estudiantil que no desea revelar su identidad.

Es desagradable, no es justo y no tiene ningún sentido. Me pregunto qué juguetes de preescolar utilizaría el señor Ambrooster para explicarnos esta situación.

* Para más información sobre este asunto, podéis visitar la página del Clover High Chronicle en Facebook o enviar un correo electrónico al autor de este artículo:

CarsonPhillips@thecloverhighchronicle.com

LA PRINCESA ESTRESADA

REMY BAKER

Érase una vez una princesita que tenía muchas responsabilidades. Sus padres, el rey y la reina, la presionaban demasiado porque tenían problemas para gobernar su reino. Aunque la princesita era muy bella e inteligente y destacaba siempre en todo aquello que hacía, sus padres opinaban que podía hacerlo mejor.

Todos los días, la princesita les llevaba a sus padres ejemplos de sus logros, y todos los días los reyes se las arreglaban para hacerle sentir que estos no eran suficientes.

—¡Mirad, papá y mamá: he sacado un sobresaliente en clase de apreciación del campesinado! —dijo la princesita.

—Tú puedes hacerlo mejor —dijo el rey, echando una ojeada a sus notas.

—Nos hubiera complacido mucho más un sobresaliente alto —añadió la reina.

La princesita salió corriendo del castillo y se fue al bosque, y allí se echó a llorar bajo un arbolito, pensando que nunca sería lo suficientemente buena. Entonces, por arte de magia, el arbolito cobró vida.

—¿Por qué lloras, princesita? —le preguntó el árbol mágico.

—Porque nunca seré lo suficientemente buena para mis padres —contestó la princesita—. Me esfuerzo al máximo, pero ellos nunca están contentos.

El árbol mágico le entregó a la princesita un libro mágico lleno de fotos de sus muchos méritos y amigos.

—Toma. Siempre que te pongas triste, quiero que hojees este libro y recuerdes todas las cosas buenas que hay en tu vida —le dijo el árbol.

La princesita hojeó el libro y comenzó a sentirse mejor de inmediato. Se enjugó las lágrimas y regresó a su castillo. Desde ese día, siempre que sus padres le hacían sentir poca cosa, miraba el libro y recordaba todas las cosas que la hacían tan maravillosa.

Guardó el libro durante el resto de su vida, hasta mucho tiempo después de que la coronaran reina, y lo compartió con todos los príncipes y princesas que más tarde serían sus hijos y sus nietos.

FIN

CRIATURAS DE LA OSCURIDAD

VICKI JORDAN

Era un mundo de vampiros y demonios, donde la inocencia escaseaba igual que escaseaban los vivos. Era un mundo de oscuridad, donde la luz había sido proscrita y la noche nos había engullido a todos.

Había tenido lugar una batalla épica, y las criaturas de la oscuridad se habían impuesto finalmente sobre los promotores de la luz. Por primera vez en la existencia, el pueblo de las sombras podía salir y pasearse libremente bajo los rayos de un sol moribundo, el mismo que antaño los espantara con su luz.

Una niña pequeña, una hija de la luz, había logrado sobrevivir a la batalla y salió arrastrándose de entre las cenizas de la destrucción. Miró a su alrededor y al ver su mundo destruido y consternado le preguntó a un vampiro por todos aquellos cambios, que ella no aprobaba.

—¿Por qué habéis transformado mi mundo en un mundo de oscuridad y habéis convertido el mal en una nueva forma de bien? ¿Cómo habéis sido capaces de eliminar toda luz, y con ella a todos aquellos que una vez amé? ¿Por qué son ahora las sombras el nuevo sol, y por qué se ha perdido todo cuanto ganasteis?

El vampiro miró a la niña con aire divertido.

—Porque, mi querida niña, lo que ves ahora es el mundo real, donde no hay luz que haga brillar las falsas identidades. No destruimos el mundo solo para asustaros; simplemente revelamos lo que ya existía. Lo que se ha revelado es toda la oscuridad que había en su interior, y pronto conocerás la oscuridad que hay en tu interior, en cuanto mis colmillos perforan tu piel.

Nosotros mismos somos nuestros peores miedos...

LA CÚSPIDE DE LA PIRÁMIDE

CLAIRE MATHEWS

Todos los viernes por la noche en el descanso del partido, mi equipo de animadoras lleva a cabo el ejercicio más peligroso del repertorio. Lo llamamos el Animagedón.

Formamos tres pirámides en línea. La chica que está en lo alto de la pirámide central es lanzada por los aires y da una voltereta hacia atrás mientras las chicas que están en la cúspide de las otras dos pirámides dan una voltereta pasando por debajo de ella, e intercambian sus puestos antes de que la chica del centro caiga.

Aunque, sin lugar a dudas, es la acrobacia que más gusta al público, también es la más peligrosa. Me encanta ser animadora, pero estar en la cúspide de la pirámide implica llevarse la peor parte en caso de caída. Como soy la más pequeña del equipo, soy yo la que está arriba en la pirámide central, y por tanto arriesgo mi vida cada semana para que otros se diviertan.

Eso hace que me pregunte: ¿gustaría tanto si la gente supiera de antemano que todo va a salir bien? ¿O en el fondo todos esperan que alguien se caiga?

Nuestra sociedad encumbra constantemente a la gente, a veces por las razones equivocadas, pero normalmente encumbra a aquellos que hacen o son capaces de hacer algo que nadie más sabe hacer. Pero yo me pregunto: ¿no les aupamos a esa posición precisamente para verlos caer? A veces creo que lo peor que puedes hacerle a alguien es convertirlo en un ídolo o en alguien más allá de lo humano; para lo único que eso sirve es para dar lugar a que te decepcione.

Cuando cada viernes por la noche me lanzan por los aires, por una décima de segundo me siento completamente sola. Pienso: «Uau, ahí arriba nadie puede alcanzarme». Y cuando ese momento pasa y la gravedad comienza a tirar de mí hacia abajo, doy gracias por volver a tener los pies sobre la tierra otra vez. Solo espero que ese momento nunca tire hacia abajo de mí demasiado rápido.

EL COLOR VERDE

JUSTIN WALKER

Me gusta el color verde. Cuando veo el color verde pienso en los árboles y en la hierba. Cuando pienso en los árboles y en la hierba, pienso en el fútbol. Cuando pienso en el fútbol, me siento feliz.

Sé que no soy la bombilla más brillante. La gente siempre me dice que soy estúpido, idiota y un cromañón (aunque no soy de Croacia). Pero si la razón de estar vivo es descubrir qué es lo que te hace feliz, entonces estoy decidido. Lo único que tengo que hacer es mirar el color verde.

¿Quién es el idiota ahora?

También me gusta el color azul. Cuando pienso en el azul, pienso en el mar. Cuando pienso en el mar, pienso en los bikinis. Cuando pienso en los bikinis, pienso en todas las cosas que me hacen feliz, ¡y no son verdes!

Bueno, espero que no. Si lo son, probablemente deberíais ir al médico en lugar de volver a invitarme a la casa de la playa de vuestros padres. Eso es una asquerosidad y una grosería. En serio, chica, vives en la playa: por favor, dúchate más. No tienes ni idea de lo que podría estar reptando sobre tu piel.

LA MARQUESINA

SCOTT THOMAS

Siempre he sabido que estaba destinado a alcanzar la fama. La imagen de mi nombre escrito con luces de neón sobre la marquesina del teatro municipal de Clover no es tan solo una visión, es una premonición.

Si estáis pensando «Pero, Scott, tú no tienes madera de líder, nunca serás la estrella», tengo un par de palabritas que deciros, pero como me he prometido a mí mismo que no diría tacos en este artículo, tengo otras dos palabras para vosotros: «¡Estáis equivocados!».

No existe un único molde que defina la *estelaridad*, amigos míos; viene en distintos tamaños y colores. Solo tienes que trazar el mapa de tu destino hacia ella.

Un día produciré, escribiré, dirigiré y protagonizaré mi propio monólogo. Se estrenará en el teatro municipal de Clover, pero las críticas serán tan espectaculares que tendré que salir de gira. Estrenaremos en las principales ciudades (excepto en Chicago, porque no puedo arriesgarme con el viento) y me haré con un extensísimo club de fans.

Venderé los derechos para la película al mejor postor, puede que incluso vaya al programa de Jimmy Fallon y le cuente cómo empezó mi sueño, y tras una larga y deliciosa carrera me retiraré y publicaré un par de autobiografías, que acabarán convertidas en grandes musicales de Broadway.

La ambición no crece en los árboles, amiga. Tienes que cultivar sus hojas tú mismo.

Todos los días al despertar, adopta el planteamiento vital de Scott Thomas. Imagina tu propia marquesina con tu nombre escrito en luces de neón tan luminosas que si te quedas mirándolas demasiado rato te dejarán ciego. Imagina que esa marquesina te sigue dondequiera que vayas, ¡para hacerle saber al mundo que estás ahí!

¡Scott Thomas en geometría! ¡Scott Thomas en el vestuario! ¡Scott Thomas en su coche! ¡Scott Thomas en la bañera! Vive tu vida como lo hicieron los grandes, con tu nombre encima del título por contrato. ¡No seas un segundón en tu propia vida!

AMOR SIN FRENO

NICHOLAS FORBES

Las rosas son rojas,
Las violetas azules,
No hay dinero en el mundo
Que pueda hacer que deje de amarte.
Por más que lo intenten,
Por más que quieran intentarlo,
No pienso rendirme
Sin luchar.
Hay quien dice que es perverso,
Hay quien dice que es pecado,
Hay quien dice que está mal,
Y que es algo horrible.
Yo no sé gran cosa,
Pero cuando la presión aumenta,
De ninguna manera creo
Que pueda existir un amor que no sea bueno.

MI AMIGUITO ESPECIAL

JOHN HARDY

Me saludas por la mañana,
Con ganas de jugar.
Luego te quedas colgado de mí
El resto del día.
Las mismas cosas nos estimulan,
Eso es muy cierto.
Pasamos tiempo juntos;
Ojalá tuviera dos como tú.
Siempre serás mi mejor amigo
Hasta el final,
Gracias por ser siempre
Mi amiguito especial.

LLAMADME ISABELLA

MALERIE BAGGS

Hace unos años —no importa cuánto hace exactamente— teniendo poco o ningún dinero en mi monedero de Angry Birds y ninguna crema protectora para ir a la playa, pensé que me iría a navegar un poco por ahí, para ser una *gangsta* total en el instituto.

Es un modo que tengo de espantar a los de primero y arreglar la circulación en el instituto. Cada vez que me sorprendo con la piel levantada alrededor de la boca; cada vez que en mi alma hay un septiembre húmedo y frío; cada vez que me encuentro mirando sin querer a gente muerta, y siguiendo el trasero de cada desfile que me encuentro; y, especialmente, cada vez que pierdo una partida de Tragabolas, que hace falta un recio y moral director Gifford para impedirme salir al pasillo con toda deliberación a bajarle metódicamente los pantalones a todo el mundo, entonces entiendo que es más que hora de subirme al autobús tan pronto como pueda.

Es el precio que pago por ser una *gangsta*. Como un gato filosófico y florido se arroja sobre su cajón, yo, calladamente, me subo al autobús del instituto. No hay nada sorprendente en esto. Aunque no lo sepan, casi todos los médicos titulados, en una o en otra ocasión, tendrán que coger finalmente el autobús y abrigan sentimientos muy parecidos a los míos respecto al sistema de transporte.

Además, hay una gran ballena que quiero cazar.

SER LA SEÑORA DE BIEBER

HANNAH MORGAN

Ahí estaba yo, frente a la casa de Justin Bieber en Calabasas una soleada tarde de sábado. Además de mí estaban allí las veinte o cuarenta chicas de siempre, que se plantan frente a su casa todos los fines de semana con la esperanza de verlo fugazmente o asistir de forma gratuita a un concierto privado.

Fue genial: estuvimos charlando sobre Selena Gomez (que para mí siempre será «la otra»), poniendo música de Justin a todo trapo en un iHome y prediciendo las futuras nominaciones a los Grammy de su último álbum, lo normal.

Pero las cosas se pusieron feas cuando apareció nada más y nada menos que ¡la infame Renee Foster!

—Creo que estás en mi sitio, señorita Morgan —me dijo Renee. Era absolutamente falso—. Todo el mundo sabe que del barrote veintiocho al barrote treinta y uno del lado este de la valla es mi sitio.

—Oh, no, ni de coña, señorita Foster —le dije—. Perdiste tu sitio cuando abandonaste a J. B. por Louise Tomlinson de No Direction.

Las demás chicas dijeron: «¡Oooh!». Renee se lo había buscado; nadie abandona a mi Justin.

—¡Espero que no pretendas insultar a One Direction delante de mí! —gritó Renee—. ¡Yo puedo ser fan de todo el que a mí Me de la gana!

Me lo dijo en mis narices.

—¡No frente a esta verja, ni de coña! —le dije, moviendo la cabeza. Me cabreó tanto que casi me quito los pendientes de *Forever* que yo misma me hice para atizarle a gusto.

—¡Eh! ¡Esto es un domicilio privado, no Disneylandia! —dijo un guardia desde la casa. Todas corrimos a nuestros coches antes de que llamaran de nuevo a la policía para echarnos de allí. Y me alegro, porque detestaría que Justin me viera agrediendo físicamente a Renee.

Unas cuantas chicas y yo nos subimos a mi Jetta y nos largamos.

—Vamos a casa de alguno de los de *Glee* —dijo una de ellas.

Entiendo que haya gente que pueda pensar que es muy raro que vaya a su casa todos los fines de semana y me quede esperando en la verja solo para verlo fugazmente, pero pensad en lo romántico que

será eso algún día.

DIEZ RAZONES POR LAS QUE EMILIO ES GENIAL

EMILIO JORGE LÓPEZ

1. Emilio tiene el pelo magnífico como un gallo.
2. Emilio huele como un perrito.
3. Emilio es el frijol en tu pupusa.
4. Emilio es tan suave como un conejo.
5. Emilio es lo picante en tu desayuno.
6. Emilio es un gran aventurero como una ardilla.
7. Emilio tiene la fuerza de un toro.
8. Emilio puede saltar alto como una rana sin miedo.
9. Emilio es el tocino en tu ensalada.
10. Emilio es el mejor amante que jamás hayas conocido.

VIDAS EN 3D

DWAYNE MICHAELS

Esto del 3D lo ha invadido todo y adoro cada minuto. Fui al cine el verano pasado y vi *Los vengadores*. No me acordé de ponerme las gafas hasta pasada la mitad de la película pero de repente me encontré gritando: «¡Quieto parao, Robert Downey Jr.; ¿qué haces tú encima de mí?!». ¡Fue un flipe, colega!

Me puse las gafas en el momento justo. O sea, pensadlo un segundo: te pones las gafas y de repente es como «El tío de la película me está tirando cosas, esto es alucinante», porque sabes que lo único que tienes que hacer es quitarte las gafas y dejarán de tirarte cosas, ¿no?

Pero luego en la vida real, cuando la gente nos tira cosas, es como «¡Qué asco das, tío; ya nadie tira cosas!».

Sé que esto es muy profundo, pero ¿y si lleváramos las gafas puestas siempre? Vale, seguramente nos darían dolor de cabeza pero cuando no quisieras que te tiraran cosas ¡no tendrías más que quitarte las gafas, colega!

¿Por qué la gente vive su vida en 3D, cuando podría vivir siempre en 4D? Y esperad a que inventen el 5D, colegas, va a ser la hostia. Me veo diciendo: «Eh, Robert Downey Jr.; ¿nos tomamos una birra?». Y él dirá: «Venga, tío». Y nos la tomaremos, colega. Vaya si nos la tomaremos.



5 de noviembre

¿Recordáis aquella reunión que íbamos a tener con el director y los inspectores? Pues ha sido hoy. ¿Recordáis que prometí hacer gala de mi mejor comportamiento y quedarme sentadito y sonriendo? Pues mentí.

Estábamos esperando en mitad del auditorio sentados a una mesa durante media hora hasta que aparecieron el director y dos inspectores del Distrito Escolar Unificado de Clover. Después de eso y de todo lo que ha pasado este fin de semana con papá, mamá y el lío de terminar la revista, yo ya venía calentito; tengo que reconocerlo.

—Muy bien, comencemos —dijo Gifford, sentándose a la cabecera de la mesa. Los inspectores se sentaron a ambos lados del director—. Os he convocado hoy para anunciaros una nueva normativa que a los inspectores y a mí nos parece muy importante.

Todo el mundo asintió respetuosamente, con los ojos bien abiertos y atentos. Yo me arrellané un poco más en mi asiento por despecho.

—A partir del próximo semestre, todos los forros de los libros, las mochilas y la ropa en los que se muestren logos o cualquier clase de texto estarán estrictamente prohibidos —dijo Gifford—. Así que, como miembros del consejo, es muy importante que cumpláis con esta norma y deis ejemplo a vuestros compañeros.

Los demás miembros del consejo disimularon muy bien su frustración ante esta noticia, pero me di cuenta de que hasta a ellos les molestaba. Incluso Remy meneaba la cabeza en silencio.

Esperé el momento adecuado, para asegurarme de que nadie iba a decir nada, y entonces procedí a dar rienda suelta a mi indignación.

—Muy bien, de acuerdo —dije. A los inspectores les dejó atónitos que no hubiera levantado la mano para pedir la palabra—. Odio algunas de las cosas ofensivas y degradantes que leo todos los días. Y si vuelvo a ver a alguien con una de esas camisetas en las que dice NO TENGO DOBLE PARA LAS ESCENAS PELIGROSAS, me arrancaré la cara y se la arrojaré, pero ¿cómo se supone que vamos a aprender y a crecer si ustedes no dejan de eliminar nuestros derechos más básicos, como el de la libre expresión?

Todas las cabezas se volvieron hacia mí con expresión horrorizada, en plan *El exorcista*.

—Vamos a ver, hijo —dijo Gifford, que sin duda estaba contando mentalmente hasta diez—. ¿Por qué no dejas que seamos nosotros los que nos preocupemos de la represión estudiantil?

Claire asintió con tal vigor que la cabeza le estuvo a punto de salir volando. A lo mejor ella podía vivir con la idea de ser una lameculos, pero yo no iba a quedarme

allí sentado viendo cómo se suprimían mis derechos.

—Sí, seguro que ustedes saben perfectamente lo que están haciendo, porque cada día hay más alumnos que sufren estrés, depresión y que abandonan sus estudios —dije—. O sea que está claro que están tomando ustedes las mejores decisiones.

—¡Te estás pasando de la raya! —exclamó Gifford alzando la voz. Yo diría que la señorita que le ayudaba a contar mentalmente se estaba empezando a cansar.

—¡Y usted tiene muchos humos! —le espeté, alzando la voz también—. ¿Para qué sirve prohibir los logos si no es para imponer su visión conservadora?

—¡Carson, por favor, cállate! —me susurró Claire. Pensé que la pobre iba a explotar.

Gifford se puso de un tono tan rojo que me sorprendió, no creí que un ser humano pudiera ponerse de ese color. Sabía que yo tenía razón —todos lo sabían— y eso le resultaba profundamente incómodo.

—Esta discusión se ha terminado. Cumpliréis la nueva norma —me gritó Gifford. Miró alternativamente a los inspectores que tenía a su lado—. Y digo más; dado lo irrespetuoso de tu actitud, en adelante y hasta que finalice el curso, quedan revocadas todas las prerrogativas extraescolares de los alumnos. Tus compañeros te estarán muy agradecidos, hombrecito.

Era el segundo adulto que me utilizaba para pavonearse esta semana.

—Vámonos, señores —dijo Gifford a los inspectores, y abandonaron el auditorio.

Nunca he visto al consejo de estudiantes mirarme de esa manera. Casi parecía que la rabia derritiera sus caras. Algunos ni siquiera eran capaces de mirarme a los ojos. Remy estaba al borde de las lágrimas.

—¡No pueden castigar a todo el instituto por un estudiante bocachancla! —dijo Justin, mientras se levantaba y tiraba una silla de un puntapié.

—¡No me puedo creer que os hayáis quedado todos ahí sentados escuchando! —le dije.

—¿Ahora nos estás echando la culpa a nosotros? —dijo Scott, horrorizado.

—Gracias a ti vamos a tener que celebrar el baile de graduación en la cafetería —dijo Remy, que se puso lívida al oírse pronunciar estas palabras.

—Vamos a pasar mucho tiempo allí, porque ya no podremos salir a comer fuera del campus —añadió Nicholas.

—Si escribieras una carta de disculpa es posible que lo reconsideraran —propuso Claire, temblando. Estaba en modo control de daños.

—Debería pedir disculpas a todo el instituto —añadió Scott.

—¡Tienes razón! —señaló Remy.

—Sí —dijo Nicholas—. ¿Qué tal la semana que viene en la asamblea?

—Oh, Carson —dijo Claire, meneando la cabeza—. Siempre te has creído mejor que nosotros porque no podíamos soportarte, pero ya te puedes ir preparando para

que te odiamos de verdad. En cuanto los demás se enteren de esto y se lo cuenten a sus padres, ¡te va a odiar toda la ciudad!

No me podía creer lo que estaba oyendo. ¿Era el único que había intentado defender nuestros derechos y encima se cabreaban conmigo? ¿Iban a odiarme a mí?

—¡Muy bien, basta ya! —grité—. No estaba hablando solo por mí, ¡estaba defendiendo también vuestros derechos! Desde el mismo momento en que pusisteis un pie en este campus se os consideró la realeza del instituto, y preferís seguir manteniendo vuestro estatus a defender vuestros derechos (no, por Dios). Pues, para que os enteréis, ¡el instituto se acaba! Y por vuestro propio bien, espero que no seáis realmente los tópicos con patas que todo el mundo cree que sois, porque entonces la vida se os va a llevar a todos por delante. ¡Os va a acabar mordiendo el culo!

Cogí mis cosas y salí de allí tan rápido como pude. Tenía el estómago revuelto. Estaba harto de ellos, de mis padres y de toda la puta ciudad. Estaba hasta los cojones del mundo entero.

Fui directo a ver a la abuela y me dio un pequeño ataque de nervios.

—Es que no lo entiendo —le dije, intentando contener las lágrimas—. ¿Por qué algunos se esfuerzan tanto en conseguir lo que

quieren y otros no? ¿Por qué algunos son egoístas por naturaleza y otros somos egoístas por puro instinto de supervivencia?

La abuela estaba muy concentrada en su labor de punto y no mostró demasiado interés en lo que le estaba diciendo. Pero no me importaba. Solo necesitaba desahogarme: necesitaba contárselo a otro ser humano, aunque estuviera hablando con una pared.

—Hace muchos años me convencí de que no necesitaba a nadie —le dije, sin poder contener ya las lágrimas—. Pero últimamente, abuela, no hago más que preguntarme si no estaba equivocado. Siempre he sido cien por cien independiente, y a veces es tan difícil...

—¿Decías algo? —me preguntó la abuela.

—No —respondí, enjugándome las lágrimas.

—Estoy haciendo esto para mi nieto —dijo la abuela.

—¿Qué es?

Ella lo levantó. Estaba torcido y hecho con diferentes puntos y lanas. Era evidente que la abuela cambiaba de opinión sobre lo que estaba tejiendo cada vez que reanudaba su labor.

—Es una manta-bufanda —dijo la abuela.

No pude contener la risa. Desde luego que lo era. Incluso estando enferma de alzhéimer, mi abuela siempre encontraba la manera de hacerme sentir mejor.

12 de diciembre

La revista lleva un mes a la venta y solo he vendido un ejemplar. Y el tío la rompió delante de mis narices. Supongo que Claire tenía razón en eso de que toda la ciudad me iba a odiar por aquello. Últimamente todo el mundo me mira mal, mucho peor que antes. Con odio, diría yo.

Sí, han sido unas semanas muy duras. No sé por qué me deprime tanto; siempre he sabido que todo el mundo me odiaba. Cuidado con lo que deseas, ¿no?

Todavía no he tenido noticias de la *Northwestern*. Eso sigue siendo una gran interrogante en mi mente y un nudo en mi garganta. Necesito largarme de esta ciudad cuanto antes.

Quedan tres días para el 15 de diciembre. Así que en menos de cuarenta y dos horas sabré si han admitido mi solicitud. ¡Cruza los dedos! Al menos tengo algo a lo que agarrarme.

La verdad es que no me he molestado en hacer nada con el *Chronicle*. Me he limitado a reimprimir los números de septiembre. Últimamente no estoy de humor para escribir; de ahí que haya pasado un mes desde la última entrada en este diario.

Nunca imaginé que pudieran faltarme las palabras... Supongo que la vida no deja de sorprenderte.

12 de marzo

Han pasado dos meses y no tengo nada bueno que reseñar. Ni que decir tiene que no recibí aquella carta de admisión en el primer plazo. Pero tampoco he recibido ninguna de rechazo. Así que estas últimas semanas he seguido un poco aturrido, esperando que mi revista literaria me haya ayudado a conseguir la admisión. Creo que recordaré siempre el día de hoy, 12 de marzo, como el peor día de toda mi vida.

Estaba en clase de lengua, haciendo el examen final de *Hamlet*, cuando la señorita Sharpton me llamó a su despacho para decirme que mi vida estaba a punto de convertirse en una tragedia.

—Hola, nene, siéntate —me dijo. En ese momento supe que lo que me iba a decir no era nada bueno.

—Oh, no —dije, todavía de pie—. No me diga que... Por favor, no me lo diga...

—Anda, siéntate.

No quería sentarme. Tenía la sensación de que si me sentaba, estaría permitiendo que la noticia se hiciera real. Si no me sentaba, lo que quiera que fuese (aunque sabía perfectamente lo que era) no tendría que ocurrir. Mi corazón latía desbocado y me temblaban las manos.

—Hoy he tenido noticias de la Northwestern —dijo—. Y no son buenas, me temo. No aceptan tu segunda solicitud con la revista literaria. Al parecer no confirmaste tu admisión en el plazo establecido, así que te han rechazado.

—Perdón, ¿puede repetirme eso?

—No te dejan volver a presentar tu solicitud —dijo—. Te admitieron, pero no llegaste a enviar confirmación, así que te han rechazado.

Pensé que se me iba a parar el corazón después de escuchar aquello. Era un golpe terrible, un error tan tonto. Estaba seguro de que errores como ese no eran posibles en la vida real.

—No, la carta tiene que haberse extraviado. Comprobé el correo todos los días —le dije—. Por favor, tiene que hablar con ellos.

—Me temo que no puedo hacer nada más por ti —dijo la señorita Sharpton—. Pero siempre puedes ir a la universidad que elegiste como segunda opción.

—No había segunda opción —dije—. Nunca pensé que fracasaría, así que no tengo un plan B.

Quería dar marcha atrás al reloj. Quería volver al momento anterior a que me llamara a su despacho, cuando me sentía fatal por razones superficiales. Ahora me sentía como si un miembro de mi familia hubiera muerto y se hubiera llevado parte de mí; estaba llorando la pérdida de mi futuro.

—Bueno, también puedes volver a solicitar plaza cuando te gradúes —dijo, intentando animarme—. La Universidad Estatal de Clover todavía acepta solicitudes.

¿Quieres rellenar una?

Y ahora echaba sal en la herida. No solo había aplastado mi alma, encima ahora tendría que soportar uno o varios años más en Clover. No podía haber imaginado un panorama peor.

—Carson, ¿quieres rellenar una solicitud? —dijo la señorita Sharpton.

Sus palabras se desvanecieron. Estaba distraído mirando una postal del mar que tenía en su escritorio. Parecía tan apacible y sereno. Nunca lo he visto en la vida real.

—¿Carson?

—¿Sabe?, nunca he visto el mar —dije.

—¿Qué? ¿Y qué tiene eso que ver con lo que estamos hablando?

Me levanté y abandoné su despacho. Salí a dar una vuelta. Debo de haber paseado por el campus durante horas pensando en mis cosas. La Northwestern siempre había formado parte del plan. Siempre había sido mi siguiente paso. Tanto me preocupaba que pudieran no admitirme que nunca me había parado a trazar un plan B para el año que viene.

Y saber que me habían aceptado para después rechazarme por algo que escapa completamente a mi control, un accidente, un revés de fortuna... Eso era lo peor de todo. Lo había conseguido. Había llegado a la meta para que al final me arrebataran mi trofeo.

¿Qué iba a hacer ahora? ¿Era lo suficientemente fuerte como para superar esto? ¿Acabaría yendo a la Universidad Estatal de Clover para seguir librando las mismas batallas? ¿O simplemente iba a tirar la toalla, y quizás a unirme a mamá en el sofá?

Noté que el móvil vibraba en mi bolsillo. Tenía un mensaje de voz de mamá; varios, en realidad. Debía de haber estado llamando y no me había enterado.

«Carson, la abuela se ha caído. Intenta venir en cuanto puedas», decía. Obviamente no se sentía capaz de manejar ella sola la situación.

¿Será por eso por lo que está sucediendo todo esto? No estaba escrito que yo saliera de Clover. El único propósito de mi existencia era cuidar de mamá y de la abuela.

Fui a la residencia tan pronto como pude. La abuela estaba dormida cuando llegué. Tenía el brazo lleno de moratones, pero aparte de eso parecía estar bien.

—¿Dónde estabas? —me preguntó mamá en cuanto entré. No le contesté. ¿Dónde se pensaba que estaba?—. Muy bien, no me lo digas, pero si has estado en casa de tu padre, no pasa nada.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Bien —dijo mamá—. Aparte de lo del brazo, se ha dado un golpe en la cadera, pero no se ha roto nada. Voy a por un café. ¿Quieres algo?

—No —le dije, y mamá salió de la habitación de la abuela. La abuela se despertó al cabo de un minuto o así. Me miró, y por una décima de segundo, os juro que me

reconoció. El dolor la distrajo y perdió la conexión.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó, mirando los hematomas que tenía en el brazo.

—Te has caído, abuela.

Volvió a mirarme. Esta vez estaba seguro de que sabía perfectamente quién era.

—Me recuerdas a mi nieto —me dijo. Fue lo más cerca de la lucidez que había estado en años.

—¿En serio? —le pregunté en tono alegre—. ¿Y eso?

—Tienes una expresión triste en la cara —dijo—. Mi nieto era un niño muy alegre. Me escribía cuentos. Recuerdo el primer cuento que me escribió: «Érase una vez un niño». Y luego se convirtió en: «Érase una vez un niño que quería volar». Y sus cuentos eran cada vez mejores. Nunca logré averiguar si el niño consiguió volar.

Le sonreí tímidamente. Ojalá supiera que al niño le habían cortado las alas.

Al rato entraron las enfermeras para asear a la abuela con una esponja. Salí de la habitación y me encontré a mamá sentada en un banco. Parecía algo abrumada por todo aquello, pero no estaba muy seguro de qué era lo que le estresaba más: si el hecho de que su madre se hubiera hecho daño o el tener que vestirse y salir de casa.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—La están aseando —respondí, y me senté a su lado. Ella sabía que algo me pasaba, pero tampoco es que yo me molestara mucho en disimular.

—¿Qué te pasa? —inquirió.

Al principio no sabía si contárselo. En cierto modo aún albergaba la esperanza de que el día de hoy no fuera más que una pesadilla.

—Me aceptaron en la Northwestern, pero no recibí la carta, y ahora tengo que esperar y volver a presentar la solicitud —le dije, pesaroso.

Nos quedamos en silencio. Imaginé que estaría decepcionada pero no encontraba las palabras adecuadas para decirme lo mucho que lo sentía. No podía haber estado más equivocado.

—Yo tiré la carta —me dijo, en voz baja.

Os juro que mi corazón dejó de latir unos segundos. Olvidé dónde estaba. Olvidé que no estábamos en casa. Olvidé que la abuela se había caído. Lo único que podía pensar era que mi propia madre acababa de confesarse conmigo.

—¿Qué?

—Lo siento.

—Pero ¿cómo pudiste? ¿Cómo pudiste tirar mi carta?

—Solo quería protegerte —dijo.

—¿Protegerme?!

—No quería que te hicieran daño como me lo hicieron a mí —explicó—. Te pasas la vida hablando de hacerte mayor y ser escritor... Todas esas ideas delirantes nunca se harán realidad. Los sueños no se hacen realidad, Carson, créeme. Yo soy la prueba

que lo demuestra. El mundo es un lugar muy cruel. Habrías ido allí, te habrían devorado vivo, y volverías completamente destruido. Yo quería algo mejor para ti.

No me lo podía creer. Mi propia madre, carne de mi carne y sangre de mi sangre, y ahora encima intentaba justificar lo que me había hecho.

—No me lo puedo creer. ¡Esto es tan injusto! —dije, ciego de rabia.

—La vida es injusta —me dijo mamá—. Es así. Y cuanto antes te des cuenta, antes crecerás y verás el mundo como realmente es.

Me levanté y me alejé de ella. En ese momento me parecía la persona más patética del mundo, y no podía soportar estar cerca de ella ni un minuto más.

—Gracias —le dije—. Gracias por ser el perfecto ejemplo de la clase de persona que no quiero llegar a ser.

Me subí a mi coche y conduje sin rumbo fijo. No sabía muy bien adónde iba y tampoco me importaba. Ni siquiera pensaba regresar, para ser sincero.

Pasé por delante de la señal que indicaba el límite de la ciudad. Cogí el paraguas que llevaba en el asiento de atrás, me bajé del coche sin apagar el motor y me lié a golpes con la señal como si fuera una piñata.

Seguí golpeando la señal hasta que me sangraron las uñas y el paraguas se rompió en pedazos. Dejé una abolladura por cada gilipollas que me había tratado como si fuera una mierda, por cada vez que me habían utilizado y por cada vez que me habían jodido. Pero no cayeron caramelos al suelo, solo trozos de metal y fragmentos del sueño que había acariciado durante tanto tiempo.

Arrojé el paraguas roto al arcén y volví a subirme al coche. Seguí conduciendo. Esta vez seguí durante horas. Seguí conduciendo hasta que se me acabó la carretera.

Me encontré en el mar. Me senté sobre el capó de mi coche y me quedé contemplando el mar. Era muy hermoso. Parecía infinito y eterno, que era exactamente como me sentía yo antes.

El sol se puso lentamente y comenzó a caer la noche. Casi me sentí traicionado, pues sabía que el sol volvería a salir al día siguiente. ¿Cómo era posible que la vida continuara después de un día como aquel?

15 de marzo

Los últimos días han sido realmente duros, los más duros de mi vida. Cuando me despierto por la mañana me quedo un poco sorprendido. Creo que pensaba que mi corazón dejaría de latir mientras dormía. ¿Es posible morir de decepción a mi edad?

No he sido capaz de volver a dirigirle la palabra a mamá, ni siquiera soy capaz de mirarla a los ojos. ¿Podríais vosotros? Sigue intentando disculparse y diciéndome lo mucho que lo siente, pero la verdad es que no puedo soportar oír su voz.

Fui al despacho de la señorita Sharpton y rellené una solicitud para la Universidad Estatal de Clover. Me dio un abrazo de lo más incómodo cuando la firmé. Sabes que tu vida es una mierda cuando una fracasada que fue la más guapa del instituto y que se ha divorciado ya tres veces siente pena por ti.

Resulta irónico, pero últimamente hace un tiempo de perros. Ha estado nublado toda la semana, así que hasta el cielo me recuerda lo mal que me siento.

Tengo todo el derecho del mundo a estar deprimido y triste, pero he estado pensando mucho desde aquella tarde y poco a poco he ido desarrollando una nueva perspectiva. Todo empezó cuando Malerie se reunió conmigo en el aula de periodismo hace un par de horas.

Guardamos en cajas todos los ejemplares que no habíamos vendido (o sea, todos) de la revista.

—¿Y qué vamos a hacer con todo esto? —preguntó Malerie.

—Voy a donarlos a la residencia de mi abuela —le dije—. Alguien pasará dentro de un rato a recogerlos. Al menos alguien los leerá... o los masticará.

—Siento mucho que las cosas no hayan salido como tú esperabas —dijo Malerie con ternura.

—Yo también. Pero parece que volveremos a vernos el año que viene en la Universidad Estatal de Clover. ¿Seremos lo suficientemente intrépidos como para montar allí otra revista literaria?

Malerie sonrió pero la verdad es que a mí me entristeció la idea. ¿No tenía una esperanza mejor a la que agarrarme?

Se estaba haciendo tarde y Malerie recogió todas sus cosas, incluida la cámara de vídeo. La había dejado sobre una mesa, desde donde nos había grabado toda la tarde mientras empaquetábamos la revista.

—Malerie, ¿lo grabas todo? —le pregunté, como si llevara tiempo queriendo preguntárselo—. Quiero decir, ¿de verdad quieres recordarlo todo?

Malerie miró al techo como hace siempre que alguien le pregunta «¿por qué haces eso?».

—¿Y qué hay que no merezca la pena ser recordado? —preguntó Malerie—. Los buenos recuerdos traen malos recuerdos, y yo tengo muchos de las dos clases. Al

menos así puedo pasar rápido toda la parte mala. —Asentí con la cabeza. Tenía su parte de razón—. Un terapeuta me dijo una vez que no importa si te aferras al pasado o intentas olvidarlo; lo que importa es lo que haces con el presente. Por eso intento empaparme a fondo de cada momento.

—Malerie, creo que acabas de encontrar un tema perfecto para escribir algo —le dije con una sonrisa. Los ojos de Malerie se iluminaron de entusiasmo, y me regaló la sonrisa más amplia que he visto nunca en su cara. Estaba encantada con la idea de escribir su primera historia original.

—Tengo que irme —indicó—. El conductor me dijo que la próxima vez que llegara tarde me metería en el maletero, y no me gusta la idea de hacer el viaje ahí metida.

Justo antes de llegar a la puerta, se volvió hacia mí.

—¿Carson? —dijo, no sin cierta dificultad—. ¿Somos amigos?

La pregunta me divirtió y al mismo tiempo me rompió el corazón. ¿De verdad tenía que preguntarlo?

—Creo que eres mi mejor amiga, Malerie.

Me hizo un gesto con la mano y se marchó. Me reí por primera vez en muchos días.

Siempre supe que Malerie había tenido una vida muy dura, pero ni una sola vez le he preguntado por ello. Quizá saque algo bueno de tener que prolongar mi estancia en Clover. Puede que al final logre ser tan buen amigo para Malerie como ella lo ha sido para mí. Supongo que estaba demasiado ocupado intentando hacerme escuchar y nunca se me ocurrió escuchar.

Me quedaba por empaquetar una caja para la residencia de la abuela. Antes de pegar la tapa con cinta adhesiva, saqué un ejemplar y lo hojeé. Por primera vez desde que acabé de editarla, sentí un profundo orgullo al ver el trabajo de mis compañeros en mis manos y saber que había sido yo quien les había inspirado; de forma ilegal, naturalmente, pero en cualquier caso había logrado influir en ellos.

Sonreí para mis adentros y meneé la cabeza. ¿Había estado tan ocupado llorando mi pena que había llegado a olvidar lo mucho que había logrado? Había conseguido publicar una revista literaria que contenía los pensamientos, las preocupaciones, las esperanzas y los sueños de mis hastiados compañeros de clase.

Si puedo hacer algo así, seguro que soy capaz de conseguir lo que quiera, ¿verdad? Esta es la prueba de que el cielo es el límite.

—El cielo... —dije para mí. De un salto, me senté al ordenador y me puse a escribir. Tenía una historia que añadir a la revista.

Una vez hube terminado, imprimí varias copias del relato. Abrí todas las cajas y metí el relato en la primera página de cada uno de los ejemplares. También era una especie de dedicatoria:

PARA MI ABUELA: ÉRASE UNA VEZ UN NIÑO QUE LOGRÓ VOLAR.

Creo que la revista no podía haber tenido un comienzo mejor. Y verlo en la primera página de la revista me hizo sentir algo que no sé si había sentido alguna vez; creo que me hizo feliz.

Sí, por desgracia vivimos en un mundo en el que los guapos, los más populares y los ricos prevalecen por encima del resto. Y sí, a veces los demás y las circunstancias se convierten en obstáculos en el camino hacia tus sueños. Y sí, si tienes cierta ventaja sobre los demás mientras intentas llegar a donde te has propuesto llegar (inteligencia, creatividad o decisión), habrá gente que ponga más empeño en hacerte de menos.

Pero si permitiera que esa gente me desanimara, esa panda de idiotas que no son capaces de ayudarme a mejorar el mundo, entonces no sería tan listo como creo que soy.

De hoy en adelante me niego a permitir que nadie me lleve hasta el punto de no ser capaz de encajar un golpe y darle la vuelta para sacar algo bueno de ello. Nunca volveré a permitir que nadie me haga sentir nada que no quiera sentir, ni que me roben la pasión que me hace ser quien soy.

¿Que es una jodienda tener que pasarme otros dos años en una ciudad llena de gente que me odia con toda su alma? Por supuesto. ¿Voy a detestar cada minuto de esos dos años? Probablemente. Pero también voy a pisar un nuevo campus sin absolutamente nada que perder y sin tener que esforzarme en hacer nuevos amigos.

No hay nada más temible que un periodista sin nada que perder. ¡Imaginaos los editoriales que podré enviarle a la *Northwestern* la próxima vez que solicite plaza!

Incluso si nunca logro marcharme de *Clover*, aunque nunca consiga que me admitan en la *Northwestern* ni escribir para *The New Yorker*, incluso si todo esto no son más que delirios de grandeza que solo sirven para tenerme entretenido, seguiré dando las gracias por tenerlos, porque una vida sin sentido, sin una meta o un objetivo, sin sueños, es una vida que no vale la pena ser vivida.

Y una vez aprendido esto, puede que haya hecho el descubrimiento más importante de mi juventud, y eso me recuerda aquella conversación que tuve con *Malerie* hace ya tantos meses.

Como las grandes ideas, la vida te llega muy rápido. Te golpea y necesita escapar, ser expresada por cualquier medio. En cierto modo, se parece mucho a un... rayo.

Hablando de eso, creo que se acerca una tormenta. Debería volver a casa antes de que empiece a llover; creo que he perdido el paraguas.

ALUMNO DEL IC MUERE AL SER FULMINADO POR UN RAYO

ERICA PLOTKIN

16 de marzo de 2013

CLOVER, CALIFORNIA. El cadáver de Carson Phillips, un alumno del último curso del instituto Clover, fue hallado en el aparcamiento de estudiantes del centro en la mañana del viernes 16 de marzo. Según el informe del forense, Phillips falleció al ser alcanzado por un rayo durante la tormenta que se desató a última hora de la tarde del jueves 15 de marzo.

«Creo que hablo en nombre de todos los profesores y alumnos del instituto al decir que Carson era una persona maravillosa y que le echaremos mucho de menos», afirmó el señor Gifford, director del centro, en una declaración efectuada a la prensa local. «No había una sola persona en este instituto que no apreciara a Carson.»

«Era mi mejor amigo —declaró su compañera Remy Baker—. Es muy triste pensar que no volveremos a encontrárnoslo nunca más por los pasillos.»

Aunque ningún miembro de la familia del fallecido ha querido hacer ningún comentario sobre su trágica muerte, ante la insistencia de la prensa local, Sheryl, la madre, declaró lo siguiente: «Según he leído, el rayo es una descarga que se genera a partir de la carga negativa que produce la fricción de las nubes en el cielo. Y como los opuestos se atraen, quiero pensar que Carson tenía una actitud muy positiva en el momento de su muerte; que estaba tan feliz que eso fue lo que atrajo al rayo. No sé si eso es posible, pero es lo que yo quiero creer».

Este domingo se celebrará un funeral en la capilla municipal de Clover. En lugar de flores, la familia ha pedido que se envíen donaciones al fondo para el Club de Escritura del Instituto Clover.

Agradecimientos

Quisiera darles las gracias a Rob, Monica y a toda la familia Aguirre. Sin ellos *Fulminado por un rayo* seguiría siendo otro guion más muerto de risa en mi estantería.

También me gustaría darles las gracias a: Brian Danelly, David Permut, Steve Longi, Jason Bernan, Mia Chang, Lawrence Kopeikin, Mark Moran, Chris Mangano y Romy Rosemont.

Y al increíble reparto de la película, que incluye a Allison Janney, Christina Hendricks, Dermot Mulroney, Rebel Wilson, Polly Bergen (¡te quiero, cielo!), Angela Kinsey, Sarah Hyland, Robbie Amell, Ashley Rickards, Allie Grant (Allie, creo que eres preciosa; ¡siento que Carson odie tanto a Remy!), Matt Prokop, Carter Jenkins, Graham Rogers, Charlie Finn, Brad William Henke, Ginifer King, Adam Kolkin, Luke Lewis, Lauren Lopez y Amy Nabors.

Notas

[1] En inglés, crabs, que puede significar tanto «cangrejos» como «ladillas». (N. de la T.) [Volver](#)

[2] John Wilkes Booth fue el asesino del presidente Abraham Lincoln. (N. de la T.) [Volver](#)

[3] A lo largo de la novela salen varias frases en español, que marcaremos en cursiva. (N. de la T.) [Volver](#)



CHRIS COLFER. Chris Colfer nació en Clovis, California, el 27 de mayo de 1990. Es un actor y cantante mundialmente conocido, sobre todo por su papel como Kurt Hummel en la serie de televisión Glee, que le ha hecho merecedor de un premio Emmy y un Globo de Oro en 2011. En el instituto fue miembro de los clubes de debate, teatro, presidente del club de escritores y editor de la revista literaria. Fulminado por un rayo es su primera novela y en ella se basa la película protagonizada por el propio Colfer.